

Charlotte Perkins Gilman

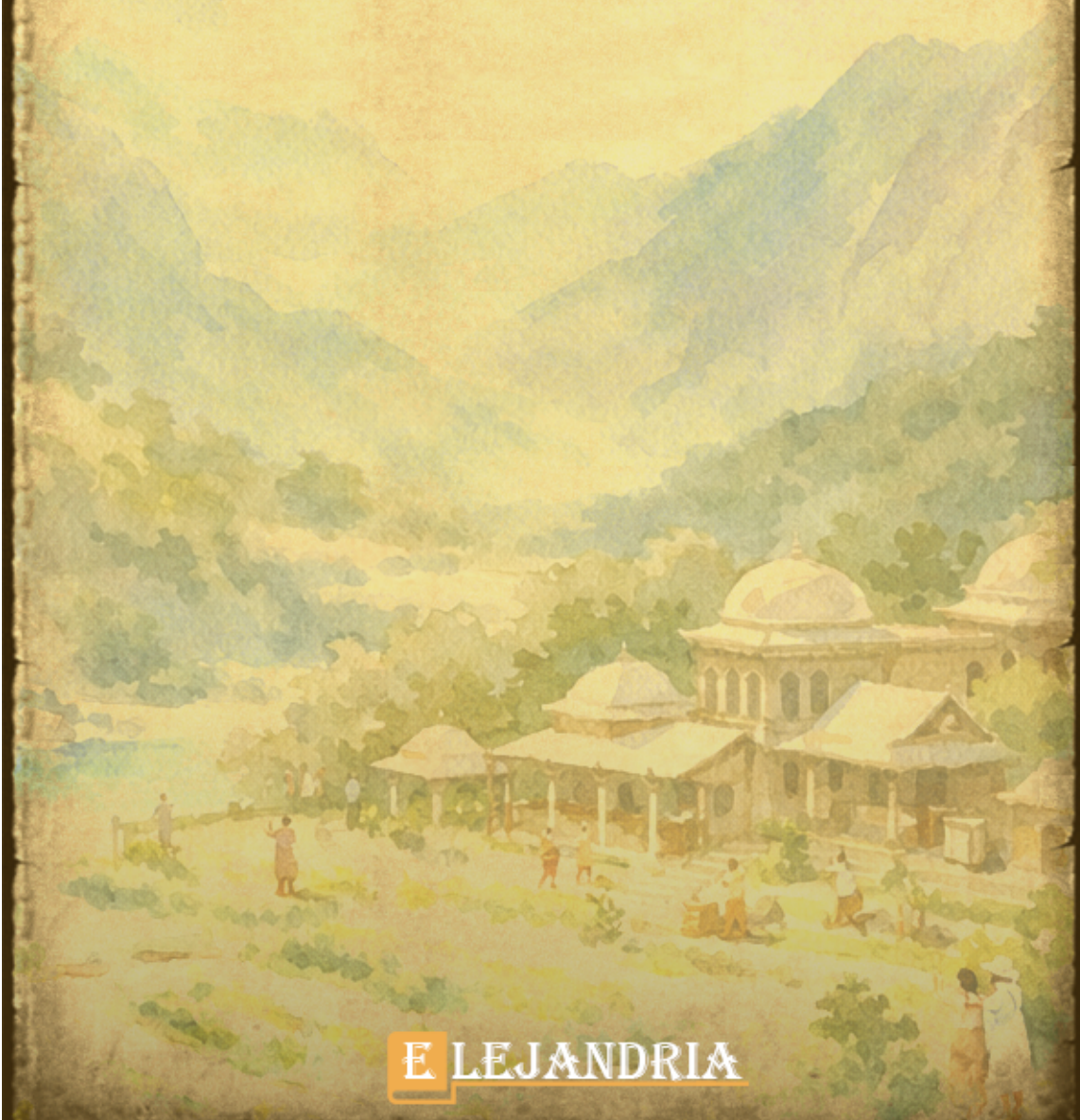
Herland



E LEJANDRIA

Charlotte Perkins Gilman

Herland



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# HERLAND

**CHARLOTTE PERKINS GILMAN**

**PUBLICADO: 1915**  
**FUENTE: PROJECT GUTENBERG**  
**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

# CAPÍTULO 1

## UNA EMPRESA NO DEL TODO INSENSATA

Esto está escrito de memoria, por desgracia. Si hubiera podido traer conmigo el material que tan cuidadosamente preparé, esta sería una historia muy distinta. Libros enteros llenos de notas, registros copiados con esmero, descripciones de primera mano, y las imágenes —esa es la pérdida más dolorosa. Teníamos algunas vistas aéreas de las ciudades y los parques; multitud de hermosas vistas de calles y edificios, por dentro y por fuera, y algunos de esos jardines magníficos, y, lo más importante de todo, de las propias mujeres.

Nadie creerá cómo eran. Las descripciones no sirven de nada cuando se trata de mujeres, y yo nunca he sido bueno con las descripciones. Pero hay que hacerlo de algún modo; el resto del mundo necesita saber de ese país.

No he dicho dónde estaba por temor a que algún misionero autoproclamado, o algún comerciante, o algún expansionista ávido de tierras, considere oportuno abrirse paso hasta allí. No serán bienvenidos, puedo asegurárselo, y les irá peor que a nosotros si lo encuentran.

Ocurrió así. Éramos tres, compañeros de estudios y amigos: Terry O. Nicholson (solíamos llamarle el Viejo Nick, con sobrada razón), Jeff Margrave y yo, Vandyck Jennings.

Nos conocíamos desde hacía muchos años, y a pesar de nuestras diferencias teníamos bastante en común. A los tres nos interesaba la ciencia.

Terry era lo bastante rico como para hacer lo que le viniera en gana. Su gran ambición era la exploración. Solía armar todo tipo de alborotos porque ya no quedaba nada por explorar —solo retoques y relleno de huecos, decía. Y lo rellenaba bien —tenía muchos talentos—, muy bueno en mecánica y electricidad. Tenía toda clase de embarcaciones y automóviles, y era uno de los mejores aviadores de nuestro círculo.

Sin Terry nunca habríamos podido llevar a cabo nada de todo aquello.

Jeff Margrave había nacido para ser poeta o botánico —o ambas cosas—, pero su familia lo persuadió de que fuera médico. Era bueno, para su edad, pero su interés verdadero estaba en lo que le gustaba llamar «las maravillas de la ciencia».

En cuanto a mí, la sociología es mi especialidad. Hay que sustentarla con muchas otras ciencias, por supuesto. Me interesan todas.

Terry era muy aficionado a los datos —geografía, meteorología y similares—; Jeff podía superarle en cualquier momento en biología; y a mí me daba igual de qué hablaran, siempre que tuviera alguna relación con la vida humana. Pocas cosas no la tienen.

Los tres tuvimos la oportunidad de unirnos a una gran expedición científica. Necesitaban un médico, lo cual le dio a Jeff una excusa para dejar su consulta, recién inaugurada; necesitaban la experiencia de Terry, su máquina y su dinero; y en cuanto a mí, entré gracias a la influencia de Terry.

La expedición se adentraba en los miles de afluentes y el inmenso interior de un gran río, allá donde había que trazar mapas, estudiar dialectos salvajes y prever toda suerte de flora y fauna desconocidas.

Pero esta historia no trata de esa expedición. Aquella fue tan solo el arranque de la nuestra.

Mi interés se despertó por primera vez a través de conversaciones con nuestros guías. Tengo facilidad para los idiomas, conozco muchos y los aprendo con rapidez. Entre eso y un intérprete verdaderamente bueno que llevábamos con nosotros, logré entender bastantes leyendas y mitos populares de aquellas tribus dispersas.

Y a medida que avanzábamos río arriba, entre una oscura maraña de ríos, lagos, ciénagas y bosques espesos, con algún que otro espolón inesperado que emergía de las grandes montañas del fondo, observé que cada vez más de aquellos salvajes tenían una historia sobre una extraña y terrible Tierra de Mujeres en las alturas lejanas.

«Allá arriba», «por allá», «muy alto» —eso era todo cuanto podían señalar—, pero sus leyendas coincidían en lo esencial: existía ese extraño país donde no vivían hombres, solo mujeres y niñas.

Ninguno de ellos lo había visto. Era peligroso, mortal, decían, que cualquier hombre se adentrara en él. Pero había historias de tiempos muy lejanos, cuando algún intrépido investigador lo había visto: un País Grande, Casas Grandes, Mucha Gente, todas Mujeres.

¿No había ido nadie más? Sí, muchos —pero nunca regresaban. No era un lugar para hombres; de eso parecían seguros.

Les conté estas historias a los chicos y se rieron. Yo también, claro. Conocía la materia de que están hechos los sueños salvajes.

Pero cuando alcanzamos nuestro punto más lejano, justo el día antes de que todos tuviéramos que dar media vuelta y emprender el camino de regreso —como acaban haciéndolo las mejores expediciones—, los tres hicimos un descubrimiento.

El campamento principal estaba en una lengua de tierra que se internaba en la corriente principal, o lo que creíamos que era la corriente principal. Tenía el mismo color turbio que habíamos visto durante semanas, el mismo sabor.

Tuve la ocurrencia de hablarle de ese río a nuestro último guía, un hombre bastante perspicaz, de ojos vivos y brillantes.

Me dijo que había otro río: «por allá, río corto, agua dulce, roja y azul».

Me interesé por esto y quise asegurarme de haberlo entendido, así que le mostré un lápiz rojo y azul que llevaba y le pregunté de nuevo.

Sí, señaló el río y luego hacia el suroeste. «Río —agua buena— rojo y azul».

Terry estaba cerca y le llamó la atención el gesto del hombre al señalar.

—¿Qué dice, Van?

Se lo expliqué.

Terry se animó al instante.

—Pregúntale cuánto hay.

El hombre indicó un trayecto corto; calculé unas dos horas, quizá tres.

—Vamos —insistió Terry—. Solo nosotros tres. A lo mejor encontramos algo de verdad. Puede que haya cinabrio.

—Puede que índigo —apuntó Jeff con su sonrisa perezosa.

Era temprano, acabábamos de desayunar, y dejando dicho que regresaríamos antes del anochecer, nos marchamos discretamente, sin querer parecer demasiado crédulos si fracasábamos, y esperando en secreto hacernos con algún pequeño descubrimiento propio.

Fueron dos horas largas, casi tres. Supongo que el salvaje solo habría tardado mucho menos. Había un enredo desesperado de

bosque, agua y una zona pantanosa que jamás habríamos cruzado solos. Pero había un camino, y vi a Terry con la brújula y el cuaderno, anotando direcciones e intentando identificar puntos de referencia.

Llegamos después de un rato a una especie de lago pantanoso, muy grande, de modo que el bosque en torno parecía muy bajo y difuso al otro lado. Nuestro guía nos dijo que en barca se podía ir desde allí a nuestro campamento, pero que era «un camino largo, todo el día».

Esta agua era algo más clara que la que habíamos dejado, aunque no era fácil juzgarlo desde la orilla. La bordeamos durante otra media hora más o menos; el terreno se fue afianzando a medida que avanzábamos, y de pronto doblamos la esquina de un promontorio arbolado y vimos un paisaje completamente distinto: una vista repentina de montañas, escarpadas y desnudas.

—Uno de esos largos espolones orientales —dijo Terry con ojo experto—. Puede que a cientos de kilómetros del macizo. Brotan así.

De repente dejamos el lago y nos dirigimos directamente hacia los acantilados. Escuchamos el sonido del agua corriente antes de llegar, y el guía señaló orgulloso su río.

Era corto. Podíamos ver dónde caía en una estrecha catarata vertical desde una apertura en la pared del acantilado. Era agua dulce. El guía bebió con avidez, y nosotros también.

—Eso es agua de nieve —anunció Terry—. Tiene que venir de muy lejos en las colinas.

Pero en cuanto a ser roja y azul..., tenía un tono verdoso. El guía no pareció sorprenderse en absoluto. Husmeó un poco y nos mostró una tranquila laguna marginal donde había manchas rojas a lo largo del borde, y también azules.

Terry sacó su lupa y se agachó a investigar.

—Son sustancias químicas —no puedo determinarlo aquí mismo. Me parecen colorantes. Acerquémonos —instó—, ahí, junto a la

cascada.

Trepamos por los escarpados ribazos y nos aproximamos a la charca que burbujeaba y hervía bajo la caída de agua. Exploramos los bordes y encontramos rastros de color fuera de toda duda. Más aún: Jeff sostuvo de improviso un trofeo inesperado.

Era solo un harapo, un largo fragmento deshilachado de tela. Pero era un tejido bien trabajado, con dibujo, y de un escarlata vivo que el agua no había desvanecido. Ninguna tribu salvaje de las que habíamos conocido fabricaba tejidos así.

El guía permanecía plácidamente en la orilla, satisfecho con nuestra agitación.

—Un día azul, un día rojo, un día verde —nos dijo, y sacó de su bolsa otra tira de tela de colores vivos—. Viene de allí arriba —señaló la catarata—. País de Mujeres —allá arriba.

Entonces sí nos interesamos. Descansamos y comimos allí mismo, y exprimimos al hombre en busca de más información. Solo podía decirnos lo mismo que los demás: una tierra de mujeres, sin hombres, con bebés, pero todas niñas. No era lugar para hombres; era peligroso. Algunos habían ido a verlo y ninguno había regresado.

Pude ver cómo se le tensaba la mandíbula a Terry al oír aquello. ¿No era un lugar para hombres? ¿Peligroso? Parecía dispuesto a trepar por la cascada en ese mismo momento. Pero el guía no quería saber nada de subir, aunque hubiera algún modo factible de escalar aquel acantilado vertical, y teníamos que volver con el grupo antes del anochecer.

—Podrían quedarse si se lo dijéramos —sugerí.

Pero Terry se detuvo en seco. —Escuchad, chicos —dijo—. Este es nuestro hallazgo. No se lo digamos a esos catedráticos engreídos. Volvamos a casa con ellos y luego regresemos nosotros solos; organicemos una expedición propia.

Le miramos muy impresionados. Había algo atractivo, para un grupo de jóvenes sin compromisos, en el hecho de encontrar un país

inexplorado de naturaleza estrictamente amazónica.

Claro que no nos creíamos la historia... ¡pero aun así!

—Ninguna de estas tribus locales fabrica esta tela —declaré, examinando aquellos trapos con gran atención—. En algún lugar allá arriba hilan, tejen y tiñen... tan bien como nosotros.

—Eso implicaría una civilización considerable, Van. No podría existir un lugar así sin que se supiera.

—Bueno, no lo sé. ¿Qué es esa vieja república que hay en algún lugar de los Pirineos, Andorra? Muy poca gente sabe nada de ella, y lleva mil años ocupándose de sus asuntos. Y luego está Montenegro: un estado espléndido, pequeño; en estas grandes cordilleras cabrían una docena de Montenegros.

Lo discutimos acaloradamente durante todo el camino de vuelta al campamento. Lo discutimos con cuidado y reserva durante el viaje de regreso. Lo discutimos después, aun solo entre nosotros, mientras Terry hacía sus preparativos.

Lo llevaba en el alma. Menos mal que tenía tanto dinero: de lo contrario habríamos tenido que mendigar y hacer publicidad durante años para poner en marcha el asunto, y entonces se habría convertido en objeto de diversión pública, mero alimento para la prensa.

Pero T. O. Nicholson podía preparar su gran yate de vapor, embarcar su lancha motora especialmente construida, y guardar a bordo un biplano «desmontado» sin más atención que una nota breve en la columna de sociedad.

Teníamos víveres, medicamentos preventivos y toda clase de pertrechos. Su experiencia previa le fue de gran utilidad en ese aspecto. Era un equipo pequeño pero muy completo.

Abandonaríamos el yate en el puerto seguro más cercano y remontaríamos ese interminable río en la lancha motora, solo los tres y un piloto; luego dejaríamos al piloto al llegar a la última escala

de la expedición anterior, y buscaríamos nosotros mismos aquel arroyo de agua clara.

La lancha motora la íbamos a dejar fondeada en ese lago ancho y poco profundo. Tenía un revestimiento especial de blindaje ajustado, fino pero resistente, que se cerraba como una almeja.

—Los nativos no pueden abrirla, ni dañarla, ni moverla —explicó Terry con orgullo—. Despegará el avión desde el lago y dejaremos la lancha como base de regreso.

—Si regresamos —sugerí yo alegremente.

—¿Miedo de que las damas te coman? —se burló.

—Es que no estamos tan seguros de esas damas, ¿sabes? —musitó Jeff—. Puede que haya un contingente de caballeros con flechas envenenadas o algo así.

—Si no quieres venir, no vengas —observó Terry con sequedad.

—¿Venir? ¡Necesitarían una orden judicial para impedírmelo! —dijimos Jeff y yo a una, bien seguros los dos.

Pero sí tuvimos diferencias de opinión durante todo el largo camino.

Un viaje por mar es un momento excelente para la discusión. Sin orejas ajenas, podíamos relajarnos en las tumbonas de cubierta y hablar sin parar; no había nada más que hacer. La absoluta falta de datos solo hacía más amplio el campo de discusión.

—Dejaremos documentos con nuestro cónsul donde quede el yate —planeó Terry—. Si no regresamos en, digamos, un mes, pueden enviar un grupo de rescate.

—Una expedición punitiva —propuse—. Si las damas nos comen, hemos de tomar represalias.

—Pueden localizar fácilmente esa última escala, y yo he hecho una especie de croquis del lago, el acantilado y la cascada.

—Sí, pero ¿cómo subirán? —preguntó Jeff.

—Del mismo modo que nosotros, claro. Si tres valiosos ciudadanos americanos desaparecen allá arriba, los seguirán de alguna manera, por no hablar de los brillantes atractivos de esa hermosa tierra. Llamémosla «Feminisia» —la interrumpió.

—Tienes razón, Terry. En cuanto se corra la voz, el río se llenará de expediciones y los dirigibles subirán como una nube de mosquitos. —Me reí al imaginarlo—. Cometimos un gran error al no dejar entrar al señor Prensa Amarilla en esto. ¡Dios nos asista! ¡Qué titulares!

—¡Ni hablar! —dijo Terry con gesto adusto—. Esta es nuestra expedición. Vamos a encontrar ese lugar nosotros solos.

—¿Y qué vas a hacer con él cuando lo encuentres, si es que lo encuentras? —preguntó Jeff con calma.

Jeff era un alma tierna. Creo que pensaba que aquel país —si existía— era un florido vergel de rosas, bebés, canarios y bordados, y todo eso por el estilo.

Y Terry, en su fuero interno, tenía visiones de una especie de balneario sublimado: solo Chicas, Chicas y Chicas; y que él iba a ser... Bueno, Terry gozaba de popularidad entre las mujeres incluso cuando había otros hombres alrededor, y no es de extrañar que tuviera agradables ensoñaciones sobre lo que podría ocurrir. Lo veía en sus ojos mientras estaba allí tumbado, mirando los largos rodillos azules que se deslizaban, acariciándose el imponente bigote.

Pero yo pensaba —entonces— que podía hacerme una idea mucho más clara de lo que nos esperaba que cualquiera de ellos.

—Os equivocáis los dos, chicos —insistí—. Si existe ese lugar —y hay algún fundamento para creer que sí—, descubriréis que está organizado según una especie de principio matriarcal, eso es todo. Los hombres tienen su propio culto separado, menos desarrollado socialmente que el de las mujeres, y les hacen una visita anual, una especie de ronda de bodas. Es una condición de la que existen precedentes documentados: esto es simplemente una supervivencia.

Tienen algún valle o meseta peculiarmente aislado allá arriba, y sus costumbres primordiales han perdurado. Eso es todo.

—¿Y los niños? —preguntó Jeff.

—Los hombres se los llevan en cuanto cumplen cinco o seis años, ya ves.

—¿Y esa teoría del peligro de la que todos nuestros guías estaban tan seguros?

—Peligro lo hay, Terry, y tendremos que andar con muchísimo cuidado. Las mujeres de ese nivel de cultura son muy capaces de defenderse y no tienen buena acogida para los visitantes inoportunos.

Hablamos y hablamos.

Y con toda mi pretensión de superioridad sociológica, no estaba más cerca que ninguno de ellos de acertar.

Tenía su gracia, a la luz de lo que encontramos después, aquellas ideas tan claras que teníamos sobre cómo sería un país de mujeres. De nada servía decirnos a nosotros mismos y los unos a los otros que todo aquello era mera especulación ociosa. Estábamos ociosos y especulábamos, en el viaje por mar y en el viaje por río.

«Admitida la improbabilidad...», comenzábamos con solemnidad, y acto seguido volvíamos a lanzarnos.

—Se pelearán entre ellas —insistía Terry—. Las mujeres siempre lo hacen. No hemos de esperar ningún tipo de orden ni organización.

—Te equivocas de plano —le decía Jeff—. Será como un convento bajo una abadesa: una hermandad pacífica y armoniosa.

Yo resoplaba con desdén ante esa idea.

—¡Monjas! Tus hermandades pacíficas eran todas célibes, Jeff, y sujetas a votos de obediencia. Estas son simplemente mujeres, y madres; y donde hay maternidad no hay hermandad, o muy poca.

—No, señor, se pelearán —convino Terry—. Tampoco hemos de esperar inventos ni progreso; será horriblemente primitivo.

—¿Y el molino de tela? —sugirió Jeff.

—¡Bah, la tela! Las mujeres siempre han sido hilanderas. Pero ahí se quedan; ya lo veréis.

Le tomábamos el pelo a Terry por su modesta impresión de que lo recibirían calurosamente, pero él se mantuvo en sus trece.

—Ya lo veréis —insistía—. Me haré con todas ellas y enfrentaré a un grupo contra otro. Me harán rey en un abrir y cerrar de ojos. ¡Que Salomón le haga sitio!

—¿Y nosotros qué pintamos en ese trato? —exigí saber—. ¿No somos ni siquiera visires?

—No me lo podría permitir —afirmó con solemnidad—. Podríais iniciar una revolución; probablemente lo haríais. No, tendréis que ser decapitados, o estrangulados, o lo que sea el método de ejecución en boga.

—Tendrías que hacerlo tú mismo, recuerda —se rió Jeff—. ¡Sin corpulentos esclavos ni mamelucos! Y seríamos dos contra uno, ¿eh, Van?

Las ideas de Jeff y las de Terry estaban tan alejadas que a veces me costaba Dios y ayuda mantener la paz entre ellos. Jeff idealizaba a las mujeres al más puro estilo sureño. Estaba lleno de caballerosidad y sentimentalismo, y demás. Y era un buen chico; vivía conforme a sus ideales.

Se podría decir que Terry también lo hacía, si se puede llamar ideales a algo tan cortés como sus opiniones sobre las mujeres. Siempre me cayó bien Terry. Era un hombre de hombres, muy hombre, generoso, valiente e inteligente; pero no creo que ninguno de nosotros, en los tiempos de la universidad, se alegrara mucho de tenerle cerca de nuestras hermanas. No éramos muy estrictos, ¡Dios sabe! Pero Terry era «el colmo». Más adelante..., bueno, la vida de un hombre es suya, pensábamos, y no hacíamos preguntas.

Pero dejando al margen una posible excepción en favor de una esposa no del todo imposible, o de su madre, o por supuesto de las amables parientes de sus amigos, la idea de Terry parecía ser que las mujeres guapas eran simplemente caza mayor, y las feas no valían la pena considerarlas.

A veces resultaba verdaderamente desagradable ver las ideas que se le ocurrían.

Pero yo también me desesperaba con Jeff. Tenía unas aureolas de color de rosa tan marcadas sobre sus mujeres. Yo ocupaba un término medio, muy científico, por supuesto, y solía argumentar eruditamente sobre las limitaciones fisiológicas del sexo.

En aquella época ninguno de nosotros estaba ni remotamente «avanzado» en la cuestión de la mujer.

Así que bromeamos, discutimos y especulamos, y tras un viaje interminable llegamos por fin a nuestro antiguo campamento.

No fue difícil encontrar el río, bastó con avanzar por ese lado hasta dar con él, y era navegable hasta el lago.

Cuando llegamos y nos deslizamos sobre su amplia superficie reluciente, con aquel alto promontorio gris que avanzaba hacia nosotros y la cascada blanca perfectamente visible, la cosa empezó a ser de verdad emocionante.

Hubo cierta discusión, incluso entonces, sobre si bordear la pared rocosa y buscar algún camino a pie, pero la jungla pantanosa hacía que ese método pareciera no solo difícil sino peligroso.

Terry desechó el plan tajantemente.

—¡Tonterías! Ya lo decidimos. Podría llevar meses; no tenemos provisiones suficientes. No, señor: tenemos que asumir el riesgo. Si regresamos sanos y salvos, bien. Si no, no seremos los primeros exploradores en perderse entre los pliegues de la historia. Después de nosotros vendrán muchos más.

Así pues, ensamblamos el gran biplano y lo cargamos con nuestro equipaje científicamente comprimido: la cámara, por supuesto; los prismáticos; una reserva de alimentos concentrados. Nuestros bolsillos eran revistas de pequeñas necesidades, y teníamos nuestras armas, claro está: no había manera de saber qué podría ocurrir.

Subimos, subimos y subimos, muy alto al principio para hacernos una idea general del terreno y tomarlo mentalmente.

De aquel oscuro mar verde de bosque apiñado emergía abruptamente este espolón elevado. Se extendía por ambos lados, al parecer, hasta las distantes cumbres nevadas del fondo, probablemente inaccesibles ellas mismas.

—Hagamos el primer vuelo de reconocimiento geográfico —sugerí—. Explorar el terreno, volver aquí a por más gasolina. Con vuestra tremenda velocidad podemos llegar hasta esa cordillera y regresar bien. Y así podremos dejar una especie de mapa a bordo para esa expedición de rescate.

—Tiene sentido —convino Terry—. Aplazaré un día más lo de ser rey del País de las Damas.

Hicimos así un largo vuelo de circunvalación, doblamos la punta del cabo que quedaba cerca, recorrimos un lado del triángulo a nuestra máxima velocidad, cruzamos por la base donde se unía a las montañas más altas, y regresamos así a nuestro lago al claro de luna.

—No es un mal reinito —convinimos cuando lo tuvimos esbozado y medido a grandes rasgos. Podíamos calcular el tamaño bastante bien por nuestra velocidad. Y a juzgar por lo que pudimos ver de los flancos —y aquella cresta helada en el fondo—, «hay que ser un salvaje bastante emprendedor para conseguir entrar por ahí», dijo Jeff.

Por supuesto habíamos observado el propio territorio, ansiosamente, pero íbamos demasiado alto y demasiado rápido para ver mucho. Parecía estar bien arbolado en los bordes, pero en el

interior había amplias llanuras y, por doquier, praderas y espacios abiertos como los de un parque.

Había ciudades también; en eso insistí yo. Se parecía... en fin, se parecía a cualquier otro país: uno civilizado, quiero decir.

Tuvimos que dormir después de esa larga travesía aérea, pero nos levantamos lo bastante temprano al día siguiente, y de nuevo subimos suavemente a la altura hasta poder rebasar los árboles más altos y contemplar a nuestro placer aquella tierra ancha y hermosa.

—Semitropical. Parece un clima de primera categoría. Es asombroso lo que puede hacer un poco de altura para la temperatura. —Terry estudiaba la vegetación del bosque.

—¿Un poco de altura? ¿Eso llamas tú poco? —pregunté. Nuestros instrumentos la medían con claridad. Quizá no nos habíamos dado cuenta del suave y largo ascenso desde la costa.

—Tiene muchísima suerte de ser una buena pieza de tierra —continuó Terry—. Ahora vamos a lo que importa: ya he visto suficiente paisaje.

Así que volamos bajo, yendo y viniendo, cuadriculando el país a medida que avanzábamos y estudiándolo. Vimos... No recuerdo ya cuánto de esto notamos entonces y cuánto nos lo añadió después nuestro conocimiento ulterior, pero no pudimos evitar ver esto, incluso en ese día de excitación: una tierra en estado de cultivo perfecto, donde incluso los bosques parecían cuidados; una tierra que semejava un enorme parque, si bien era aún más claramente un enorme jardín.

—No veo ganado —apunté, pero Terry se quedó callado. Nos acercábamos a un pueblo.

Confieso que prestamos poca atención a los caminos limpios y bien trazados, a la arquitectura atractiva, a la belleza ordenada de la pequeña ciudad. Teníamos los prismáticos en la mano; incluso Terry, que ajustaba su máquina para un planeo en espiral, se pegó los binoculares a los ojos.

Oyeron el zumbido de nuestra hélice. Salieron corriendo de las casas, llegaron a toda prisa desde los campos: figuras ligeras y veloces, muchedumbres de ellas. Miramos y miramos hasta que casi era demasiado tarde para coger las palancas, virar y elevarnos de nuevo; y entonces guardamos silencio durante una larga subida.

—¡Cielos! —dijo Terry al cabo de un rato.

—Solo mujeres y niños —insistió Jeff con agitación.

—Pero tienen aspecto... ¡Si esto es un país civilizado! —protesté—. Tiene que haber hombres.

—Claro que los hay —dijo Terry—. Venga, vamos a buscarlos.

Se negó a escuchar la sugerencia de Jeff de explorar más el país antes de arriesgarnos a abandonar la máquina.

—Hay un aterrizaje estupendo justo donde pasamos antes —insistió, y era un lugar excelente: una roca ancha y plana en la cima, con vistas al lago, perfectamente fuera de la vista desde el interior.

—No lo encontrarán tan fácilmente —aseguró, mientras descendíamos con máxima dificultad hasta un terreno más seguro—. Vamos, chicos: había bastante buenas caras entre ese grupo.

Naturalmente, fue una imprudencia por nuestra parte.

Era bastante fácil verlo después: nuestro mejor plan habría sido estudiar el país más detenidamente antes de abandonar nuestro airoso biplano y fiarnos únicamente de nuestros pies. Pero éramos tres hombres jóvenes. Llevábamos más de un año hablando de ese país, casi sin creer que existiera, y ahora... estábamos en él.

Parecía lo bastante seguro y civilizado, y entre aquellos rostros levantados y apiñados, aunque algunos estaban bastante aterrorizados, había gran belleza: en eso coincidíamos todos.

—¡Adelante! —gritó Terry lanzándose hacia delante—. ¡Venga, adelante! ¡Bienvenidos a Herland!

# CAPÍTULO 2

## AVANCES TEMERARIOS

No más de quince o dieciséis kilómetros, calculamos, desde nuestra roca de aterrizaje hasta ese último pueblo. Con todo nuestro entusiasmo, nos pareció prudente mantenernos en el bosque y avanzar con cautela.

Incluso el ardor de Terry quedaba en suspenso ante su firme convicción de que en algún lugar habría hombres, y procuramos que cada uno llevara una buena reserva de cartuchos.

—Puede que escaseen, puede que estén escondidos en algún lugar: algún tipo de matriarcado, como nos dice Jeff; o tal vez vivan en las montañas de allá y tengan a las mujeres en esta parte del país, una especie de harén nacional. Pero en algún lugar hay hombres: ¿no habéis visto a los bebés?

Todos habíamos visto bebés, niños grandes y pequeños, en todas partes donde nos habíamos acercado lo suficiente para distinguir a la gente. Y aunque por la ropa no podíamos estar seguros de todos los adultos, no había habido ni un solo hombre del que estuviéramos seguros.

—Siempre me gustó eso que dicen los árabes: «Primero ata tu camello y luego confía en Alá» —murmuró Jeff; así que todos llevábamos las armas en la mano y nos deslizábamos con cautela por el bosque. Terry lo fue estudiando a medida que avanzábamos.

—Hablar de civilización —exclamó en voz baja con entusiasmo contenido—. Nunca he visto un bosque tan mimado, ni siquiera en Alemania. Mirad, no hay ni una rama muerta; las enredaderas están dirigidas, ¡de verdad! Y mirad aquí —se detuvo y observó a su alrededor, llamando la atención de Jeff sobre los tipos de árboles.

Nos dejaron como punto de referencia y emprendieron una breve excursión por cada lado.

—Prácticamente todos frutales —anunciaron al regresar—. Los demás, magníficas maderas duras. ¿Llamar bosque a esto? ¡Si es una huerta!

—Menos mal que tenemos un botánico a mano —convine—. ¿Seguro que no hay medicinales? ¿O alguno puramente ornamental?

En efecto, tenían toda la razón. Aquellos árboles altísimos estaban bajo un cultivo tan esmerado como si fueran coles. En otras circunstancias habríamos encontrado esos bosques llenos de hermosas guardabosques y recolectoras de frutos; pero un aeroplano es un objeto llamativo y en modo alguno silencioso, y las mujeres son prudentes.

Lo único que encontramos moviéndose por aquellos bosques al adentrarnos en ellos fueron pájaros: algunos magníficos, otros melodiosos, todos tan mansos que casi parecía contradecir nuestra teoría sobre el cultivo, al menos hasta que dimos con ocasionales pequeños claros donde había asientos y mesas de piedra tallada a la sombra junto a fuentes cristalinas, con someros bebederos para pájaros siempre añadidos.

—No matan pájaros, y por lo visto sí matan gatos —declaró Terry—. Aquí tiene que haber hombres. ¡Escuchad!

Habíamos oído algo: algo que no se parecía en absoluto al canto de un pájaro, y sí mucho a un susurro de risa contenida, un sonidito alegre, sofocado al instante. Nos quedamos inmóviles como perros de caza y luego usamos los prismáticos, rápidos y atentos.

—No podía estar muy lejos —dijo Terry con excitación—. ¿Qué hay de ese árbol grande?

En el claro que acabábamos de entrar había un árbol muy grande y hermoso, con gruesas ramas anchas que se inclinaban hacia fuera en abanicos superpuestos como los de una haya o un pino. Estaba podado por debajo a unos seis metros de altura, y se alzaba allí como una enorme sombrilla, con asientos circulares debajo.

—Mirad —prosiguió—. Hay muñones cortos de ramas para trepar. Hay alguien en ese árbol, estoy seguro.

Nos acercamos sigilosamente.

—Cuidado con una flecha envenenada en el ojo —sugerí, pero Terry siguió adelante, saltó al respaldo del asiento y agarró el tronco—. Mejor en el corazón —respondió—. ¡Vaya, mirad, chicos!

Nos precipitamos cerca y miramos hacia arriba. Entre las ramas de arriba había algo, más de una cosa, que permanecía inmóvil, pegado al tronco, al principio; luego, al comenzar los tres a escalar el árbol, se separó en tres figuras que se movían velozmente y huyeron hacia arriba. A medida que trepábamos, podíamos entrever destellos de ellas esparciéndose sobre nosotros. Cuando habíamos llegado a donde tres hombres juntos se atrevían a subir, habían dejado el tronco principal y se desplazaban hacia fuera, cada una en equilibrio sobre una larga rama que se balanceaba y oscilaba bajo su peso.

Nos detuvimos inseguros. Si seguíamos, las ramas se romperían bajo el doble peso. Podíamos tal vez sacudirlas para que cayeran, pero ninguno de nosotros se sentía inclinado a ello. A la suave y moteada luz de aquellas alturas, jadeantes por la rápida ascensión, descansamos un momento y estudiamos con ansiedad nuestros objetos de persecución; mientras ellas, con el mismo desenfado que un grupo de niños traviosos en un juego de pillarse, estaban

posadas tan ligeramente como pájaros grandes y brillantes en sus peligrosas perchas, y nos miraban con franqueza y curiosidad.

—¡Chicas! —susurró Jeff, con la voz tan baja como si pudieran salir volando si hablaba alto.

—¡Melocotones! —añadió Terry, no mucho más alto—. ¡Melocotonísimos! ¡Albaricoques nectarinos! ¡Por Dios!

Eran chicas, por supuesto; ningún chico podría haber mostrado aquella belleza chispeante, y sin embargo ninguno de nosotros estaba seguro al principio.

Vimos cabello corto, sin sombrero, suelto y reluciente; un traje de alguna tela ligera y firme, consistente en la túnica más ceñida y unos pantalones hasta la rodilla, rematados por elegantes polainas. Brillantes y tersos como loros, e igual de ajenos al peligro, se balanceaban allí ante nosotros, completamente a sus anchas, mirándonos como nosotros las mirábamos a ellas, hasta que primero una y luego todas estallaron en carcajadas de puro deleite.

Luego se sucedió un torrente de animado parloteo entre ellas; no el canto monocorde de los salvajes, sino un habla clara, musical y fluida.

Correspondimos a su risa con cordialidad y nos quitamos el sombrero ante ellas, ante lo cual volvieron a reír, encantadas.

Entonces Terry, completamente en su elemento, pronunció un discurso cortés con gestos aclaratorios, y procedió a presentarnos señalando con el dedo. —Mister Jeff Margrave —dijo claramente; Jeff hizo la reverencia más elegante que pudo en la horquilla de una gran rama—. Mister Vandyck Jennings —yo también intenté un saludo efectivo y casi perdí el equilibrio.

Luego Terry se llevó la mano al pecho —el suyo era magnífico— y se presentó; se había asegurado bien para la ocasión y logró una excelente inclinación.

De nuevo rieron con deleite, y la más cercana a mí imitó sus tácticas.

—Celis —dijo claramente, señalando a la de azul; —Alima —la de rosa; luego, con una vívida imitación del gesto imponente de Terry, posó una mano firme y delicada sobre su jubón verde dorado: — Ellador. Aquello fue agradable, pero no nos acercamos más.

—No podemos quedarnos aquí a aprender el idioma —protestó Terry. Las invitó con gestos a acercarse, con toda la seducción de que era capaz, pero ellas menearon alegremente la cabeza. Sugirió, por señas, que bajáramos todos juntos; de nuevo menearon la cabeza, siempre risueñas. Entonces Ellador indicó claramente que bajáramos nosotros, señalando a cada uno y a todos, con una firmeza inequívoca; y además parecía insinuar con el gesto amplio de un brazo ágil que no solo descendiéramos sino que nos marcháramos del todo, ante lo cual nosotros meneamos la cabeza a nuestra vez.

—Hay que usar cebo —dijo Terry con una sonrisa—. No sé vosotros, pero yo vine preparado. —Sacó de un bolsillo interior una cajita de terciopelo morado que se abría de golpe, y de ella extrajo una larga cosa brillante, un collar de grandes piedras de colores que habría valido una fortuna de ser auténticas. Lo sostuvo en alto, lo hizo balancear, destellando al sol, lo ofreció primero a una, luego a otra, tendiéndolo cuanto pudo hacia la chica más cercana. Estaba plantado firmemente en la horquilla, sujeto con una mano; la otra, agitando su brillante tentación, alcanzaba lejos a lo largo de la rama, aunque no del todo hasta su máximo alcance.

Ella se dejó tentar visiblemente, lo noté, vaciló, habló con sus compañeras. Charlaron suavemente entre ellas; una parecía advertirla, la otra animarla. Luego, suave y lentamente, se acercó. Era Alima, una muchacha alta y de miembros largos, bien formada y evidentemente fuerte y ágil. Sus ojos eran espléndidos, abiertos, sin miedo, tan libres de suspicacia como los de un niño que nunca ha recibido un reproche. Su interés era más el de un chico entregado a un juego fascinante que el de una chica atraída por un adorno.

Las otras se apartaron un poco más, bien agarradas, observando. La sonrisa de Terry era irreprochable, pero no me gustó la expresión

de sus ojos: era como la de una bestia a punto de saltar. Ya podía ver cómo ocurriría: el collar que cae, la mano que atrapa de súbito, el grito agudo de la chica al ser agarrada y arrastrada hacia él. Pero no ocurrió. Ella tendió tímidamente la mano derecha hacia el alegre objeto que se balanceaba; él lo acercó un poco más; luego, rápida como un rayo, lo arrebató con la izquierda y cayó al instante sobre la rama de abajo.

Él intentó cogerla, completamente en vano, casi perdiendo su posición al cerrarse la mano en el aire; y acto seguido, con una rapidez inconcebible, las tres brillantes criaturas desaparecieron. Se dejaron caer de las puntas de las ramas grandes a las de abajo, derramándose literalmente fuera del árbol, mientras nosotros descendíamos tan aprisa como podíamos. Oímos su risa alegre y fugitiva; las vimos escapar a lo lejos por los amplios espacios abiertos del bosque, y las perseguimos, pero con tanto éxito como si persiguiéramos antílopes salvajes; así que al fin nos detuvimos, algo jadeantes.

—Inútil —resopló Terry—. Se fueron de rositas. ¡Vaya hombres los de este país, qué velocistas deben de ser!

—Los habitantes son evidentemente arborícolas —sugerí con sorna—. Civilizados y aún arborícolas: curiosa gente.

—No debiste hacerlo así —protestó Jeff—. Eran perfectamente amistosas; ahora las hemos asustado.

Pero de nada servía refunfuñar, y Terry se negó a reconocer ningún error. —Tonterías —dijo—. Se lo esperaban. A las mujeres les gusta que las persigan. Vamos, dirijámonos al pueblo; a lo mejor las encontramos allí. Estaba en esta dirección y no muy lejos del bosque, si no recuerdo mal.

Cuando llegamos al borde del terreno abierto lo reconocimos con los prismáticos. Allí estaba, a unos seis kilómetros, el mismo pueblo, concluimos, a menos que, como apuntó Jeff, todos tuvieran las casas rosas. Los anchos campos verdes y los jardines cultivados se extendían a nuestros pies con una pendiente suave y agradable, con

buenos caminos que serpenteaban plácidamente de aquí para allá, y senderos más estrechos además.

—¡Mirad eso! —exclamó Jeff de repente—. ¡Ahí van!

En efecto, cerca del pueblo, al otro lado de un ancho prado, tres figuras de vivos colores corrían velozmente.

—¿Cómo han podido llegar tan lejos en este tiempo? No pueden ser las mismas —insistí. Pero a través de los prismáticos pudimos identificar bastante bien a nuestras guapas trepadoras de árboles, al menos por el atuendo.

Terry las observó, y nosotros también, hasta que desaparecieron entre las casas. Luego bajó los prismáticos y se volvió hacia nosotros, respirando profundo. —¡Madre de Dios, chicos! ¡Qué chicas más extraordinarias! Trepas así, corren así, sin miedo a nada. Este país me conviene. Vamos adelante.

—El que no arriesga no gana —sugerí, pero Terry prefería: «Los tímidos nunca conquistan a las bellas damas».

Avanzamos por campo abierto, andando aprisa. —Si hay hombres, es mejor que estemos alerta —sugerí, pero Jeff parecía perdido en sueños celestiales, y Terry en planes sumamente prácticos.

—¡Qué camino tan perfecto! ¡Qué país tan delicioso! ¡Fíjate en las flores!

Eso era Jeff, siempre entusiasta; pero podíamos darle plena razón.

El camino era de algún material duro fabricado, con una ligera inclinación para desaguar, con cada curva, pendiente y cuneta tan perfectas como si fuera lo mejor de Europa. A cada lado, una doble hilera de árboles sombreaba los senderos; entre los árboles, arbustos o enredaderas, todos frutales; de vez en cuando asientos y fuentes junto al camino; flores en todas partes.

—Deberíamos importar a algunas de estas damas y ponerlas a acondicionar los Estados Unidos —sugerí—. Tienen aquí un lugar muy agradable. —Descansamos unos momentos junto a una de las

fuentes, probamos la fruta que parecía madura, y seguimos, impresionados, pese a toda nuestra fanfarronería, por la sensación de serena potencia que nos rodeaba.

Aquí era evidente una gente muy experta, eficiente, que cuidaba su país como un floricultor cuida sus orquídeas más preciosas. Bajo el suave y brillante azul de aquel cielo claro, a la agradable sombra de aquellas interminables filas de árboles, caminamos sin que nos molestaran, con el silencio plácido roto solo por los pájaros.

Pronto se abrió ante nosotros, al pie de una larga colina, el pueblo o aldea que teníamos por destino. Nos detuvimos a estudiarlo.

Jeff soltó un largo suspiro. —No hubiera creído que un conjunto de casas pudiera parecer tan bello —dijo.

—Han tenido suficientes arquitectos y paisajistas, eso seguro —convino Terry.

Yo mismo estaba asombrado. Sabed que soy de California, y no hay tierra más hermosa, pero cuando se trata de ciudades... Muchas veces me he lamentado en casa por el desastre ofensivo que el hombre hace en el rostro de la naturaleza, aunque yo no soy entendido en arte, al contrario que Jeff. ¡Pero este lugar! Era en su mayor parte de una piedra de color rosa apagado, con algunas casas claramente blancas aquí y allá; y se extendía entre las arboledas y jardines verdes como un rosario roto de coral rosado.

—Esos grandes blancos son edificios públicos, evidentemente —declaró Terry—. Esto no es un país de salvajes, amigos. Pero ¿sin hombres? Chicos, lo que procede es avanzar con toda cortesía.

El lugar tenía un aspecto extraño, que resultaba más imponente a medida que nos acercábamos. «Es como una exposición.» «Es demasiado bonito para ser verdad.» «Muchos palacios, pero ¿dónde están los hogares?» «Oh, también hay casitas, pero...». Era sin duda diferente de cualquier ciudad que hubiéramos visto antes.

—No hay suciedad —dijo Jeff de repente—. No hay humo —añadió después de un momento.

—No hay ruido —ofrecí yo; pero Terry me interrumpió: —Es porque están apostados para tendernos una emboscada; más vale que tengamos cuidado al entrar.

Nada podía inducirle a quedarse fuera, así que seguimos adelante.

Todo era belleza, orden, limpieza absoluta, y el más agradable sentido del hogar sobre todo ello. A medida que nos acercábamos al centro del pueblo, las casas se apretaban más, se fueron uniendo entre sí, crecieron hasta convertirse en palacios ramificados agrupados entre parques y plazas abiertas, algo como los edificios universitarios que se alzan entre sus quietos jardines.

Y entonces, al doblar una esquina, llegamos a un amplio espacio empedrado y vimos ante nosotros un grupo de mujeres que permanecían juntas en orden regular, aguardando evidentemente nuestra llegada.

Nos detuvimos un momento y miramos atrás. La calle que quedaba detrás estaba cerrada por otro grupo que avanzaba resueltamente, hombro con hombro. Seguimos adelante —no parecía haber otro camino— y pronto nos encontramos completamente rodeados por aquella multitud densamente apiñada, todas mujeres, pero...

No eran jóvenes. No eran viejas. No eran, en el sentido de las chicas, hermosas. No eran en absoluto feroces. Y sin embargo, al ir de rostro en rostro —serenos, graves, sensatos, sin miedo en absoluto, evidentemente seguros y decididos—, tuve la sensación más extraña, una sensación muy antigua: una sensación que fui rastreando y rastreando en la memoria hasta que al fin la atrapé. Era esa sensación de estar irremisiblemente en falta que yo había tenido con tanta frecuencia en mi primera juventud, cuando el máximo esfuerzo de mis piernas cortas no había bastado para impedir que llegara tarde a la escuela.

Jeff también lo sintió; podía verlo. Nos sentíamos como niños pequeños, muy pequeños, sorprendidos haciendo travesuras en la casa de alguna dama benévola. Pero Terry no mostraba semejante

conciencia. Vi sus ojos rápidos yendo de aquí para allá, calculando números, midiendo distancias, valorando posibilidades de fuga. Examinó las filas cerradas que nos rodeaban, extendiéndose hacia atrás por todas partes, y murmuró en voz baja: —Todas pasan de los cuarenta, con perdón.

Y sin embargo no eran viejas. Cada una estaba en plena lozanía de una salud sonrosada, erecta, serena, plantada con seguridad y ligereza como cualquier púgil. No tenían armas, y nosotros sí, pero no teníamos ningún deseo de disparar.

—Dispararía igual de bien contra mis tías —murmuró Terry de nuevo—. ¿Qué quieren de nosotros? Parece que van en serio. —Pero a pesar de ese aspecto serio, decidió intentar su táctica favorita. Terry había llegado armado de una teoría.

Avanzó con su brillante sonrisa seductora e hizo una profunda reverencia ante las mujeres que tenía delante. Luego sacó otro tributo, un pañuelo amplio y suave de tela vaporosa, rico en color y dibujo, una cosa preciosa hasta para mi ojo, y lo ofreció con una inclinación profunda a la alta mujer que parecía encabezar las filas ante él. Ella lo recibió con un cortés gesto de asentimiento y lo pasó a las que tenía detrás.

Volvió a intentarlo, esta vez sacando un círculo de piedras del Rin, una corona centelleante que habría complacido a cualquier mujer de la tierra. Pronunció un breve discurso incluyendo a Jeff y a mí como socios en su empresa, y con otra reverencia lo presentó. De nuevo fue aceptado su regalo y, como antes, desapareció de la vista.

—Si fueran más jóvenes —masculló entre dientes—. ¿Qué demonios le dice uno a un regimiento de coronelas como estas?

En todas nuestras discusiones y especulaciones habíamos dado por supuesto inconscientemente que las mujeres, pasara lo que pasara, serían jóvenes. Así piensan la mayoría de los hombres, supongo.

«La mujer» en abstracto es joven y, damos por sentado, encantadora. A medida que envejecen, salen del escenario de algún

modo, hacia la propiedad privada en su mayoría, o fuera de él del todo. Pero estas buenas damas estaban muy presentes en el escenario, y cualquiera de ellas podría haber sido abuela.

Buscamos nerviosismo: no lo había.

Terror, quizá: tampoco.

Inquietud, curiosidad, excitación: todo lo que vimos fue lo que podría haber sido un comité de vigilancia de médicas, frías como el mármol y evidentemente dispuestas a hacernos rendir cuentas por nuestra presencia allí.

Seis de ellas dieron un paso adelante entonces, una a cada lado de cada uno de nosotros, e indicaron que las siguiéramos. Pensamos que era mejor ceder, al menos de momento, y marchamos, una de ellas a cada codo, y las demás en masa compacta delante, detrás, a ambos lados.

Ante nosotros se abrió un edificio grande, de muros gruesos y aspecto imponente, grande y con pinta de antiguo; de piedra gris, diferente del resto del pueblo.

—¡Esto no puede ser! —nos dijo Terry en voz baja—. No podemos dejar que nos metan ahí, chicos. ¡Todos juntos, ahora!

Nos detuvimos en seco. Empezamos a explicar, a hacer señas señalando hacia el gran bosque para indicar que queríamos volver a él, de inmediato.

Hoy me hace gracia, sabiendo todo lo que sé, pensar en nosotros tres chicos —no éramos más que chicos, tres muchachos audaces e impertinentes— colándonos en un país desconocido sin ningún tipo de guardia ni defensa. Parecíamos pensar que si había hombres podríamos pelear con ellos, y si solo había mujeres, bueno, no serían ningún obstáculo.

Jeff, con sus tiernas y románticas y anticuadas ideas sobre las mujeres como enredaderas. Terry, con sus claras y decididas y prácticas teorías de que había dos clases de mujeres: las que le interesaban y las que no; Deseables e Indeseables era su

clasificación. Las últimas eran una clase numerosa, pero insignificante; nunca había pensado en ellas.

Y ahora aquí estaban, en gran número, evidentemente indiferentes a lo que él pudiera pensar, evidentemente decididas a algún propósito propio respecto a él, y aparentemente muy capaces de llevarlo a cabo.

Todos pensamos mucho en aquel momento. No había parecido prudente oponerse a acompañarlas, aunque hubiéramos podido; nuestra única oportunidad era la amistad, una actitud civilizada por ambas partes.

Pero una vez dentro de aquel edificio, quién sabía lo que esas decididas damas podían hacernos. Incluso una detención pacífica no era de nuestro agrado, y al llamarla encarcelamiento sonaba aún peor.

Así pues, hicimos un alto, intentando dejar claro que prefería el campo abierto. Una de ellas se adelantó con un croquis de nuestro aparato volador, preguntando por señas si éramos los visitantes aéreos que habían visto.

Admitimos que sí.

Señalaron de nuevo el aparato y luego el campo circundante en diversas direcciones, pero fingimos que no sabíamos dónde estaba, y a decir verdad no estábamos del todo seguros, e indicamos su paradero de un modo bastante impreciso.

De nuevo nos instaron a avanzar, situándose tan apiñadas en la puerta que no quedaba más que un único camino recto hacia adelante. Por todas partes alrededor y detrás de nosotros estaban sólidamente agrupadas; sencillamente no había más que seguir adelante o pelear.

Celebramos una consulta.

—En mi vida he peleado con mujeres —dijo Terry, muy perturbado—, pero no pienso entrar ahí. No voy a dejarme... arrear como si estuviéramos en un manga de ganado.

—No podemos pelear con ellas, claro —urgió Jeff—. Son todas mujeres, a pesar de su ropa indefinida; mujeres agradables, además; caras buenas y fuertes y sensatas. Creo que será mejor que entremos.

—Puede que nunca salgamos, si lo hacemos —les dije—. Fuertes y sensatas, sí; pero no estoy tan seguro de lo de agradables. ¡Mirad esas caras!

Se habían quedado a sus anchas, esperando mientras conferenciábamos, pero sin relajar en ningún momento su atención.

Su actitud no era la rígida disciplina de los soldados; en ellas no había ninguna sensación de compulsión. El término «comité de vigilancia» de Terry era sumamente descriptivo. Tenían exactamente el aspecto de sólidos burgueses, congregados apresuradamente para hacer frente a alguna necesidad o peligro común, todos movidos exactamente por los mismos sentimientos, hacia el mismo fin.

Jamás, en ningún otro lugar, había visto mujeres de exactamente esta calidad. Las pescaderas y las vendedoras de mercado podían mostrar una fuerza similar, pero era tosca y pesada. Estas eran simplemente atléticas: ligeras y poderosas. Profesoras universitarias, maestras, escritoras: muchas mujeres mostraban una inteligencia similar, pero a menudo llevaban un aire tenso y nervioso, mientras que estas estaban tan tranquilas como vacas, con toda su evidente inteligencia.

Los observamos muy de cerca en ese momento, pues todos sentíamos que era un instante crucial.

La jefa dio alguna orden y nos instó a avanzar, y la masa que nos rodeaba se acercó un paso.

—Hay que decidir deprisa —dijo Terry.

—Voto por entrar —insistió Jeff. Pero éramos dos contra uno, y él se mantuvo leal a nosotros. Hicimos un último intento de que nos dejaran marchar, urgente pero sin implorar. En vano.

—¡A la carga, chicos! —dijo Terry—. Y si no podemos abrimos paso, disparo al aire.

Nos encontramos entonces en la posición de la sufragista intentando llegar a los edificios del Parlamento a través de un triple cordón de policías londinenses.

La solidez de aquellas mujeres era algo pasmoso. Terry comprobó pronto que era inútil, se soltó por un momento, sacó el revólver y disparó al aire. Cuando trataron de quitárselo, volvió a disparar y se oyó un grito...

Al instante cada uno de nosotros fue agarrado por cinco mujeres, cada una sujetando un brazo, una pierna o la cabeza; nos levantaron como niños, niños a horcajadas e impotentes, y nos llevaron hacia adelante, revolviendonos en vano pero sujetos con mucha firmeza femenina a pesar de todos nuestros esfuerzos.

Así cargados y sujetos, llegamos a un alto vestíbulo interior, gris y desnudo, y fuimos conducidos ante una majestuosa mujer de cabello gris que parecía ocupar una posición judicial.

Hubo algo de conversación, poca, entre ellas, y luego de repente cayó sobre cada uno de nosotros al mismo tiempo una mano firme que presionaba un paño humedecido sobre la boca y la nariz: un orden de dulzura embriagadora... anestesia.

# CAPÍTULO 3

## UN ENCIERRO PECULIAR

De un sueño tan profundo como la muerte, tan reparador como el de un niño sano, desperté lentamente.

Era como ascender, subir y subir a través de un océano cálido y profundo, acercándose cada vez más a la plena luz y al aire en movimiento. O como el retorno a la conciencia tras una conmoción cerebral. Una vez me arrojó un caballo mientras visitaba un país montañoso y salvaje que me era completamente desconocido, y recuerdo con claridad la experiencia mental de volver a la vida a través de velos de sueño que se iban levantando. Cuando por vez primera oí débilmente las voces de los que me rodeaban y vi las nevadas cimas de aquella poderosa cordillera, di por supuesto que también aquello pasaría y que pronto me encontraría en mi propio hogar.

Esa fue exactamente la experiencia de este despertar: oleadas que se iban retirando de visiones entrevistas en torbellino, recuerdos del hogar, el vapor, la barca, el dirigible, el bosque..., todo hundiéndose al fin uno tras otro, hasta que mis ojos estuvieron bien abiertos, mi cerebro despejado, y comprendí lo que había ocurrido.

La sensación más prominente era de absoluta comodidad física. Estaba tendido en una cama perfecta: larga, ancha, tersa; firmemente suave y llana; con el lino más fino, algún ligero edredón de abrigo, y una colcha que era un gozo para los ojos. La sábana estaba doblada unos treinta centímetros, y sin embargo podía estirar los pies hasta el extremo de la cama sin quedar sin cobertura.

Me sentía ligero y limpio como una pluma blanca. Tardé algún tiempo en localizar concienzudamente mis brazos y piernas, en sentir el vívido sentido de la vida irradiando desde el centro que despertaba hasta las extremidades.

Una habitación grande, alta y amplia, con muchas ventanas altas cuyos postigos cerrados dejaban pasar un aire de suave luz verde; una habitación hermosa, en sus proporciones, en su color, en su lisa sencillez; un aroma de jardines en flor desde fuera.

Permanecí perfectamente quieto, bastante contento, bastante consciente, y sin embargo sin asimilar activamente lo que había ocurrido, hasta que oí a Terry.

—¡Caramba! —fue lo que dijo.

Giré la cabeza. Había tres camas en aquella habitación, con espacio de sobra para todas.

Terry estaba incorporado, mirando a su alrededor, tan alerta como siempre. Su comentario, aunque no en voz alta, despertó también a Jeff. Nos sentamos los tres.

Terry sacó las piernas de la cama, se puso de pie, se estiró vigorosamente. Llevaba una larga bata de noche, una especie de prenda sin costuras, indubitablemente cómoda: así estábamos cubiertos los tres. Al lado de cada cama había zapatos, también bastante cómodos y de buen aspecto, aunque de ningún modo como los nuestros.

Buscamos nuestra ropa: no estaba, ni ninguna de las variadas cosas que llevábamos en los bolsillos.

Una puerta estaba entreabierta: daba a un cuarto de baño de lo más atractivo, copiosamente provisto de toallas, jabón, espejos y toda esa clase de accesorios, con incluso nuestros cepillos de dientes y peines, nuestros cuadernos, y —gracias a Dios— nuestros relojes; pero nada de ropa.

Luego inspeccionamos de nuevo la gran habitación y encontramos un armario grande y aireado que albergaba abundante ropa, pero no la nuestra.

—¡Consejo de guerra! —reclamó Terry—. Volved a las camas; las camas están bien de todos modos. Ahora bien, amigo científico, examinemos nuestra situación desapasionadamente.

Se refería a mí, pero Jeff parecía el más impresionado.

—¡No nos han hecho el menor daño! —dijo—. Podrían habernos matado... o lo que fuera... y yo nunca me he sentido tan bien en mi vida.

—Eso prueba que son todas mujeres —sugerí—, y altamente civilizadas. Ya sabéis que le disteis a una en el último forcejeo: la oí gritar, y nosotros dimos patadas a más no poder.

Terry nos sonreía. —¿Sabéis lo que nos han hecho estas damas? —preguntó amablemente—. Nos han quitado todas las posesiones, toda la ropa, hasta el último hilo. Nos han desnudado, lavado y metido en la cama como si fuéramos tantísimos bebés de un año, estas tan altamente civilizadas mujeres.

Jeff se ruborizó de verdad. Tenía imaginación poética. Terry también la tenía, de un tipo diferente. Y yo la tenía también, igualmente diferente. Siempre me lisonjeé de poseer la imaginación científica, que de paso consideraba la más elevada. Uno tiene derecho a cierta cantidad de amor propio si se funda en hechos y se guarda para uno mismo, creo.

—De nada sirve quejarse, chicos —dije—. Nos tienen, y al parecer son perfectamente inofensivas. Lo que nos queda es idear algún

plan de fuga como cualquier otro héroe embotellado. Mientras tanto hay que ponerse esta ropa: no hay más remedio.

Las prendas eran de lo más sencillo, y absolutamente cómodas físicamente, aunque claro está que todos nos sentíamos como comparsas de teatro. Había una prenda interior de algodón de una sola pieza, fina y suave, que llegaba por encima de las rodillas y los hombros, algo así como el pijama de una pieza que llevan algunos hombres, y una especie de media calcetín que llegaba hasta justo debajo de la rodilla y se quedaba ahí: tenía sus propias gomas en la parte superior y cubría los bordes de la primera.

Luego había una variedad más gruesa de prenda interior completa, muchas en el armario, de diversos grosores y material algo más recio: evidentemente servirían de apañío sin necesidad de más. Después había túnicas, de largo hasta la rodilla, y algunas batas largas. Huelga decir que elegimos las túnicas.

Nos bañamos y vestimos bastante animados.

—No está nada mal —dijo Terry, contemplándose en un espejo largo. Su cabello era algo más largo que cuando abandonamos la última barbería, y los sombreros que nos proporcionaban se parecían mucho a los que lleva el príncipe de los cuentos, pero sin el penacho.

El atuendo era similar al que habíamos visto en todas las mujeres, aunque algunas de ellas, las que trabajaban en los campos, vislumbradas con los prismáticos cuando sobrevolamos por primera vez, llevaban únicamente las dos primeras prendas.

Me ajusté los hombros y estiré los brazos, observando: —Han diseñado una ropa sumamente sensata, tengo que reconocérselo. Con lo que estuvimos todos de acuerdo.

—Ahora bien —proclamó Terry—, hemos dormido una larga y buena siesta, nos hemos bañado bien, estamos vestidos y en nuestro sano juicio, aunque sintiéndonos como un montón de neutros. ¿Creéis que estas tan civilizadas damas nos van a dar de desayunar?

—Por supuesto —aseguró Jeff con confianza—. Si hubieran querido matarnos, ya lo habrían hecho antes. Creo que vamos a ser tratados como invitados.

—Aclamados como libertadores, me parece —dijo Terry.

—Estudiados como curiosidades —les dije—. Pero de todas maneras, queremos comer. Así que ía dar una vuelta!

Una vuelta no era tan fácil.

El cuarto de baño solo daba a nuestra habitación, y esta no tenía más que una salida, una puerta grande y gruesa que estaba cerrada con llave.

Escuchamos.

—Hay alguien fuera —apuntó Jeff—. Llamemos.

Así que llamamos, con lo que la puerta se abrió.

Fuera había otra habitación grande, amueblada con una gran mesa en un extremo, largos bancos o divanes junto a las paredes, algunas mesas y sillas más pequeñas. Todo era sólido, fuerte, de estructura sencilla y uso cómodo, así como, de paso, bello.

En esta habitación había cierto número de mujeres, dieciocho para ser exactos, algunas de las cuales reconocimos claramente.

Terry soltó un suspiro decepcionado. —¡Las coronelas! —le oí susurrar a Jeff.

Jeff, sin embargo, avanzó y se inclinó con sus mejores modales; nosotros hicimos lo propio, y fuimos saludados cortésmente por las mujeres que permanecían erguidas.

No necesitábamos hacer pantomimas lastimosas de hambre; las mesas más pequeñas ya estaban dispuestas con comida, y se nos invitó gravemente a sentarnos. Las mesas eran para dos; cada uno de nosotros quedó frente a frente con uno de nuestros anfitriones, y en cada mesa había otras cinco buenas mujeres cerca, observando discretamente. ¡Tuvimos tiempo de sobra para cansarnos de aquellas mujeres!

El desayuno no era abundante, pero suficiente en cantidad y excelente en calidad. Éramos demasiado buenos viajeros para objetar a la novedad, y aquella comida con su fruta nueva pero deliciosa, su plato de nueces grandes y sabrosas, y sus tortitas tan satisfactorias fue de lo más agradable. Había agua para beber, y una bebida caliente de lo más placentero, algo así como el cacao.

Y allí mismo, sin más dilación, antes de que hubiéramos satisfecho el apetito, comenzó nuestra educación.

Al lado de cada uno de nuestros platos había un librito, un libro de verdad con imprenta, aunque diferente al nuestro tanto en papel como en encuadernación, y también, por supuesto, en los caracteres. Los examinamos con curiosidad.

—¡Sombra de Sauveur! —murmuró Terry—. ¡Hay que aprender el idioma!

En efecto, íbamos a aprender el idioma, y no solo eso, sino que tendríamos que enseñar el nuestro. Había cuadernos en blanco con columnas paralelas, cuidadosamente rayadas, evidentemente preparados para la ocasión, y en estos, a medida que aprendíamos y anotábamos el nombre de cualquier cosa, se nos instaba a escribir al lado nuestro propio nombre para esa misma cosa.

El libro que debíamos estudiar era evidentemente un libro escolar, uno con el que los niños aprendían a leer, y dedujimos de eso, y de sus frecuentes consultas sobre métodos, que no tenían experiencia previa en el arte de enseñar su idioma a extranjeros, ni de aprender ningún otro.

Por otro lado, lo que les faltaba en experiencia, lo compensaban con genio. Esa comprensión tan sutil, ese reconocimiento inmediato de nuestras dificultades y la prontitud en salirles al paso eran para nosotros una constante sorpresa.

Por supuesto, estábamos dispuestos a seguirles la corriente. Nos era completamente conveniente poder entendernos con ellas y hablarles, y en cuanto a negarse a enseñarles a ellas, ¿por qué

habríamos de hacerlo? Más adelante sí lo intentamos, una rebelión abierta, pero solo una vez.

Aquella primera comida fue agradable; cada uno de nosotros estudiaba en silencio a su compañera: Jeff con sincera admiración, Terry con esa mirada suya tan técnica, la de un consumado maestro, como un domador de leones, un encantador de serpientes o cualquier otro profesional similar. Yo personalmente estaba intensamente interesado.

Era evidente que aquellos grupos de cinco estaban allí para contener cualquier arranque por nuestra parte. No teníamos armas, y aunque intentáramos causar algún daño, con una silla, digamos, cinco contra uno era demasiado para nosotros, incluso siendo ellas mujeres; eso lo habíamos descubierto a nuestra costa. No era agradable tenerlas siempre alrededor, pero pronto nos acostumbramos.

—Es mejor que estar nosotros físicamente encadenados —apuntó Jeff filosóficamente cuando estuvimos solos—. Nos han dado una habitación, sin grandes posibilidades de fuga, y libertad de movimientos, aunque muy vigilada. Es mejor de lo que habríamos esperado en un país de hombres.

—¡País de hombres! ¿De verdad crees que aquí no hay hombres, inocente? ¿No sabes que los tiene que haber? —exigió Terry.

—Ye—es —convino Jeff—. Claro... y sin embargo...

—¡Y sin embargo qué! Vamos, obstinado sentimentalista, ¿qué estás pensando?

—Puede que tengan alguna peculiar división del trabajo que no hemos visto nunca —sugerí—. Los hombres puede que vivan en ciudades separadas, o que las hayan sometido de algún modo y las tengan encerradas. Pero tiene que haber algunos.

—Esa última sugerencia tuya es una buena muestra, Van —protestó Terry—. ¡Igual que ellas nos tienen a nosotros sometidos y encerrados! Me pones los pelos de punta.

—Bueno, razonadlo como queráis. El caso es que vimos muchos niños el primer día, y hemos visto a esas chicas...

—¡Chicas de verdad! —convino Terry con inmenso alivio—. Me alegro de que las menciones. Te juro que si creyera que en este país no había nada más que esas granaderas, me tiraba por la ventana.

—Hablando de ventanas —sugerí—, examinémoslas.

Miramos por todas las ventanas. Los postigos se abrían con bastante facilidad y no había barrotes, pero el panorama no era tranquilizador.

No era el pueblo de paredes rosas al que habíamos entrado con tanta imprudencia el día anterior. Nuestra habitación estaba muy arriba, en un ala saliente de una especie de castillo, construido sobre un escarpado espolón de roca. Inmediatamente debajo de nosotros había jardines, fructíferos y perfumados, pero sus altos muros seguían el borde del acantilado que caía a pico: no podíamos ver a qué profundidad. El lejano sonido del agua sugería un río al pie.

Podíamos ver al este, al oeste y al sur. Hacia el sureste se extendía el campo abierto, brillante y hermoso a la luz de la mañana, pero a uno y otro lado, y evidentemente también por detrás, se alzaban grandes montañas.

—Esta cosa es una fortaleza de verdad, y no la construyeron las mujeres, os lo digo yo —dijo Terry. Asentimos—. Está bien arriba en las colinas; nos deben de haber traído muy lejos.

—Vimos algún tipo de vehículos de movimiento rápido el primer día —recordó Jeff—. Si tienen motores, son civilizadas.

—Civilizadas o no, tenemos mucho trabajo que hacer para salir de aquí. No me propongo hacer una cuerda con la ropa de cama e intentar esas paredes hasta estar seguro de que no hay un modo mejor.

Todos convinimos en esto y volvimos a nuestra discusión sobre las mujeres.

Jeff continuó pensativo. —Aun así, hay algo raro en todo esto — insistió—. No es solo que no veamos ningún hombre: es que no vemos ninguna señal de ellos. La... la... reacción de estas mujeres es diferente a cualquier otra que yo haya conocido.

—Hay algo de verdad en lo que dices, Jeff —convine—. Hay una atmósfera diferente.

—No parecen reparar en que somos hombres —continuó—. Nos tratan... bueno, exactamente igual que entre ellas. Es como si nuestra condición de hombres fuera un incidente menor.

Asentí. Yo mismo lo había notado. Pero Terry interrumpió bruscamente.

—¡Pamplinas! —dijo—. Es por su avanzada edad. Son todas abuelas, os digo, o debería serlo. Bisabuelas, como mínimo. Las chicas sí eran chicas de verdad, ¿a que sí?

—Sí —convino Jeff, todavía lentamente—. Pero no tenían miedo: treparon por ese árbol y se escondieron, como escolares sorprendidos fuera de los límites, no como chicas tímidas.

—Y corrieron como ganadoras de maratón: eso lo admites tú también, Terry —añadió.

Terry estaba de mal humor durante los días que siguieron. Parecía llevar peor que Jeff o yo el encierro; y volvía una y otra vez a Alima, y a lo cerca que había estado de atraparla. —Si lo hubiera conseguido —decía a veces, bastante fieramente—, habríamos tenido un rehén y podríamos haber negociado.

Pero Jeff estaba llevando muy bien las cosas con su tutora, e incluso con sus guardias, y yo también. Me interesaba profundamente observar y estudiar la sutil diferencia entre estas mujeres y otras mujeres, e intentar dar cuenta de ello. En cuanto a aspecto personal, había una gran diferencia. Todas llevaban el pelo corto, unos pocos centímetros como mucho; algunas rizado, otras no; todo ligero, limpio y de aspecto fresco.

—Si su pelo fuera largo —se lamentaba Jeff— tendrían un aspecto mucho más femenino.

A mí me llegó a gustar bastante, después de acostumbrarme. Por qué hemos de admirar «la corona de cabellos de una mujer» y no admirar la coleta de un chino es difícil de explicar, salvo porque estamos tan convencidos de que el pelo largo «pertenece» a la mujer. Cuando en los caballos, la crin es de ambos; y en los leones, búfalos y otras criaturas similares, solo del macho. Pero sí lo eché de menos, al principio.

Nuestro tiempo transcurría bastante agradablemente. Teníamos libertad de deambular por el jardín bajo nuestras ventanas, de forma bastante larga en su ramificado trazado irregular, bordeando el acantilado. Las paredes eran perfectamente lisas y altas, terminando en la mampostería del edificio; y al estudiar las grandes piedras me fui convenciendo de que toda la estructura era sumamente antigua. Estaba construida como la arquitectura preincaica del Perú, con enormes monolitos encajados como piezas de mosaico.

—Esta gente tiene historia, seguro —le dije a los otros—. Y en algún momento fueron combatientes: si no, ¿para qué una fortaleza?

Dije que éramos libres de recorrer el jardín, pero no del todo solos. Siempre había un grupo de aquellas incómodamente fuertes mujeres sentadas por allí, siempre con alguna de ellas observándonos aunque las demás leyeran, jugaran o estuvieran ocupadas en algún tipo de labor.

—Cuando las veo hacer punto —decía Terry—, casi puedo llamarlas femeninas.

—Eso no prueba nada —replicaba puntualmente Jeff—. Los pastores escoceses hacen punto: siempre haciendo punto.

—Cuando salgamos... —Terry se estiraba y miraba los lejanos picos—, cuando salgamos de aquí y lleguemos adonde están las mujeres de verdad, las madres y las chicas...

—Bueno, ¿y qué haremos entonces? —pregunté bastante desanimado—. ¿Cómo sabes que saldremos alguna vez?

Era una idea desagradable, que consideramos unánimemente y a la que volvimos con ahínco a nuestros estudios.

—Si somos buenos chicos y aprendemos bien la lección —sugerí—. Si somos quietos, respetuosos y educados, y ellas no nos tienen miedo, quizá nos dejen salir. Y de todas formas, cuando nos escapemos, es de suma importancia que sepamos el idioma.

Personalmente, estaba tremendamente interesado en ese idioma, y al ver que tenían libros, estaba ansioso por llegar a ellos, por ahondar en su historia, si es que tenían una.

No era difícil de hablar, suave y agradable al oído, y tan fácil de leer y escribir que me maravillé. Tenían un sistema absolutamente fonético; todo el asunto era tan científico como el esperanto y conservaba, sin embargo, todas las señas de una civilización antigua y rica.

Teníamos libertad de estudiar cuanto quisiéramos, y no se nos abandonaba a vagar simplemente por el jardín como única diversión, sino que se nos introdujo en un gran gimnasio, en parte en el tejado y en parte en el piso de abajo. Aquí aprendimos a respetar de verdad a nuestras altas guardianas. No hacía falta cambiar de atuendo para estas actividades, salvo quitarse la ropa de encima. La primera prenda era tan perfecta para el ejercicio como cabía desear, absolutamente libre de movimientos, y tuve que admitir que tenía mucho mejor aspecto que la nuestra habitual.

—Cuarenta..., más de cuarenta..., algunas de cincuenta, apuesto..., ¡y miradlas! —gruñó Terry con admiración a su pesar.

No había acrobacias espectaculares, de las que solo los jóvenes pueden hacer, pero para un desarrollo integral tenían un sistema excelentísimo. Mucha música lo acompañaba, con danzas de posturas y, a veces, procesiones de grave belleza.

Jeff quedó muy impresionado por ello. No sabíamos entonces cuán pequeña parte de sus métodos de cultura física era aquello en realidad, pero resultaba agradable de ver y de practicar.

¡Oh, sí, lo practicamos! No era absolutamente obligatorio, pero pensamos que era mejor complacer.

Terry era el más fuerte de nosotros, aunque yo era ágil y de buen aguante, y Jeff era un gran velocista y saltador de vallas, pero os digo que aquellas señoras mayores nos daban treinta y raya. Corrían como corzas, con lo que quiero decir que no corrían como si fuera una exhibición, sino como si fuera su paso natural. Recordamos a aquellas fugitivas chicas de nuestra primera brillante aventura y concluimos que así era.

Saltaban como corzos también, con un rápido movimiento de pliegue de piernas, que se doblan y giran hacia un lado con un movimiento lateral del cuerpo. Recordé la manera desgarrada y con los brazos en cruz que algunos compañeros solían cruzar la meta, e intenté aprender el truco. No fue fácil ponernos a la altura de aquellas expertas.

—Nunca pensé que viviría para estar mandado por un montón de ancianas acróbatas —protestó Terry.

Tenían también juegos, bastantes, pero al principio nos resultaban bastante aburridos. Era como si dos personas jugaran al solitario para ver quién lo conseguía primero; más parecido a una carrera o a un... examen de competición que a un juego de verdad con algo de lucha.

Reflexioné un poco sobre esto y le dije a Terry que era un argumento en contra de que hubiera hombres por allí. —No hay ni un juego de tamaño para un hombre en todo el lote —dije.

—Pero son interesantes, me gustan —objetó Jeff—, y estoy seguro de que son educativos.

—Estoy harto de que me eduquen —protestó Terry—. Imaginaos ir a una escuela de señoritas a nuestra edad. Quiero Salir de aquí.

Pero no podíamos salir, y nos estaban educando a toda velocidad. Nuestras tutoras especiales subían rápidamente en nuestra estima. Parecían de una calidad algo más fina que las guardias, aunque todas estaban en términos de fácil amistad. La mía se llamaba Somel, la de Jeff, Zava, y la de Terry, Moadine. Intentamos sacar conclusiones de los nombres, los de las guardias y los de nuestras tres chicas, pero no llegamos a nada.

—Suenan bien y son en su mayoría cortos, pero no hay similaridad de terminación y no hay dos iguales. Sin embargo, nuestro círculo de conocidos es todavía limitado.

Había muchas cosas que queríamos preguntar, en cuanto pudiéramos hablar lo suficientemente bien. Nunca vi mejor enseñanza. De la mañana a la noche estaba Somel, siempre disponible excepto entre las dos y las cuatro; siempre agradable, con una constante amabilidad amistosa que llegué a apreciar mucho. Jeff decía que la señorita Zava —ponía un tratamiento, aunque por lo visto allí no los había— era un encanto, que le recordaba a su tía Esther de casa; pero Terry se negaba a dejarse conquistar y se burlaba bastante de su propia compañera cuando estábamos solos.

—¡Estoy harto de todo esto! —protestaba—. Harto de esto en su totalidad. Aquí estamos encerrados, tan inútiles como un hatajo de huérfanos de tres años, y nos enseñan lo que ellas consideran necesario, nos guste o no. ¡Maldita su impertinencia de solterona!

Con todo, nos enseñaban. Trajeron un mapa en relieve de su país, bellamente elaborado, y ampliaron nuestros conocimientos de términos geográficos; pero cuando preguntamos por información sobre el país del exterior, menearon la cabeza sonriendo.

Trajeron ilustraciones: no solo los grabados de los libros, sino estudios en color de plantas, árboles, flores y pájaros. Trajeron herramientas y diversos objetos pequeños: teníamos abundante «material» en nuestra clase.

Si no hubiera sido por Terry, habríamos estado mucho más contentos, pero a medida que las semanas se convirtieron en meses,

se fue poniendo cada vez más irritable.

—No te pongas como un oso con dolor de muelas —le rogué—. Vamos progresando bien. Cada día los entendemos mejor, y pronto podremos hacerles una petición razonable para que nos dejen salir...

—¡Que nos dejen salir! —bramó—. ¡Que nos dejen salir, como niños retenidos después de clase! Quiero Salir, y voy a salir. Quiero encontrar a los hombres de este lugar y pelear, io a las chicas!

—Supongo que son las chicas lo que más te interesa —comentó Jeff—. ¿Con qué vas a pelear, a puñetazos?

—¡Sí, o a palos y a pedradas! ¡Que me gustaría hacerlo! —Y Terry adoptó una postura de boxeo y le dio un golpecito suave a Jeff en la mandíbula—. Como ejemplo —dijo.

—De todas formas —continuó—, podríamos volver a la máquina y largarnos.

—Si sigue allí —sugerí con cautela.

—¡No seas agorero, Van! Si no está, ya encontraremos la manera de bajar: la barca está allí, supongo.

Terry lo pasaba mal, tan mal que al fin nos persuadió para que consideráramos un plan de fuga. Era difícil, era muy peligroso, pero declaró que se iría solo si nosotros no le acompañábamos, y claro está que no podíamos ni pensar en eso.

Resultó que había estudiado bastante bien el entorno. Desde nuestra ventana del extremo, que daba a la punta del promontorio, podíamos hacernos una idea bastante cabal del tramo de muro y de la caída que había debajo. También desde el tejado podíamos ver más, y en un punto incluso vislumbrar una especie de sendero al pie del muro.

—Es cuestión de tres cosas —dijo—: cuerdas, agilidad y no ser vistos.

—Eso es lo más difícil —insistí, aún esperando disuadirle—. Un par de ojos está sobre nosotros en todo momento, excepto de noche.

—Por lo tanto hay que hacerlo de noche —respondió—. Facilísimo.

—Tenemos que considerar que si nos cogen puede que no nos traten tan bien después —dijo Jeff.

—Ese es el riesgo empresarial que hay que asumir. Voy a ir, aunque me rompa el cuello. —No había manera de disuadirle.

El problema de las cuerdas no era fácil. Algo bastante fuerte para soportar el peso de un hombre y bastante largo para bajarnos al jardín y luego por encima del muro. Había sogas fuertes en el gimnasio: por lo visto les encantaba balancearse y trepar por ellas; pero nunca estábamos allí solos.

Habría que improvisar con la ropa de cama, las alfombras y las prendas de vestir, y además habría que hacerlo después de que nos cerraran por la noche, pues cada día el lugar era limpiado a la perfección por dos de nuestras guardianas.

No teníamos tijeras ni cuchillos, pero Terry era ingenioso. —Estas buenas mujeres tienen vidrio y porcelana, ya veis. Romperemos un vaso del cuarto de baño y lo usaremos. «El amor siempre encuentra el camino» —tarareó—. Cuando estemos todos fuera de la ventana, nos pondremos los tres sobre los hombros del otro y cortaremos la cuerda lo más arriba posible para tener más para el muro. Sé exactamente dónde vi ese trocito de sendero, y hay un árbol grande allí también, o una enredadera o algo: vi las hojas.

Parecía un riesgo de locos, pero esta era, en cierto modo, la expedición de Terry, y todos estábamos hartos de nuestro encierro.

Así que esperamos a la luna llena, nos retiramos temprano, y pasamos una hora o dos con angustia en la fabricación poco experta de cuerdas capaces de aguantar a un hombre.

Retirarse a lo más profundo del armario, envolver un vaso en tela gruesa y romperlo sin hacer ruido no era difícil, y el vidrio roto corta, aunque no tan diestramente como unas tijeras.

La amplia luz de la luna entraba a raudales por cuatro de nuestras ventanas —no nos habíamos atrevido a tener las luces encendidas

demasiado tiempo— y trabajamos duro y aprisa en nuestra tarea de destrucción.

Cortinas, alfombras, batas, toallas, así como la ropa de cama: no dejamos hilo sobre hilo, como dijo Jeff.

Luego, en una ventana del extremo, por ser la menos expuesta a la observación, atamos con firmeza un extremo de nuestro cable a la bisagra bien anclada del postigo interior, y dejamos caer suavemente nuestro rollo de cuerda.

—Esta parte es bastante fácil: yo bajaré el último, para cortar la cuerda —dijo Terry.

Así que yo descendí primero, bien apoyado contra la pared; luego Jeff sobre mis hombros, luego Terry, que nos sacudió un poco mientras serraba el cordel por encima de su cabeza. Luego yo me dejé caer despacio al suelo, Jeff tras de mí, y al fin los tres estuvimos a salvo en el jardín, con la mayor parte de nuestra cuerda.

—¡Adiós, abuelitas! —susurró Terry entre dientes, y nos fuimos deslizando suavemente hacia el muro, aprovechando la sombra de cada arbusto y árbol. Había tenido la previsión de marcar el lugar exacto, solo un rasguño de piedra sobre piedra, pero podíamos leerlo con aquella luz. Para el anclaje había un arbusto robusto, de buen tamaño, junto al muro.

—Ahora subiré sobre vosotros dos y pasaré al otro lado primero —dijo Terry—. Eso sujetará la cuerda mientras los dos subís. Luego descenderé hasta el extremo. Si puedo bajar sin peligro, me veréis y seguiréis; o mejor, tiraré tres veces. Si encuentro que no hay absolutamente ningún punto de apoyo, volveré a subir, eso es todo. No creo que nos maten.

Desde arriba reconoció cuidadosamente el terreno, nos hizo una señal con la mano y susurró: —Todo bien —; luego se descolgó. Jeff trepó y yo le seguí, y nos estremecimos al ver cuánto descendía aquella figura oscilante, mano bajo mano, hasta que desapareció entre una masa de follaje muy abajo.

Luego vinieron tres tirones rápidos, y Jeff y yo, con una alegre sensación de libertad recuperada, seguimos con éxito a nuestro líder.

# CAPÍTULO 4

## NUESTRA AVENTURA

Estábamos de pie sobre un saliente estrecho, irregular y demasiado inclinado, y sin duda nos habríamos caído ignominiosamente y partido el cuello de imprudentes de no haber sido por la enredadera. Era una planta de hojas anchas y gran extensión, un poco parecida a la Ampelopsis.

—Aquí la pared no es exactamente vertical, ya veis —dijo Terry, lleno de orgullo y entusiasmo—. Esta cosa no aguantaría nuestro peso directo, pero creo que si nos deslizamos por ella, uno a la vez, afianzándonos con manos y pies, llegaremos vivos al siguiente saliente.

—Dado que no deseamos volver a subir la cuerda —y que tampoco es muy cómodo quedarse aquí—, lo apruebo —dijo Jeff solemnemente.

Terry bajó primero: dijo que iba a enseñarnos cómo afronta un cristiano su muerte. La suerte nos acompañó. Nos habíamos puesto la más gruesa de aquellas prendas intermedias, dejando atrás las túnicas, y realizamos el descenso con bastante éxito, aunque al final yo di una caída bastante fuerte y solo me quedé en el segundo

saliente gracias a la fuerza bruta. La siguiente etapa fue por una especie de «chimenea», una larga fisura irregular; y así, con muchos y dolorosos arañazos y no pocos golpes, llegamos por fin al arroyo.

Había menos luz allí, pero sentimos que era muy necesario poner tanta distancia como fuera posible entre nosotros y el lugar de huida; así que vadeamos, saltamos y trepamos por aquel lecho rocoso, entre el parpadeante blanco y negro del claro de luna y la sombra de las hojas, hasta que la luz creciente del alba nos obligó a detenernos.

Encontramos un amigo árbol de nueces, esas grandes y satisfactorias nueces de cáscara blanda que ya conocíamos tan bien, y llenamos los bolsillos.

Veo que no he hecho notar que aquellas mujeres tenían bolsillos en asombrosa cantidad y variedad. Los llevaban en todas sus prendas, y la intermedia en particular estaba plagada de ellos. Así que nos atiborramos de nueces hasta parecer soldados prusianos en marcha, bebimos todo lo que pudimos y nos retiramos por el día.

No era un lugar muy cómodo, ni mucho menos fácil de alcanzar: una especie de grieta alta en el escarpado ribazón, pero bien cubierta por el follaje y seca. Tras nuestro agotador recorrido de tres o cuatro horas y la buena ración de comida, nos tumbamos todos por aquella hendidura —cabezas y pies alternados, por así decir— y dormimos hasta que el sol de la tarde casi nos tostó las caras.

Terry me tanteó con un pie en la cabeza.

—¿Qué tal, Van? ¿Sigues vivo?

—Muy vivo —le dije. Y Jeff estaba igual de animado.

Teníamos sitio para estirarnos, si no para darnos la vuelta; pero podíamos girar muy cuidadosamente, uno a la vez, al abrigo del follaje.

No tenía sentido salir de allí de día. No podíamos ver mucho del país, pero lo suficiente para saber que estábamos ya en el comienzo

de la zona cultivada, y sin duda habría una alarma extendida por todas partes.

Terry cuchicheó para sus adentros, tendido en aquel estrecho y caliente reborde de roca. Se regodeó en el desconcierto de nuestros guardas y tutoras, haciendo toda clase de comentarios descorteses.

Le recordé que aún nos quedaba un largo camino hasta llegar al lugar donde habíamos dejado la máquina, y que era muy probable que no la encontráramos allí; pero él se limitó a darme una suave patada por ser aguafiestas.

—Si no puedes animar, no desanimas —protestó—. Nunca dije que sería un paseo. Pero prefiero escaparme en los campos de hielo del Antártico antes que ser un prisionero.

Pronto volvimos a dormir.

El largo descanso y el penetrante calor seco nos sentaron bien, y aquella noche cubrimos una distancia considerable, manteniéndonos siempre en la franja de bosque accidentado que sabíamos bordeaba todo el país. A veces estábamos cerca del borde exterior y atisbábamos de improviso las tremendas profundidades que había al otro lado.

—Esta pieza de geografía se alza como una columna de basalto —dijo Jeff—. ¡Menudo rato vamos a pasar para bajar si nos han requisado la máquina! —Por esta sugerencia recibió el castigo inmediato que se merecía.

Lo que podíamos ver tierra adentro era bastante apacible, aunque solo eran vislumbres a la luz de la luna; de día nos quedábamos muy quietos. Como dijo Terry, no deseábamos matar a las señoras mayores —aunque pudiéramos—; y fuera de eso, eran perfectamente capaces de levantarnos en vilo y llevarnos de vuelta si nos descubrían. No había más remedio que esconderse y escabullirnos sin ser vistos si podíamos.

No se habló mucho. De noche teníamos nuestra carrera de obstáculos-maratón: «no parábamos por zanjas ni nos deteníamos

por piedras», y nadábamos donde el agua era demasiado profunda para vadear y no podía rodearse; aunque eso solo fue necesario dos veces. De día, dormir, hondo y dulce. Gran suerte fue que pudiéramos vivir del país como lo hicimos. Incluso aquella franja de bosque parecía rica en alimentos.

Pero Jeff apuntó pensativamente que eso mismo mostraba el cuidado que habíamos de tener, pues podíamos tropezar de un momento a otro con algún robusto grupo de jardineras, guardabosques o recolectoras. Con cuidado estuvimos, bastante seguros de que si esta vez no lográbamos escapar no tendríamos otra oportunidad; y al fin llegamos a un punto desde el cual podíamos ver, muy abajo, la amplia extensión de aquel lago tranquilo desde el que habíamos emprendido el ascenso.

—¡Eso me sienta bien! —dijo Terry mirando hacia abajo—. Ahora, si no encontramos el aparato, ya sabemos adónde apuntar si hay que saltar el muro de alguna otra manera.

El muro en aquel punto era singularmente poco invitador. Se alzaba tan vertical que teníamos que asomar la cabeza para ver la base, y el país de abajo parecía un lejano y pantanoso enredo de vegetación exuberante. Sin embargo, no tuvimos que arriesgar el cuello en tal medida, pues al fin, deslizándonos entre las rocas y los árboles como otros tantos salvajes sigilosos, llegamos a aquel espacio llano donde habíamos aterrizado; y allí, en increíble fortuna, encontramos nuestra máquina.

—¡Y cubierta además, por todos los santos! ¿Habráis pensado que tendrían tanto sentido? —exclamó Terry.

—Si han tenido tanto, es probable que tengan más —le advertí en voz baja—. Apuesto a que la cosa está vigilada.

Reconocimos el terreno cuanto pudimos a la débil luz de la luna menguante —los claros de luna son de una naturaleza dolorosamente poco fiable—; pero el alba que se acercaba nos mostró la familiar silueta, envuelta en una tela gruesa tipo lona, sin

el menor signo de ningún centinela cerca. Decidimos lanzarnos en cuanto hubiera luz suficiente para trabajar con precisión.

—Me da igual que el trasto funcione o no —declaró Terry—. Podemos empujarla hasta el borde, subir y planear hacia abajo, ¡pum!, junto a nuestra barca. Mirad allí: ¡la barca!

En efecto, allí estaba nuestro motor, tendido como un capullo gris sobre la pálida lámina plana del agua.

En silencio pero con rapidez nos lanzamos hacia adelante y empezamos a tirar de los cierres de aquella cubierta.

—¡Maldita sea! —exclamó Terry con desesperada impaciencia—. ¡Lo han cosido en una bolsa! ¡Y no llevamos ni un cuchillo!

Entonces, mientras tirábamos y jalábamos de aquella tela resistente, oímos un sonido que hizo levantar la cabeza a Terry como a un caballo de guerra: el inconfundible sonido de una risita, sí, tres risitas.

Allí estaban: Celis, Alima, Ellador, con exactamente el mismo aspecto que la primera vez que las habíamos visto, a cierta distancia de nosotros, tan interesadas, tan traviesas como tres escolares.

—Calma, Terry, calma —advertí—. Esto es demasiado fácil. Cuidado con una trampa.

—Apelemos a su buen corazón —propuso Jeff—. Creo que nos ayudarán. A lo mejor tienen cuchillos.

—De todas formas, de nada sirve abalanzarse sobre ellas —yo sujetaba a Terry sin soltarle—. Sabemos que corren y trepan más que nosotros.

Lo admitió de mala gana; y después de una breve deliberación entre nosotros, los tres avanzamos lentamente hacia ellas, tendiendo las manos en señal de amistad.

Aguantaron su puesto hasta que nos habíamos acercado bastante, y luego indicaron que nos detuviéramos. Para comprobarlo, avanzamos un paso o dos y ellas retrocedieron de inmediato, rápidas

y alertas. Así que nos detuvimos a la distancia indicada. Luego usamos su idioma, en la medida de nuestras posibilidades, para explicar nuestra situación: cómo estábamos prisioneros, cómo habíamos escapado —aquí mucha pantomima y vivo interés por su parte—, cómo habíamos viajado de noche y nos habíamos escondido de día, viviendo de nueces; y aquí Terry fingió mucha hambre.

Sé que no podía tener hambre; habíamos encontrado abundante comida y no nos habíamos privado de nada. Pero ellas parecieron algo impresionadas; y tras una consulta en voz baja, sacaron de sus bolsillos ciertos pequeños paquetes y, con la mayor facilidad y precisión, los lanzaron a nuestras manos.

Jeff se mostró muy agradecido; y Terry hizo extravagantes gestos de admiración que, al parecer, las incitaron, con ese espíritu propio de los chicos, a exhibir su habilidad. Mientras comíamos las excelentes galletas que nos habían lanzado, y mientras Ellador vigilaba atentamente nuestros movimientos, Celis corrió a cierta distancia y montó una especie de «patito-en-una-roca»: una nuez amarilla grande encima de tres palos equilibrados; Alima, entretanto, recogía piedras.

Nos instaron a tirar contra el artilugio, y lo hicimos, pero la cosa estaba muy lejos, y solo después de varios fallos —ante los cuales aquellas muchachas traviesas se reían con deleite— logró Jeff derribar toda la estructura. A mí me costó aún más, y Terry, para su intensa mortificación, quedó el tercero.

Luego Celis montó de nuevo el pequeño trípode, nos miró, lo derribó, señaló hacia él y meneó la cabeza con severidad. —No —dijo—. Malo. ¡Mal hecho! La entendimos perfectamente.

Luego lo montó una vez más, puso la gorda nuez encima y se reunió con las otras; y allí, aquellas exasperantes chicas se sentaron y se turnaron lanzando piedrecillas contra el artilugio, mientras una hacía de recolocadora; y la nuez salía disparada dos veces de cada tres sin derribar los palitos. Encantadas estaban, y nosotros fingimos estarlo también, pero no lo estábamos.

Llegamos a ser muy amistosos con este juego, pero le dije a Terry que nos arrepentiríamos si no nos marchábamos mientras pudiéramos, y entonces pedimos cuchillos. Era fácil demostrar lo que queríamos hacer, y ellas sacaron orgullosamente cada una una especie de navaja fuerte de sus bolsillos.

—Sí —dijimos con entusiasmo—, ¡eso es! Por favor... —Habíamos aprendido bastante de su idioma, como se ve. Y les pedimos insistentemente esos cuchillos, pero no quisieron dárnoslos. Si nos acercábamos un paso de más, retrocedían, ligeras y prontas a huir.

—No hay nada que hacer —dije—. Venga, busquemos una piedra afilada o algo, hay que quitarle esto a la máquina.

Así que buscamos los fragmentos más cortantes que pudimos encontrar y estuvimos picando, pero era como intentar cortar lona con una concha de almeja.

Terry picaba y hurgaba, pero nos dijo por lo bajo: —Chicos, estamos en bastante buena forma; hagamos un sprint a vida o muerte y apoderemos de esas chicas; tenemos que hacerlo.

Se habían acercado bastante para ver nuestros esfuerzos, y las cogimos bastante por sorpresa; además, como dijo Terry, el entrenamiento reciente nos había fortalecido en aguante y músculos, y durante unos desesperados momentos aquellas chicas se asustaron y nosotros estuvimos casi a punto de triunfar.

Pero justo cuando alargábamos las manos, la distancia entre nosotros se fue ensanchando; habían encontrado su ritmo, al parecer, y aunque corrimos a toda velocidad, mucho más de lo que me parecía prudente, nos mantuvieron fuera de alcance todo el tiempo.

Nos detuvimos jadeantes al fin, ante mis repetidas admoniciones.

—Es una solemne tontería —insistí—. Lo están haciendo a propósito. Volved o lo lamentaréis.

Volvimos, mucho más despacio que a la ida, y en verdad lo lamentamos.

Cuando llegamos a nuestra máquina enfundada e intentamos de nuevo arrancarle la cubierta, surgieron por todas partes las formas robustas, los rostros tranquilos y decididos que tan bien conocíamos.

—¡Dios mío! —gimió Terry—. ¡Las coronelas! Todo está perdido: son cuarenta contra uno.

Era inútil pelear. Aquellas mujeres se apoyaban evidentemente en los números, no tanto como fuerza disciplinada sino como muchedumbre movida por un impulso común. No mostraban el menor signo de miedo, y como no teníamos armas de ninguna clase y había al menos cien de ellas, de pie diez en fondo a nuestro alrededor, cedimos con la mayor elegancia que pudimos.

Por supuesto esperábamos un castigo: un encierro más estricto, quizá reclusión en solitario; pero nada de eso ocurrió. Nos trataron simplemente como fugitivos, y como si entendieran perfectamente nuestra fuga.

De regreso fuimos, no bajo anestesia esta vez, sino deslizándonos en motores eléctricos bastante parecidos a los nuestros como para ser fácilmente reconocibles, cada uno en un vehículo separado con una mujer fornida a cada lado y tres enfrente.

Todas eran muy agradables y nos hablaron todo lo que permitían nuestras limitadas capacidades. Y aunque Terry estaba profundamente mortificado, y al principio todos temíamos un trato severo, yo por mi parte pronto empecé a sentir una especie de confianza placentera y a disfrutar del viaje.

Aquí estaban mis cinco compañeras conocidas, todas de lo más afables, sin aparentar otro sentimiento que un suave triunfo como el de ganar un juego simple; e incluso eso lo disimulaban cortésmente.

Era una buena oportunidad también para ver el país, y cuanto más veía, más me gustaba. Íbamos demasiado deprisa para una observación detallada, pero podía apreciar los caminos perfectos, tan sin polvo como un suelo barrido; la sombra de interminables hileras de árboles; la cinta de flores que se desplegaba bajo ellos; y

el rico y confortable campo que se extendía a lo lejos, lleno de variados encantos.

Cruzamos muchos pueblos y ciudades, y pronto vi que la belleza de parque de la primera ciudad que habíamos visto no era ninguna excepción. Nuestra veloz y amplia vista desde el biplano había resultado muy atractiva, pero carecía de detalles; y en aquel primer día de lucha y captura, poco habíamos observado. Pero ahora nos desplazábamos a un ritmo cómodo de unos cincuenta kilómetros por hora y cubrimos bastante terreno.

Paramos a comer en una ciudad de tamaño considerable, y aquí, avanzando lentamente por las calles, vimos más de la población. Habían salido a mirarnos en todas partes por donde habíamos pasado, pero aquí había más; y cuando entramos a comer, en un amplio jardín con mesitas sombreadas entre árboles y flores, muchos ojos estaban puestos en nosotros. Y en todas partes, campo abierto, pueblo o ciudad: solo mujeres. Mujeres mayores y jóvenes y una gran mayoría que no parecían ni jóvenes ni viejas, simplemente mujeres; chicas jóvenes también, aunque estas, y los niños —que parecían estar en grupos por sí mismos generalmente— se veían menos. Atisbamos a chicas y niños en lo que parecían escuelas o campos de juego, y hasta donde pudimos juzgar no había ningún niño varón. Todos miramos con atención. Todo el mundo nos miraba cortésmente, amablemente y con vivo interés. Nadie era impertinente. Ya podíamos entender bastante de la conversación, y todo lo que se decía parecía bastante agradable.

Pues bien: antes del anochecer estábamos todos de vuelta en nuestra gran habitación. Los desperfectos que habíamos causado fueron completamente ignorados; las camas tan lisas y cómodas como antes, ropa y toallas nuevas suministradas. Lo único que hicieron aquellas mujeres fue iluminar los jardines por la noche y poner una guardia adicional. Pero al día siguiente nos pidieron cuentas. Nuestras tres tutoras, que no habían tomado parte en la expedición de recaptura, habían estado muy ocupadas preparándose para nosotros, y ahora nos dieron explicaciones.

Sabían perfectamente que iríamos hacia nuestra máquina, y también que no había otra manera de bajar con vida. Así que nuestra fuga no había alarmado a nadie; lo único que habían hecho era avisar a los habitantes para que vigilaran nuestros movimientos a lo largo de todo el borde del bosque entre los dos puntos. Resultó que durante muchas de aquellas noches nos habían visto, cuidadosas damas sentadas cómodamente en grandes árboles junto al cauce del río, o entre las rocas.

Terry parecía enormemente disgustado, pero a mí me hizo una gracia tremenda. Habíamos estado arriesgando la vida, escondiéndonos y merodéando como forajidos, viviendo de nueces y frutas, mojándonos y enfriándonos por las noches y achicharrándonos y resecándonos de día, mientras todo ese tiempo aquellas estimables mujeres nos estaban esperando a que saliéramos!

Ahora empezaron a explicar, usando cuidadosamente las palabras que podíamos entender. Resultó que se nos consideraba huéspedes del país, una especie de tutelados públicos. Nuestra primera violencia había hecho necesario mantenernos vigilados durante un tiempo, pero en cuanto aprendiéramos el idioma —y acordáramos no causar daño alguno—, nos mostrarían el país entero.

Jeff estaba ansioso por tranquilizarlas. Claro que no delató a Terry, pero dejó claro que se avergonzaba y que en lo sucesivo se comportaría. En cuanto al idioma: todos nos pusimos a él con renovado brío. Nos trajeron libros en mayor número, y yo empecé a estudiarlos en serio.

—Literatura bastante pobre —estalló Terry un día cuando estábamos solos en nuestra habitación—. Claro que uno espera empezar con libros infantiles, pero ahora me gustaría algo más interesante.

—¿Qué esperabas, romances emocionantes y aventuras salvajes sin hombres? —le pregunté. Nada irritaba más a Terry que nos pusiéramos a dar por supuesto que no había hombres; pero

tampoco en los libros que nos daban había señal de ellos, ni en las ilustraciones.

—¡Cállate! —gruñó—. ¡Qué insensateces dices! Voy a preguntárselo directamente: ya sabemos bastante.

En verdad habíamos dedicado nuestros mejores esfuerzos a dominar el idioma, y ya éramos capaces de leer con fluidez y de comentar lo que leíamos con bastante soltura.

Aquella tarde estábamos todos juntos en el tejado, los tres y las tutoras reunidas alrededor de una mesa, sin guardianas cerca. Nos habían dado a entender algún tiempo antes que si acordábamos no ejercer violencia alguna, retirarían su asistencia constante, y lo prometimos de buenísima gana.

Así pues, estábamos allí sentados, a gusto; todos con vestimenta similar; nuestro cabello, ya tan largo como el de ellas, solo nuestras barbas para distinguirnos. No queríamos esas barbas, pero hasta entonces no habíamos podido inducirlas a darnos ningún instrumento cortante.

—Señoras —empezó Terry, como surgido de la nada—, ¿no hay hombres en este país?

—¿Hombres? —respondió Somel—. ¿Como vosotros?

—Sí, hombres —Terry señaló su barba y echó hacia atrás sus anchos hombros—. Hombres, hombres de verdad.

—No —respondió ella tranquilamente—. No hay hombres en este país. No ha habido un hombre entre nosotras en dos mil años.

Su mirada era clara y veraz, y no presentó esta asombrosa afirmación como si fuera asombrosa, sino con toda naturalidad.

—Pero... la gente... los niños —protestó él, sin creerla en absoluto pero sin querer decirlo.

—Oh, sí —sonrió ella—. No me extraña que os desconcertéis. Somos madres, todas nosotras; pero no hay padres. Creíamos que ibais a preguntar sobre eso hace mucho tiempo: ¿por qué no lo

habéis hecho? —Su mirada era tan francamente amable como siempre, su tono completamente sencillo.

Terry explicó que no nos habíamos sentido suficientemente familiarizados con el idioma, armando bastante lío, me pareció; pero Jeff fue más directo.

—¿Nos disculparéis todos —dijo— si admitimos que nos resulta difícil creerlo? No existe tal... posibilidad... en el resto del mundo.

—¿No tenéis ningún tipo de vida donde sea posible? —preguntó Zava.

—Bueno, sí..., en algunas formas inferiores, por supuesto.

—¿Cuánto de inferiores, o más bien cuánto de superiores?

—Pues..., hay algunas formas de vida insectoide bastante elevadas en las que ocurre. Partenogénesis, lo llamamos, que significa nacimiento virginal.

Ella no pudo seguirle.

—Nacimiento, lo conocemos, por supuesto; pero ¿qué es «virginal»?

Terry pareció incómodo, pero Jeff respondió a la pregunta con total calma. —Entre los animales que se aparean, el término «virgen» se aplica a la hembra que no se ha apareado —respondió.

—Oh, ya veo. ¿Y se aplica también al macho? ¿O hay un término diferente para él?

Jeff pasó por encima de esto bastante deprisa, diciendo que el mismo término sería aplicable, pero que raramente se usaba.

—¿No? —dijo ella—. Pero uno no puede aparearse sin el otro, seguramente. ¿No es entonces cada uno... virgen... antes del apareamiento? Y decidme, ¿tenéis alguna forma de vida en la que haya nacimiento solo de padre?

—No conozco ninguna —respondió él, y yo pregunté con seriedad:

—Nos pedís que creamos que durante dos mil años solo ha habido mujeres aquí, y que solo han nacido niñas.

—Exactamente —respondió Somel, asintiendo gravemente—. Claro que sabemos que entre otros animales no es así, que hay padres además de madres; y vemos que vosotros sois padres, que venís de un pueblo que es de ambas clases. Os hemos estado esperando, ya veis, para poder hablar con libertad y que nos enseñéis sobre vuestro país y el resto del mundo. Sabéis tanto, y nosotras conocemos solo nuestra tierra.

En el curso de nuestros estudios anteriores nos habíamos tomado algún trabajo en contarles cosas del gran mundo exterior, en trazar bocetos, mapas, en construir incluso un globo con una fruta esférica, y mostrar el tamaño y la relación entre los países, y hablarles del número de sus habitantes. Todo aquello había sido breve y en líneas generales, pero lo entendieron perfectamente.

Veo que tengo muy poco éxito en transmitir la impresión que quisiera dar de estas mujeres. Lejos de ser ignorantes, eran profundamente sabias, cosa que íbamos percibiendo cada vez más; y para el razonamiento claro, para el auténtico alcance y poder mental, eran de primera; pero había muchas cosas que no sabían.

Tenían los temperamentos más ecuanímenes, la más perfecta paciencia y buen humor: una de las cosas más impresionantes de todas ellas era la ausencia de irritabilidad. Hasta entonces solo habíamos estudiado a este grupo, pero más adelante comprobé que era un rasgo común.

Habíamos llegado gradualmente a sentir que estábamos en manos de amigas, y muy capaces además; pero aún no podíamos formarnos ninguna opinión sobre el nivel general de estas mujeres.

—Queremos que nos enseñéis todo lo que podáis —continuó Somel, con sus manos firmes y bien formadas entrelazadas sobre la mesa, sus ojos tranquilos y claros mirando los nuestros con franqueza—. Y queremos enseñaros lo que tenemos de nuevo y útil. Podéis imaginar perfectamente el hecho extraordinario que supone

para nosotras tener hombres entre nosotras después de dos mil años. Y queremos saber sobre vuestras mujeres.

Lo que dijo sobre nuestra importancia agradó de inmediato a Terry. Podía verlo en cómo alzó la cabeza. Pero cuando habló de nuestras mujeres..., de algún modo tuve una extraña sensación pequeña e indescriptible, distinta a cualquier cosa que hubiera sentido antes cuando se mencionaban «las mujeres».

—¿Nos contaréis cómo ocurrió? —siguió Jeff—. Dijisteis «durante dos mil años»; ¿había hombres aquí antes?

—Sí —respondió Zava.

Guardaron silencio un momento.

—Deberíais leer nuestra historia completa. No os asustéis: la hemos hecho clara y breve. Nos llevó mucho tiempo aprender a escribir historia. ¡Oh, cómo me gustaría leer la vuestra! —Se volvió con ojos brillantes y ansiosos, mirándonos uno a uno—. ¡Sería tan maravilloso, verdad? Comparar la historia de dos mil años, ver cuáles son las diferencias entre nosotras, que somos solo madres, y vosotros, que sois madres y padres también. Claro que vemos, con nuestros pájaros, que el padre es casi tan útil como la madre. Pero entre los insectos lo encontramos de menos importancia, a veces muy poca. ¿No es así entre vosotros?

—Oh, sí, pájaros e insectos —dijo Terry—, pero no entre los animales. ¿No tenéis animales?

—Tenemos gatos —dijo ella—. El padre no es muy útil.

—¿No tenéis ganado, ovejas, caballos? —Tracé algunos burdos esbozos de estas bestias y se los mostré.

—Teníamos, en tiempos muy antiguos, estos —dijo Somel, y esbozó con trazos rápidos y seguros una especie de oveja o llama—, y estos —perros, de dos o tres clases—, y aquello —señalando a mi absurdo pero reconocible caballo.

—¿Qué fue de ellos? —preguntó Jeff.

—Ya no los necesitamos. Ocupaban demasiado espacio: necesitamos toda nuestra tierra para alimentar a nuestra gente. Es un país tan pequeño, ya sabéis.

—¿Y cómo os arregláis sin leche? —preguntó Terry con incredulidad.

—¿Leche? Tenemos leche en abundancia: la nuestra propia.

—Pero..., para cocinar..., para los adultos —balbució Terry, mientras ellas le miraban asombradas y algo contrariadas.

Jeff acudió al rescate. —Criamos ganado por su leche, además de por su carne —explicó—. La leche de vaca es un alimento básico. Hay toda una industria lechera para recogerla y distribuirla.

Seguían pareciendo desconcertadas. Señalé mi boceto de una vaca. —El granjero ordeña a la vaca —dije, y dibujé un cubo de leche, el taburete, y en pantomima demostré el ordeño—. Luego se lleva a la ciudad y la reparten los lecheros: todo el mundo la tiene en la puerta por la mañana.

—¿No tiene cría la vaca? —preguntó Somel con seriedad.

—Oh, sí, claro, un ternero, claro está.

—¿Hay leche suficiente para el ternero y para vosotros también?

Les costó algún tiempo entender a aquellas tres mujeres de dulce semblante el proceso que priva a la vaca de su cría y a la cría de su verdadero alimento; y la conversación nos llevó a una discusión más amplia sobre la industria cárnica. La escucharon, poniéndose muy pálidas, y enseguida pidieron que se las disculpara.

# CAPÍTULO 5

## UNA HISTORIA SINGULAR

De nada me sirve intentar rellenar este relato con aventuras. Si quienes lo lean no se interesan por estas asombrosas mujeres y su historia, no se interesarán por nada.

En cuanto a nosotros —tres hombres jóvenes para todo un país lleno de mujeres—, ¿qué podíamos hacer? Escapamos, como se ha descrito, y nos devolvieron pacíficamente sin que, como protestó Terry, hubiéramos tenido siquiera la satisfacción de pegar a alguien.

No hubo aventuras porque no había nada con lo que pelear. No había animales salvajes en el país y muy pocos domésticos. De estos últimos, quizá deba detenerme a describir al único animal de compañía común del país. Gatos, naturalmente. Pero ¡qué gatos!

¿Qué creéis que habían hecho estas Lady Burbank con sus gatos? Mediante una selección y eliminación prolongadísima y cuidadosa habían desarrollado una raza de gatos que no cantaba. Eso es un hecho. Lo máximo que podían hacer aquellas pobres bestias mudas era emitir una especie de chillido cuando tenían hambre o querían que les abrieran la puerta, y por supuesto ronronear, y hacer los distintos sonidos maternos a sus crías.

Además habían dejado de matar pájaros. Estaban rigurosamente criados para destruir ratones y topos y todos esos enemigos del suministro de alimentos; pero los pájaros eran numerosos y estaban a salvo.

Mientras hablábamos de pájaros, Terry les preguntó si usaban plumas para los sombreros, y la idea pareció hacerles gracia. Dibujó unos cuantos bocetos de nuestros sombreros femeninos, con plumas y aigrettes y aquellas diversas cosas que se bambolean tan vistosamente; y ellas mostraron vivo interés, como por todo lo relacionado con nuestras mujeres.

En cuanto a ellas, dijeron que solo llevaban sombreros para la sombra cuando trabajaban al sol; y eran grandes y ligeros sombreros de paja, algo parecidos a los que se usan en China y Japón. Con el frío llevaban gorros o capuchones.

—Pero con fines decorativos..., ¿no creéis que quedarían bien? — insistió Terry, haciendo el dibujo más bonito que podía de una dama con sombrero de plumas.

Ellas no estuvieron en absoluto de acuerdo, preguntando con toda sencillez si los hombres llevaban la misma clase. Nos apresuramos a asegurarles que no, y les dibujamos nuestra clase de tocados.

—¿Y no llevan plumas en el sombrero ningún hombre?

—Solo los indios —explicó Jeff—. Salvajes, ya sabéis. —Y les dibujó un gran tocado de guerra para mostrárselo.

—Y los soldados —añadí, dibujando un sombrero militar con plumas.

Nunca expresaban horror ni desaprobación, ni siquiera mucha sorpresa; solo un vivo interés. ¡Y las notas que tomaban! ¡Kilómetros de notas!

Pero volvamos a nuestros mininos. Quedamos bastante impresionados por este logro en la cría, y cuando nos interrogaron —podéis creer que nos exprimieron bien buscando información—, les hablamos de lo que se había hecho con perros, caballos y ganado,

pero que no se hacía ningún esfuerzo con los gatos, salvo con fines de exposición.

Quisiera poder describir la manera amable, tranquila, constante e ingeniosa con que nos interrogaban. No era simple curiosidad: ellas no sentían más curiosidad por nosotros de la que nosotros sentíamos por ellas, si es que la sentían. Pero estaban empeñadas en entender nuestra clase de civilización, y sus líneas de interrogación nos iban rodeando y acorralando gradualmente hasta que nos veíamos contra la pared haciendo admisiones que no queríamos hacer.

—¿Son útiles todas esas razas de perros que habéis creado? — preguntaron.

—Oh..., ¡útiles! Pues los de caza y los guardianes y los pastores son útiles, y los de trineo, claro, y los ratoneros, supongo; pero no criamos perros por su utilidad. El perro es «el amigo del hombre», decimos; los queremos.

Eso lo entendieron. —Queremos así a nuestros gatos. Sin duda son nuestros amigos, y también nos ayudan. Podéis ver lo inteligentes y cariñosos que son.

Era un hecho. Nunca había visto gatos así, salvo en contadísimas ocasiones. Animales grandes, hermosos y sedosos, amistosos con todos y devotamente apegados a sus dueños particulares.

—Debéis de tener un tiempo desolador ahogando crías — sugerimos. Pero dijeron que no, claro que no. —Vereis, las cuidamos como vosotros cuidáis vuestro ganado valioso. Los padres son pocos en comparación con las madres: solo unos cuantos muy buenos en cada pueblo; viven muy contentos en jardines amurallados y en las casas de sus amigos. Pero solo tienen una época de celo al año.

—Bastante duro para el gato, ¿no? —apuntó Terry.

—¡Oh, no, de veras! Vereis, llevamos muchos siglos criando la clase de gatos que queríamos. Son sanos y felices y amistosos,

como veis. ¿Cómo os arregláis con vuestros perros? ¿Los tenéis en parejas, o mantenéis a los padres separados, o qué?

Entonces explicamos que..., bueno, que no era exactamente cuestión de padres; que nadie quería una... una perra; que, en la práctica, casi todos nuestros perros eran machos, y que solo se dejaba vivir a un porcentaje muy pequeño de hembras.

Entonces Zava, observando a Terry con su grave y dulce sonrisa, le citó de vuelta: —Bastante duro para ella, ¿no? ¿Lo disfrutan, vivir sin compañeras? ¿Son vuestros perros tan uniformemente sanos y de buen carácter como nuestros gatos?

Jeff se rió, mirando a Terry con malicia. En realidad empezábamos a ver a Jeff como una especie de traidor: con mucha frecuencia se pasaba al bando de ellas; además, sus conocimientos médicos le daban de algún modo un punto de vista diferente.

—Lamento tener que admitir —les dijo— que el perro, entre nosotros, es el animal más enfermizo de todos, después del hombre. Y en cuanto al carácter..., siempre hay algunos perros que muerden a la gente, especialmente a los niños.

Eso fue pura maldad. Vereis, los niños eran la... la *raison d'être* de este país. Todas nuestras interlocutoras se sentaron bien erguidas al instante. Seguían siendo suaves, seguían siendo contenidas, pero había una nota de profundo asombro en sus voces.

—¿Entendemos que tenéis un animal —un animal macho sin pareja— que muerde a los niños? ¿Cuántos hay aproximadamente, por favor?

—Miles en una ciudad grande —dijo Jeff—, y casi todas las familias tienen uno en el campo.

Terry intervino entonces. —No imaginéis que todos son peligrosos: ni uno de cada cien muerde nunca a nadie. Son los mejores amigos de los niños: ¡un chico no tiene la mitad de oportunidades si no tiene un perro con el que jugar!

—¿Y las chicas? —preguntó Somel.

—Oh..., las chicas..., claro, también les gustan —dijo él, pero su voz sonó algo forzada. Siempre notaban esas pequeñas cosas, comprobamos después.

Poco a poco nos fueron arrancando el hecho de que el amigo del hombre, en la ciudad, era un prisionero; que lo sacaban a su escaso ejercicio con correa; que era propenso no solo a muchas enfermedades sino al único horror destructor de la rabia; y que, en muchos casos, por la seguridad de los ciudadanos, había que llevarlo con bozal. Jeff añadió maliciosamente casos vívidos que había conocido o leído de heridas y muertes por perros rabiosos.

No nos regañaron ni se exaltaron. Serenas como juezas, aquellas mujeres. Pero tomaron notas; Moadine nos las leyó.

—Decidme si los datos son correctos —dijo—. En vuestro país..., ¿y en otros también?

—Sí —admitimos—, en la mayoría de los países civilizados.

—En la mayoría de los países civilizados se tiene una clase de animal que ya no es útil...

—Son una protección —insistió Terry—. Ladran si los ladrones intentan entrar.

Entonces ella apuntó lo de «ladrones» y siguió: —...porque el cariño que la gente siente por este animal.

Zava interrumpió aquí. —¿Son los hombres o las mujeres quienes quieren tanto a este animal?

—¡Ambos! —insistió Terry.

—¿Por igual? —preguntó ella.

Y Jeff dijo: —Tonterías, Terry. Sabes muy bien que los hombres quieren más a los perros que las mujeres, en general.

—...porque lo quieren tanto, especialmente los hombres. Este animal se tiene encerrado o encadenado.

—¿Por qué? —preguntó de repente Somel—. Tenemos a nuestros gatos machos encerrados porque no queremos demasiada paternidad; pero no están encadenados: tienen grandes jardines donde correr.

—Un perro valioso se robaría si se lo dejara suelto —dije—. Les ponemos collares con el nombre del dueño, por si se pierden. Además, se pelean: un perro valioso podría fácilmente ser matado por uno más grande.

—Ya veo —dijo ella—. Se pelean cuando se encuentran. ¿Es eso frecuente? Lo admitimos.

—Se tienen encerrados o encadenados. —Hizo una pausa y preguntó: —¿No le gusta correr al perro? ¿No están hechos para la velocidad? También eso lo admitimos; y Jeff, siempre tan malicioso, les ilustró más.

—Siempre me ha parecido una imagen patética, de cualquier manera: ver a un hombre o a una mujer paseando a un perro al extremo de una cuerda.

—¿Los habéis criado para que tengan hábitos tan limpios como los gatos? —fue la siguiente pregunta. Y cuando Jeff les contó los efectos de los perros sobre las aceras y las calles en general, les costó creerlo.

Vereis, su país era tan aseado como una cocina holandesa, y en cuanto al saneamiento... Pero quizá deba empezar ya con todo lo que recuerdo de la historia de este asombroso país antes de continuar con la descripción.

Y aquí resumiré brevemente nuestras oportunidades para conocerla. No intentaré reproducir el detallado relato que perdí: simplemente diré que estuvimos en aquella fortaleza unos seis meses en total, y después tres meses en una ciudad bastante agradable donde —para infinita irritación de Terry— solo había «coronelas» y niños pequeños, ninguna mujer joven en absoluto. Luego estuvimos tres meses más bajo vigilancia, siempre con tutora o guardiana o ambas. Pero esos meses fueron agradables porque

nos íbamos conociendo de verdad con las chicas. ¡Fue todo un capítulo!, o lo será: intentaré hacerle justicia.

Aprendimos su idioma bastante a fondo —no teníamos más remedio—; y ellas aprendieron el nuestro mucho más rápido y lo usaron para acelerar nuestros propios estudios.

Jeff, que nunca estaba sin algo que leer, llevaba consigo dos librillos: una novela y una pequeña antología de versos; y yo tenía una de esas enciclopedias de bolsillo, una cosa gordita, rebosante de datos. Se usaron en nuestra educación, y en la de ellas. Luego, en cuanto pudimos manejarlo, nos suministraron abundancia de sus propios libros, y yo me adentré en la parte histórica: quería entender la génesis de este milagro suyo.

Y esto es lo que ocurrió, según sus registros.

En cuanto a geografía: alrededor de la era cristiana, esta tierra tenía un paso libre hacia el mar. No digo dónde, por buenas razones. Pero había un paso bastante fácil a través de aquella muralla montañosa que teníamos a la espalda, y no me cabe duda de que estas personas eran de origen ario, y estuvieron en contacto en otro tiempo con la mejor civilización del viejo mundo. Eran «blancas», aunque algo más morenas que nuestras razas nórdicas por la constante exposición al sol y al aire.

El país era mucho más grande entonces, comprendiendo muchas tierras al otro lado del paso y una franja de costa. Tenían barcos, comercio, un ejército, un rey —pues en aquella época eran lo que ellas nos llamaron tan tranquilamente: una raza bisexual.

Lo que les ocurrió primero fue simplemente una sucesión de desgracias históricas como las que han sufrido otras naciones con bastante frecuencia. Fueron diezmadas por la guerra, expulsadas de su línea costera hasta que al fin la población mermada, con muchos hombres muertos en batalla, ocupó este interior y lo defendió durante años en los pasos de montaña. Donde estaba abierta a cualquier posible ataque desde abajo, reforzaron las defensas

naturales hasta que se volvió inexpugnable, como nosotros mismos comprobamos.

Era un pueblo polígamo y esclavista, como todos los de su época; y durante la generación o dos de aquella lucha por defender su hogar montañoso construyeron las fortalezas, como aquella en la que estuvimos retenidos, y otros de sus edificios más antiguos, algunos aún en uso. Solo los terremotos podían destruir semejante arquitectura: enormes bloques sólidos que se sostenían por su propio peso. Debían de tener trabajadores eficaces y en número suficiente en aquella época.

Libraron una valerosa lucha por su supervivencia, pero ninguna nación puede resistir lo que las compañías de vapores llaman «un acto de Dios». Mientras toda la fuerza combatiente daba lo mejor de sí para defender su paso montañoso, se produjo una erupción volcánica con algunos temblores locales, y el resultado fue la obstrucción completa del paso, su única salida. En lugar de un paso, una nueva cresta, vertical y elevada, se alzó entre ellas y el mar; quedaron tapiadas, y bajo aquella pared yacía todo su pequeño ejército. Quedaron muy pocos hombres vivos, salvo los esclavos; y estos ahora aprovecharon su oportunidad, se rebelaron, mataron a sus amos restantes hasta al último muchacho, mataron también a las mujeres mayores y a las madres, con la intención de tomar posesión del país con las mujeres y chicas jóvenes que quedaban.

Pero esta sucesión de desgracias fue demasiado para aquellas vírgenes enardecidas. Eran muchas, y pocos aquellos pretendidos amos, así que las jóvenes, en lugar de someterse, se alzaron en pura desesperación y mataron a sus brutales conquistadores.

Esto suena a Tito Andrónico, lo sé, pero ese es su relato. Supongo que debían de estar enloquecidas. ¿Podéis culparlas?

Literalmente no quedó nadie en aquella hermosa tierra de jardines elevados salvo un grupo de chicas histéricas y algunas esclavas mayores.

Eso fue hace unos dos mil años.

Al principio hubo un período de pura desesperación. Las montañas se alzaban entre ellas y sus antiguos enemigos, pero también entre ellas y la escapatoria. No había modo de subir, bajar o salir: sencillamente tenían que quedarse allí. Algunas eran partidarias del suicidio, pero no la mayoría. Debían de ser un grupo valiente en general, y decidieron vivir mientras vivieran. Por supuesto tenían esperanza, como debe tenerla la juventud, de que algo ocurriera para cambiar su destino.

Así que se pusieron a trabajar: a enterrar a los muertos, a arar y sembrar, a cuidarse las unas a las otras.

Hablando de enterrar a los muertos, anotaré aquí, ya que me viene a la mente, que habían adoptado la incineración hacia el siglo XIII, por la misma razón por la que habían dejado de criar ganado: no podían permitirse el espacio. Se sorprendieron bastante al saber que nosotros seguíamos enterrando; nos preguntaron por qué, y les desagradaron mucho las razones que dimos. Les hablamos de la creencia en la resurrección del cuerpo, y preguntaron si Dios no era igualmente capaz de resucitar desde las cenizas que desde la larga corrupción. Les hablamos de cómo a la gente le repugnaba que sus seres queridos ardieran, y preguntaron si era menos repugnante que se pudrieran. Eran inconvenientemente razonables, esas mujeres.

Pues bien: aquel grupo original de chicas se puso a limpiar el lugar y a ganarse la vida lo mejor que podía. Algunas de las esclavas supervivientes prestaron un servicio inestimable enseñando los oficios que sabían. Tenían los registros que entonces se llevaban, todas las herramientas e instrumentos de la época, y una tierra fertilísima donde trabajar.

Había un puñado de las matronas más jóvenes que habían escapado de la matanza, y algunos bebés nacieron después de la catástrofe, pero solo dos niños varones, y ambos murieron.

Durante cinco o diez años trabajaron juntas, haciéndose más fuertes, más sabias y más mutuamente unidas, y entonces ocurrió el milagro: una de aquellas jóvenes dio a luz un hijo. Claro que todas

pensaron que debía de haber algún hombre en alguna parte, pero no se encontró ninguno. Entonces decidieron que debía de ser un don directo de los dioses, y colocaron a la orgullosa madre en el Templo de Maaia —su diosa de la maternidad— bajo estricta vigilancia. Y allí, con el paso de los años, aquella mujer prodigiosa alumbró hijo tras hijo: cinco, todas niñas.

Puse todo mi empeño, apasionadamente interesado como siempre he estado en sociología y psicología social, en reconstruir mentalmente la situación real de aquellas antiguas mujeres. Eran unas quinientas o seiscientas, y habían sido criadas en harén; y sin embargo, durante las pocas generaciones precedentes habían sido educadas en la atmósfera de una lucha tan heroica que el linaje debía de haberse endurecido en cierta medida. Dejadas solas en aquella terrible orfandad, se habían apoyado mutuamente, sosteniéndose unas a otras y a sus hermanitas, y desarrollando poderes desconocidos ante la presión de nuevas necesidades. A este grupo templado por el dolor y fortalecido por el trabajo, que había perdido no solo el amor y el cuidado de los padres sino la esperanza de tener hijos propios, se le abría ahora una nueva esperanza.

Aquí estaba al fin la Maternidad; y aunque no fuera para todas ellas personalmente, podía —si el poder se heredaba— fundar aquí una nueva raza.

Puede imaginarse cómo serían criadas aquellas cinco Hijas de Maaia, Hijas del Templo, Madres del Futuro —tenían todos los títulos que el amor, la esperanza y la reverencia podían dar—. La pequeña nación entera de mujeres las rodeó de amoroso servicio, y esperó, entre una esperanza sin límites y una desesperación igualmente sin límites, para ver si ellas también serían madres.

¡Y lo fueron! En cuanto cumplían los veinticinco años empezaban a dar a luz. Cada una de ellas, como su madre, dio a luz cinco hijas. Pronto había veinticinco Nuevas Mujeres, Madres por derecho propio, y el espíritu entero del país cambió del luto y la mera resignación valiente al orgullo y la alegría. Las mujeres mayores, las que recordaban a los hombres, fueron muriendo; las más jóvenes

del primer grupo también murieron, claro está, con el tiempo, y para entonces quedaban ciento cincuenta y cinco mujeres por partenogénesis, fundando una nueva raza.

Heredaron todo lo que aquel menguante grupo de mujeres originales pudo dejarles con su devoción. Su pequeño país estaba perfectamente a salvo. Sus granjas y jardines estaban en plena producción. Las industrias que tenían estaban en cuidadoso orden. Los registros de su pasado estaban todos preservados, y durante años las mujeres mayores habían dedicado su tiempo a la mejor enseñanza de que eran capaces, para poder dejar a aquel pequeño grupo de hermanas y madres todo lo que poseían de habilidad y conocimiento.

¡Ahí tenéis el origen de Herland! Una sola familia, todas descendientes de una misma madre. Ella vivió cien años; vivió para ver nacer a sus ciento veinticinco bisnietas; vivió como Reina-Sacerdotisa-Madre de todas ellas; y murió con un orgullo más noble y una alegría más plena que quizás ningún ser humano haya conocido jamás: ¡ella sola había fundado una nueva raza!

Las cinco primeras hijas habían crecido en una atmósfera de santa calma, de reverente espera ansiosa, de plegaria sin aliento. Para ellas la tan anhelada maternidad no era solo una alegría personal, sino la esperanza de una nación. Sus veinticinco hijas a su vez, con una esperanza más firme, una perspectiva más rica y amplia, con el amor y el cuidado devotos de toda la población superviviente, crecieron como una hermandad santa, ardiente en su juventud entera hacia su gran oficio. Y al fin se quedaron solas; la Primera Madre de cabellos blancos se había ido, y esta única familia —cinco hermanas, veinticinco primas hermanas y ciento veinticinco primas segundas— comenzó una nueva raza.

Aquí tenéis seres humanos, indudablemente; pero lo que tardamos en entender fue cómo estas mujeres extremas, heredando solo de mujeres, habían eliminado no solo ciertas características masculinas —que por supuesto no esperábamos encontrar—, sino

tanto de lo que siempre habíamos considerado esencialmente femenino.

La tradición de los hombres como guardianes y protectores había desaparecido del todo. Estas robustas vírgenes no tenían hombres a quienes temer y, por lo tanto, no necesitaban protección. En cuanto a los animales salvajes, no había ninguno en su tierra resguardada.

El poder del amor materno, ese instinto maternal que tanto ensalzamos, era suyo, por supuesto, elevado a su más alto grado; y un amor de hermandad que, aun reconociendo el parentesco real, nos costaba trabajo creer.

Terry, incrédulo e incluso despectivo cuando estábamos solos, se negaba a dar crédito a la historia. —¡Un montón de tradiciones tan viejas como Herodoto, y tan de fiar! —decía—. ¡Como si unas mujeres, un simple hatajo de mujeres, fueran a haberse mantenido unidas así! Todos sabemos que las mujeres no saben organizarse, que se las tiene tiasas por nada, que son terriblemente celosas.

—Pero estas Nuevas Damas no tenían de quién tener celos, recuerda —dijo Jeff con calma.

—Muy bonito el cuento —se burló Terry.

—¿Por qué no inventas uno más verosímil? —le pregunté—. Aquí están las mujeres: nada más que mujeres, y tú mismo admites que no hay rastro de ningún hombre en el país. —Esto fue después de que ya habíamos recorrido bastante.

—Eso lo admito —gruñó—. Y es un gran vacío, también. No hay solo ninguna diversión sin ellos, ningún deporte de verdad, ninguna competencia; sino que estas mujeres no son femeninas. Ya lo sabéis.

Ese tipo de comentario siempre sacaba a Jeff de sus casillas; y yo fui paulatinamente poniéndome de su lado. —¿Entonces no llamas femeninas a una raza de mujeres cuya única preocupación es la maternidad? —preguntó.

—Desde luego que no —replicó Terry bruscamente—. ¿Qué le importa a un hombre la maternidad cuando no tiene ni sombra de oportunidad para la paternidad? Y además, ¿de qué sirve hablar de sentimentalismos cuando solo estamos hombres juntos? ¡Lo que un hombre quiere de las mujeres va mucho más allá de toda esta «maternidad»!

Fuimos tan pacientes como pudimos con Terry. Había vivido unos nueve meses entre las «coronelas» cuando tuvo ese arrebató; y sin ninguna oportunidad de excitación más intensa que la que nos daba el gimnasio, salvo por el fiasco de la fuga. No creo que Terry hubiera vivido nunca tanto tiempo sin Amor, Combate ni Peligro que emplearan sus energías desbordantes, y estaba irritable. Ni Jeff ni yo lo encontrábamos tan agotador. Yo estaba tan interesado intelectualmente que el encierro no me pesaba; y en cuanto a Jeff, ¡bendita su alma!: disfrutaba de la compañía de su tutora casi tanto como si hubiera sido una chica, si no más.

En cuanto a la crítica de Terry, era cierta. Estas mujeres, cuya distinción esencial de la maternidad era la nota dominante de toda su cultura, eran llamativamente deficientes en lo que llamamos «feminidad». Esto me llevó muy pronto a la convicción de que esos «encantos femeninos» que tanto apreciamos no son femeninos en absoluto, sino mera masculinidad reflejada —desarrollada para agradarnos porque tenían que agradarnos, y de ningún modo esencial para el verdadero cumplimiento de su gran función—. Pero Terry no llegó a ninguna conclusión semejante.

—¡Ya veréis cuando salga! —refunfuñó.

Entonces los dos le pusimos en guardia. —Escucha, Terry, muchacho. Ten cuidado. Han sido muy buenas con nosotros, pero ¿recuerdas la anestesia? Si causas algún daño en esta tierra virginal, teme la venganza de las Tías Doncellas. ¡Vamos, sé hombre! No será para siempre.

Volviendo a la historia:

Desde el primer momento se pusieron a planificar y construir para sus hijos, toda la fuerza e inteligencia de todas ellas consagradas a ese único fin. Cada chica, por supuesto, era criada en pleno conocimiento de su Corona de Funciones, y ya entonces tenían ideas muy elevadas del poder moldeador de la madre, así como de la educación.

¡Qué altos ideales tenían! Belleza, Salud, Fuerza, Inteligencia, Bondad: por eso rezaban y por eso trabajaban.

No tenían enemigos; entre ellas mismas eran todas hermanas y amigas. La tierra estaba hermosa ante ellas, y fue tomando forma en sus mentes un gran futuro.

La religión que tenían al principio era muy parecida a la de la antigua Grecia: varios dioses y diosas; pero fueron perdiendo todo interés en las deidades de la guerra y el saqueo, y se fueron centrando gradualmente por entero en su Diosa Madre. Luego, a medida que se fueron volviendo más inteligentes, esto se transformó en una especie de Panteísmo Materno.

Aquí estaba la Madre Tierra, dando fruto. Todo lo que comían era fruto de la maternidad, de semilla, huevo o su producto. Por la maternidad nacían y por la maternidad vivían: la vida era para ellas simplemente el largo ciclo de la maternidad.

Pero muy pronto reconocieron la necesidad del progreso además de la mera repetición, y dedicaron su inteligencia colectiva a ese problema: cómo hacer la mejor clase de personas. Al principio esto era solo la esperanza de dar a luz a seres mejores, y luego reconocieron que por mucho que los niños difirieran al nacer, el crecimiento real llegaba más tarde, a través de la educación.

Entonces las cosas empezaron a moverse.

A medida que fui aprendiendo a apreciar mejor lo que habían logrado estas mujeres, menos orgulloso estaba de lo que nosotros, con toda nuestra virilidad, habíamos hecho.

Vereis, ellas no habían tenido guerras. No habían tenido reyes, ni sacerdotes, ni aristocracias. Eran hermanas, y mientras crecían, crecieron juntas, no por competición sino por acción unida.

Intentamos decir algo en favor de la competencia, y ellas se interesaron vivamente. En efecto, pronto comprobamos por sus preguntas ansiosas que estaban dispuestas a creer que nuestro mundo debía de ser mejor que el suyo. No estaban seguras; querían saberlo; pero no había en ellas la arrogancia que cabría haber esperado.

Nos extendimos bastante al hablar de las ventajas de la competencia: cómo desarrollaba las mejores cualidades; que sin ella no habría «estímulo para el trabajo». Terry era muy contundente en este punto.

—Sin estímulo para el trabajo —repitieron, con esa mirada de perplejidad que habíamos aprendido a conocer tan bien—. ¿Estímulo? ¿Para el trabajo? ¿Pero no os gusta trabajar?

—Ningún hombre trabajaría si no tuviera que hacerlo —declaró Terry.

—Oh..., ¿ningún hombre? ¿Quiere decir que esa es una de vuestras distinciones de sexo?

—¡No, en absoluto! —dijo él apresuradamente—. Nadie, quiero decir, hombre o mujer, trabajaría sin incentivo. La competencia es el... el motor, ¿veis?

—Entre nosotras no lo es —explicaron amablemente—, y por eso nos cuesta entenderlo. ¿Queréis decir, por ejemplo, que entre vosotros ninguna madre trabajaría para sus hijos sin el estímulo de la competencia?

No, admitió él que no quería decir eso. Las madres, supuso, trabajarían por sus hijos en el hogar; pero el trabajo del mundo era otra cosa, que tenían que hacer los hombres, y requería el elemento competitivo.

Todas nuestras maestras estaban vivamente interesadas.

—Queremos saberlo todo de vosotros —decía una—: tenéis el mundo entero para contarnos, ¡y nosotras solo tenemos nuestra pequeña tierra! Y sois dos, los dos sexos, para amarnos y ayudarnos mutuamente. Debe de ser un mundo rico y maravilloso. Decidnos: ¿cuál es el trabajo del mundo, el que hacen los hombres, que nosotras no tenemos aquí?

—Oh, todo —dijo Terry con grandiosidad—. Los hombres lo hacen todo, entre nosotros. —Cuadró sus anchos hombros y alzó el pecho—. No permitimos que nuestras mujeres trabajen. Las mujeres son amadas, idolatradas, honradas, guardadas en el hogar para cuidar a los hijos.

—¿Qué es «el hogar»? —preguntó Somel con una nota de melancolía.

Pero Zava rogó: —Decidme primero: ¿de verdad no trabaja ninguna mujer?

—Bueno, sí —admitió Terry—. Algunas tienen que hacerlo, las de clase más pobre.

—¿Cuántas, más o menos, en vuestro país?

—Unos siete u ocho millones —dijo Jeff, tan malicioso como siempre.

# CAPÍTULO 6

## LAS COMPARACIONES SON ODIOSAS

Siempre había estado orgulloso de mi país, por supuesto. Todo el mundo lo está. Comparados con otros países y otras razas que conocía, los Estados Unidos de América me habían parecido siempre, hablando con modestia, tan buenos como los mejores.

Pero igual que un niño de mirada clara, inteligente, perfectamente honesto y bien intencionado suele afectar la autoestima ajena con preguntas inocentes, estas mujeres, sin la menor apariencia de malicia o ironía, sacaban continuamente a colación puntos de discusión que evadíamos con nuestros mejores esfuerzos.

Ahora que éramos bastante hábiles en su idioma, habíamos leído bastante sobre su historia y les habíamos dado a ellas las líneas generales de la nuestra, eran capaces de apretar más sus preguntas.

Así que cuando Jeff admitió el número de «mujeres asalariadas» que teníamos, preguntaron al instante por la población total, por la proporción de mujeres adultas, y llegaron a la conclusión de que había algo así como veinte millones como máximo.

—Entonces al menos un tercio de vuestras mujeres son..., ¿cómo las llamáis?, ¿asalariadas? Y todas son pobres. ¿Qué es exactamente

ser pobre?

—El nuestro es el mejor país del mundo en cuanto a pobreza —les dijo Terry—. No tenemos los miserables indigentes y mendigos de los países más antiguos, os lo aseguro. Los visitantes europeos nos dicen que nosotros ni siquiera sabemos lo que es la pobreza.

—Nosotras tampoco —respondió Zava—. ¿Queréis contárnoslo?

Terry me lo dejó a mí, diciendo que yo era el sociólogo, y expliqué que las leyes de la naturaleza exigen una lucha por la existencia, y que en esa lucha los más aptos sobreviven y los no aptos perecen. En nuestra lucha económica, continué, siempre había abundantes oportunidades para que los más aptos llegaran a la cima, lo cual hacían en gran número, sobre todo en nuestro país; que cuando la presión económica era severa, las clases más bajas eran las que más la sentían, y que entre los más pobres de todos, las mujeres eran empujadas al mercado laboral por necesidad.

Escucharon atentamente, con el habitual registro de notas.

—Entonces alrededor de un tercio pertenece a la clase más pobre —observó Moadine gravemente—. Y los dos tercios son las que —¿cómo lo habéis dicho tan bellamente?— «son amadas, honradas, guardadas en el hogar para cuidar a los hijos». Este tercio inferior no tiene hijos, supongo.

Jeff —se estaba poniendo tan malo como ellas— respondió solemnemente que, al contrario, cuanto más pobres eran, más hijos tenían. Eso también, explicó, era una ley de la naturaleza: «La reproducción es inversamente proporcional a la individuación».

—Estas «leyes de la naturaleza» —preguntó Zava amablemente—, ¿son todas las leyes que tenéis?

—¡En modo alguno! —protestó Terry—. Tenemos sistemas de leyes que se remontan a miles y miles de años, igual que vosotras, sin duda —terminó cortésmente.

—Oh, no —le dijo Moadine—. No tenemos leyes de más de cien años, y la mayor parte tienen menos de veinte. En unas pocas

semanas más —continuó—, vamos a tener el placer de mostraros nuestro pequeño país y explicaros todo lo que queráis saber. Queremos que conozcáis a nuestra gente.

—Y os aseguro —añadió Somel— que nuestra gente os quiere conocer a vosotros.

Terry se animó enormemente con esta noticia, y se reconcilió con las renovadas exigencias sobre nuestra capacidad como maestros. Fue una suerte que supiéramos tan poco en realidad y no tuviéramos libros que consultar; de lo contrario, me parece que podríamos seguir allí aún, enseñando a aquellas mujeres de mente ávida sobre el resto del mundo.

En cuanto a geografía, tenían la tradición del Gran Mar, más allá de las montañas; y podían ver por sí mismas las interminables llanuras boscosas que se extendían debajo: eso era todo. Pero de los escasos registros de su antigua condición —no «antes del diluvio» en su caso, sino antes del gran terremoto que las había aislado tan completamente—, sabían que existían otros pueblos y otros países.

En geología eran completamente ignorantes.

En cuanto a antropología, conservaban esos mismos restos de información sobre otros pueblos, y el conocimiento de la barbarie de los habitantes de aquellos oscuros bosques de abajo. Sin embargo, habían deducido —ide una agudeza asombrosa para la inferencia y la deducción eran sus mentes!— la existencia y el desarrollo de la civilización en otros lugares, del mismo modo que nosotros la inferimos en otros planetas.

Cuando nuestro biplano llegó zumbando sobre sus cabezas en aquel primer vuelo de reconocimiento, lo aceptaron al instante como prueba del alto desarrollo de Algún Otro Lugar, y se habían preparado para recibirnos con tanta cautela y ansia como la que nosotros podríamos poner en recibir a visitantes que llegaran «en meteorito» desde Marte.

De historia, fuera de la suya propia, nada sabían, claro está, salvo sus antiguas tradiciones.

De astronomía tenían un conocimiento práctico bastante sólido: es una ciencia muy antigua; y con ella, una sorprendente amplitud y facilidad en matemáticas.

Con la fisiología estaban muy familiarizadas. En efecto, cuando se trataba de las ciencias más sencillas y concretas, donde el objeto de estudio estaba a mano y bastaba con ejercitar la mente sobre él, los resultados eran sorprendentes. Habían desarrollado una química, una botánica, una física, con todas las confluencias donde una ciencia toca un arte o se funde con una industria, con tal plenitud de conocimiento que nos hacían sentir como escolares.

También descubrimos esto: en cuanto fuimos libres de recorrer el país, y tras más estudio y preguntas, que lo que una sabía, todas lo sabían, en una medida muy considerable.

Hablé más tarde con chicas de la montaña de los valles oscuros de abetos en lo más alto, y con mujeres de las llanuras curtidas por el sol y ágiles guardianas de los bosques, por todo el país, así como con las de las ciudades, y en todas partes había el mismo alto nivel de inteligencia. Algunas sabían mucho más que otras sobre una cosa: estaban especializadas, naturalmente; pero todas ellas sabían más sobre todo —es decir, sobre todo lo que el país conocía— de lo que ocurre entre nosotros.

Presumimos bastante de nuestro «alto nivel de inteligencia general» y de nuestra «instrucción pública obligatoria», pero en proporción a sus oportunidades estaban mucho mejor educadas que nuestra gente.

Con lo que les fuimos contando, a partir de los bocetos y maquetas que pudimos preparar, construyeron una especie de esquema funcional para ir rellenando a medida que aprendieran más.

Se hizo un gran globo, y nuestros inciertos mapas, ayudados por los de aquel precioso anuario que yo llevaba, fueron tentativamente señalados en él.

Se sentaban en grupos ansiosos, masas de ellas que acudían con ese propósito, y escuchaban mientras Jeff repasaba groseramente la historia geológica de la tierra y les mostraba su propio territorio en relación con los demás. De aquella misma obra de referencia de bolsillo mía salían datos y cifras que eran captados y puestos en su justa relación con certeza infalible.

Incluso Terry se fue interesando en este trabajo. —Si seguimos así, acabarán pidiéndonos que demos conferencias en todos los institutos y universidades femeninos, ¿cómo os parece? —nos sugirió—. No creo que me opusiera a ser una Autoridad ante semejante público.

De hecho, con el tiempo nos pidieron que diéramos conferencias públicas, pero no para el público ni con el propósito que esperábamos.

Lo que hacían con nosotros era algo así como... como... bueno, como Napoleón extrayendo información militar de unos pocos campesinos analfabetos. Sabían exactamente qué preguntar y exactamente qué uso dar a la respuesta; tenían medios mecánicos para difundir la información casi iguales a los nuestros en casa; y cuando al fin nos sacaron a dar conferencias, nuestros auditorios habían dominado a fondo un compendio bien organizado de todo lo que habíamos dado antes a nuestras maestras, y venían preparados con tales notas y preguntas que habrían intimidado a un catedrático universitario.

Tampoco eran públicos de chicas. Pasó algún tiempo antes de que se nos permitiera conocer a las jóvenes.

—¿Os importaría decirnos qué pensáis hacer con nosotros? —estalló Terry un día, encarándose con la serena y amable Moadine con ese aire medio jactancioso suyo tan característico. Al principio solía estallar y despotricar bastante, pero nada parecía divertirles más: se reunían a su alrededor y le observaban como si fuera una exhibición, cortésmente pero con evidente interés. Así que aprendió

a contenerse, y era casi razonable en su actitud, aunque no del todo.

Ella anunció suave y uniformemente: —En absoluto. Creí que era bastante claro. Intentamos aprender de vosotros todo lo que podemos, y enseñaros lo que estéis dispuestos a aprender de nuestro país.

—¿Es eso todo? —insistió.

Ella sonrió una sonrisa tranquila y enigmática. —Depende.

—¿De qué depende?

—Principalmente de vosotros mismos —respondió.

—¿Por qué nos tenéis tan estrechamente encerrados?

—Porque no nos sentimos del todo seguras si os dejamos circular libremente donde hay tantas mujeres jóvenes.

Terry se complació realmente con eso. Lo había pensado interiormente; pero siguió presionando la pregunta. —¿Por qué habría que temer? Somos caballeros.

Ella volvió a sonreír aquella sonrisita, y preguntó: —¿Son siempre seguros los «caballeros»?

—Seguramente no pensáis que ninguno de nosotros —lo dijo poniendo mucho énfasis en el «nosotros»— vaya a hacerle daño a vuestras chicas jóvenes.

—Oh, no —dijo ella con rapidez, en genuino asombro—. El peligro es exactamente el contrario. Ellas podrían haceros daño a vosotros. Si por cualquier accidente causarais daño a alguna de nosotras, tendríais que enfrentaros a un millón de madres.

Terry pareció tan asombrado e indignado que Jeff y yo nos reímos abiertamente, pero ella continuó con suavidad.

—Creo que aún no lo entendéis del todo. Sois solo hombres, tres hombres, en un país donde toda la población son madres, o lo serán. La maternidad significa para nosotras algo que aún no he

podido descubrir en ninguno de los países de los que nos habláis. Habéis hablado —se volvió hacia Jeff— de la Fraternidad Humana como de un gran ideal entre vosotros; pero incluso eso, a mi juicio, está muy lejos de ser una expresión práctica.

Jeff asintió con cierta tristeza. —Muy lejos —dijo.

—Aquí tenemos la Maternidad Humana en pleno funcionamiento —siguió ella—. Nada más salvo la hermandad literal de nuestro origen, y la unión mucho más elevada y profunda de nuestro crecimiento social.

—Los niños en este país son el centro y el foco de todos nuestros pensamientos. Cada paso de nuestro progreso se considera siempre en sus efectos sobre ellos, sobre la raza. Vereis, somos Madres —repitió, como si con eso lo dijera todo.

—No veo cómo ese hecho —que comparten todas las mujeres— constituye ningún riesgo para nosotros —insistió Terry—. Queréis decir que defenderían a sus hijos de un ataque. Claro. Cualquier madre lo haría. Pero nosotros no somos salvajes, estimada señora; no vamos a hacerle daño al hijo de ninguna madre.

Se miraron entre sí y menearon ligeramente la cabeza, pero Zava se dirigió a Jeff e insistió en que nos lo hiciera entender: dijo que él parecía comprenderlo más completamente que nosotros. Y lo intentó.

Ahora lo veo, o al menos buena parte de ello; pero me ha costado mucho tiempo y bastante esfuerzo intelectual honesto.

Lo que ellas llamaban Maternidad era así:

Empezaron con un grado realmente alto de desarrollo social, algo parecido al del Antiguo Egipto o Grecia. Luego sufrieron la pérdida de todo lo masculino, y al principio pensaron que todo el poder y la seguridad humanos habían desaparecido también. Luego desarrollaron esta capacidad de nacimiento virginal. Luego, puesto que la prosperidad de sus hijos dependía de ello, empezó a practicarse la más plena y sutil coordinación.

Recuerdo cuánto tiempo se resistió Terry a la evidente unanimidad de estas mujeres, el rasgo más destacado de toda su cultura. —¡Es imposible! —insistía—. Las mujeres no pueden cooperar: va contra la naturaleza.

Cuando señalábamos los hechos evidentes, decía: —¡Pamplinas! —o —¡Al cuerno con vuestros hechos, os digo que es imposible! —Y no logramos cerrarle la boca hasta que Jeff sacó a colación los himenópteros.

—«Ve a la hormiga, perezoso», y aprende algo —dijo triunfante—. ¿No cooperan ellas bastante bien? No se les puede ganar. Este lugar es como un hormiguero enorme: ya sabéis que un hormiguero no es más que un cuarto de niños. ¿Y las abejas? ¿No se las arreglan para cooperar y quererse? Como el pájaro ama la primavera, o la abeja a su diligente reina, como decía ese buen Constable. ¡A ver si me mostrais una combinación de criaturas macho, pájaro, insecto o bestia, que funcione tan bien! ¿O uno de nuestros países masculinos donde la gente trabaje conjuntamente tan bien como lo hacen aquí? Os digo que las mujeres son las cooperadoras naturales, ino los hombres!

Terry tuvo que aprender muchas cosas que no quería aprender. Volviendo a mi pequeño análisis de lo que ocurrió:

Desarrollaron toda esta estrecha interdependencia en interés de sus hijos. Para hacer el mejor trabajo tenían que especializarse, por supuesto; los niños necesitaban hilanderas y tejedoras, labradoras y jardineras, carpinteras y albañiles, además de madres.

Luego llegó el llenado del lugar. Cuando una población se multiplica por cinco cada treinta años, pronto llega a los límites de un país, sobre todo uno pequeño como este. Muy pronto eliminaron todo el ganado: las ovejas fueron las últimas en desaparecer, creo. Además elaboraron un sistema de agricultura intensiva que superaba todo lo que yo hubiera oído, con los propios bosques replantados de árboles frutales o de nueces.

Por mucho que lo intentaran, llegó pronto un momento en que se enfrentaron al problema de «la presión de la población» de forma aguda. Había verdadero hacinamiento, y con él, inevitablemente, un descenso en los estándares.

¿Y cómo afrontaron esas mujeres la situación?

No mediante una «lucha por la existencia» que resultaría en una masa eternamente retorcida de gente mal criada intentando adelantarse la una a la otra —unos pocos arriba temporalmente, muchos constantemente aplastados debajo, un desesperado sustrato de indigentes y degenerados, y ninguna serenidad ni paz para nadie, ninguna posibilidad de cualidades verdaderamente nobles para el conjunto del pueblo.

Ni tampoco emprenderían expediciones de rapiña para obtener más tierra a costa de otros, o más alimento a costa de otros, para sostener a su masa en lucha.

En absoluto. Se sentaron juntas en consejo y lo meditaron. Eran pensadoras muy claras y fuertes. Dijeron: «Con nuestros mejores esfuerzos, este país puede sostener aproximadamente tantas personas, con el nivel de paz, comodidad, salud, belleza y progreso que exigimos. Bien. Esas son todas las personas que crearemos.»

Ahí lo tenéis. Vereis, eran Madres, no en nuestro sentido de fecundidad impotente e involuntaria, forzadas a llenar y desbordar la tierra, toda tierra, y luego ver sufrir, pecar y morir a sus hijos, peleando horriblemente entre sí; sino en el sentido de Creadoras Conscientes de Personas. El amor materno para ellas no era una pasión bruta, un mero «instinto», un sentimiento enteramente personal; era una religión.

Incluía ese ilimitado sentimiento de hermandad, esa amplia unidad en el servicio, que nos resultaba tan difícil de captar. Y era Nacional, Racial, Humano: no sé cómo expresarlo.

Estamos acostumbrados a ver a lo que llamamos «una madre» completamente absorta en su propio adorable fardito de bebé, con el más leve interés teórico por el fardito de cualquier otra, por no

hablar de las necesidades comunes de todos los farditos. Pero estas mujeres trabajaban juntas en la más grande de las tareas: estaban Creando Personas, y las hacían bien.

Siguió un período de «eugenesia negativa» que debió de ser un sacrificio pavoroso. Estamos dispuestos habitualmente a «dar la vida» por nuestro país, pero ellas tuvieron que renunciar a la maternidad por el suyo, y era precisamente lo más difícil para ellas.

Cuando llegué a este punto en mis lecturas, fui a ver a Somel para que me diera más luz. Éramos ya tan amigos como yo lo había sido en mi vida con ninguna mujer. Un alma de lo más reconfortante era ella, que le daba a uno esa agradable sensación suave de madre que un hombre aprecia en una mujer, y al mismo tiempo la clara inteligencia y la fiabilidad que yo solía considerar cualidades masculinas. Ya habíamos hablado volúmenes.

—Mira —le dije—. Aquí estaba este terrible período en que se llenaron demasiado y decidieron limitar la población. Nosotros tenemos mucho debate sobre eso; pero vuestra posición es tan diferente que me gustaría saber algo más al respecto.

—Entiendo que consideras la Maternidad el servicio social más alto, un sacramento, en realidad; que la mayoría de la población solo la emprende una vez; que a quienes se considera no aptas no se les permite ni eso; y que ser animada a tener más de un hijo es la más alta recompensa y honor que el Estado puede otorgar.

(Ella intercaló aquí que lo más próximo a una aristocracia que tenían era descender de una línea de «Supramadres», las que habían recibido ese honor.)

—Pero lo que no entiendo, naturalmente, es cómo lo impedís. Deduzco que cada mujer tenía cinco. No tenéis maridos tiránicos que controlar, y sin duda no destruíis al no nacido...

La mirada de horror espantoso que me lanzó no la olvidaré jamás. Se levantó de un salto de su silla, pálida, con los ojos encendidos.

—¿Destruir al no nacido? —dijo en un susurro tenso—. ¿Hacen eso los hombres en vuestro país?

—¡Los hombres! —empecé a responder bastante acaloradamente, y de repente vi el abismo que se abría ante mí. Ninguno de nosotros quería que estas mujeres pensaran que las nuestras, de las que tan orgullosamente presumíamos, eran en modo alguno inferiores a ellas. Me avergüenza decir que di un rodeo. Les hablé de ciertos tipos criminales de mujeres —pervertidas o locas— que se sabía que habían cometido infanticidio. Les dije, con bastante verdad, que había mucho en nuestra tierra digno de crítica, pero que no quería insistir en nuestros defectos hasta que nos conocieran a nosotros y nuestras condiciones mejor.

Y, dando un gran rodeo, volví a mi pregunta de cómo limitaban la población.

En cuanto a Somel, parecía lamentarlo, incluso avergonzarse un poco de su asombro expresado con demasiada claridad. Al mirar atrás ahora, conociéndolas mejor, me asombro cada vez más de la exquisita cortesía con que habían recibido una y otra vez afirmaciones y admisiones de nuestra parte que debían de haberlas repugnado hasta el alma.

Me explicó, con dulce seriedad, que, como yo había supuesto, al principio cada mujer daba a luz cinco hijos; y que, en su ansiosa voluntad de construir una nación, habían continuado así durante unos cuantos siglos, hasta que se enfrentaron a la necesidad absoluta de un límite. Este hecho era igualmente claro para todas: todas estaban igualmente interesadas.

Estaban ahora tan ansiosas por frenar su admirable poder como lo habían estado por desarrollarlo; y durante algunas generaciones dedicaron a la cuestión su más seria reflexión y estudio.

—Vivíamos a ración antes de resolverlo —dijo—. Pero lo resolvimos. Vereis, antes de que un hijo llegue a una de nosotras hay un período de pura exaltación: todo el ser se eleva y se llena de un deseo concentrado por ese hijo. Aprendimos a afrontar ese

período con la mayor cautela. A menudo nuestras jóvenes, aquellas a las que aún no había llegado la maternidad, la diferían voluntariamente. Cuando ese profundo anhelo interior de un hijo empezaba a sentirse, se dedicaba deliberadamente al trabajo más activo, físico y mental; y aun más importante, calmaba su añoranza con el cuidado y el servicio directos a los bebés que ya teníamos.

Guardó silencio. Su rostro sabio y dulce se volvió profunda y reverentemente tierno.

—Pronto llegamos a ver que el amor materno tiene más de un cauce de expresión. Creo que la razón de que nuestros hijos estén tan..., tan plenamente amados por todas nosotras, es que ninguna de nosotras tiene nunca suficientes hijos propios.

Esto me pareció infinitamente patético, y así lo dije. —Nosotros tenemos mucho de amargo y duro en nuestra vida en casa —le dije —, pero esto me parece doloroso más allá de las palabras: itoda una nación de madres hambrientas!

Pero ella sonrió su sonrisa profunda y satisfecha, y dijo que yo lo entendía completamente al revés.

—Cada una de nosotras renuncia a cierto ámbito de alegría personal —dijo—, pero recordad: cada una tiene un millón de hijos a los que amar y servir: los nuestros.

Eso me superaba. ¡Oír a un montón de mujeres hablar de «nuestros hijos»! Pero supongo que así hablarían las hormigas y las abejas; así hablarán, quizás.

Eso fue lo que hicieron, de todos modos.

Cuando una mujer decidía ser madre, dejaba que el anhelo de maternidad creciera en ella hasta que obraba su milagro natural. Cuando no lo elegía, apartaba todo aquello de su mente y alimentaba su corazón con los bebés de otras.

Veamos: entre nosotros, los niños —los menores, quiero decir— constituyen alrededor de tres quintos de la población; entre ellas solo alrededor de un tercio, o menos. ¡Y qué preciados! Ningún

único heredero al trono de un imperio, ningún solitario bebé millonario, ningún hijo único de padres de mediana edad, podría compararse como ídolo con los niños de Herland.

Pero antes de abordar ese tema debo terminar el pequeño análisis que intentaba hacer.

Limitaron efectiva y permanentemente la población en cifras, de modo que el país proporcionaba abundancia para la vida más plena y rica de todas: abundancia de todo, incluido espacio, aire, e incluso soledad.

Y luego se pusieron a mejorar esa población en calidad, ya que estaban restringidas en cantidad. En eso llevaban trabajando sin interrupción unos mil quinientos años. ¿Os extraña que fueran personas tan agradables?

Fisiología, higiene, saneamiento, cultura física: todo ese campo de trabajo estaba perfeccionado desde hacía mucho. La enfermedad era prácticamente desconocida entre ellas, hasta tal punto que un anteriormente alto desarrollo de lo que llamamos «ciencia médica» se había convertido en un arte prácticamente perdido. Eran una raza de sangre limpia y vigor, con los mejores cuidados y las más perfectas condiciones de vida en todo momento.

Cuando se llegaba a la psicología, no había nada que nos dejara tan estupefactos, tan realmente asombrados, como el conocimiento cotidiano —y la práctica— que tenían en esta disciplina. A medida que fuimos aprendiendo más y más, fuimos aprendiendo a apreciar el exquisito dominio con el que nosotros mismos, forasteros de raza ajena, de un sexo contrario y desconocido, habíamos sido comprendidos y atendidos desde el primer momento.

Con ese amplio, profundo y cabal conocimiento, habían abordado y resuelto los problemas de la educación de maneras de las que espero dar cuenta más adelante. Aquellos niños amados por la nación, comparados con el promedio en nuestro país, eran como las rosas más perfectamente cultivadas y ricamente desarrolladas comparadas con... malas hierbas. Y sin embargo no parecían

«cultivados» en absoluto: todo se había convertido en condición natural.

Y este pueblo, desarrollándose firmemente en capacidad mental, en fuerza de voluntad, en dedicación social, había venido jugando con las artes y las ciencias —en la medida en que las conocía— durante ya bastantes siglos, con inevitable éxito.

En esta tierra tranquila y hermosa, entre estas mujeres sabias, dulces y fuertes, habíamos llegado nosotros de repente, con nuestra fácil presunción de superioridad; y ahora, domados y amaestrados hasta un grado que ellas consideraban seguro, éramos por fin sacados a ver el país y conocer a su gente.

# CAPÍTULO 7

## NUESTRA CRECIENTE MODESTIA

Considerados al fin suficientemente domados y amaestrados como para que se nos confiaran unas tijeras, nos arreglamos la barba lo mejor que pudimos. Una barba bien recortada es sin duda más cómoda que una espesa. Navajas de afeitar, naturalmente, no podían suministrárnoslas.

—Con tantas mujeres mayores, se esperaba que hubiera alguna navaja por ahí —refunfuñó Terry. Ante lo cual Jeff señaló que nunca antes había visto una ausencia tan completa de vello facial en mujeres.

—A mí me parece que la ausencia de hombres las hace más femeninas en ese aspecto, de todos modos —sugirió.

—Bien, si es que hay algo así —concedió Terry a regañadientes—. Un grupo menos femenino no lo he visto en mi vida. Un hijo cada una no parece suficiente para desarrollar lo que yo llamo maternidad.

La idea de maternidad de Terry era la habitual: un bebé en brazos, o «un pequeño rebaño alrededor de las rodillas», y la completa absorción de la madre en ese bebé o ese rebaño. Una maternidad

que dominara la sociedad, que influyera en todo arte e industria, que protegiera absolutamente toda la infancia y le diera el cuidado y la formación más perfectos, no le parecía maternidad a Terry.

Nos habíamos acostumbrado bien a la ropa. Era tan cómoda como la nuestra, en ciertos aspectos más, e innegablemente mejor. En cuanto a los bolsillos, no dejaban nada que desear. La segunda prenda estaba prácticamente acolchada de bolsillos. Estaban dispuestos con el mayor ingenio, de modo que resultaran cómodos para la mano y no resultaran incómodos para el cuerpo, y colocados de manera que a un tiempo reforzaban la prenda y añadían líneas decorativas de respunte.

En esto, como en tantos otros aspectos que debíamos ir observando, se manifestaba la acción de una inteligencia práctica unida a una fina sensibilidad artística, y aparentemente no trabada por ninguna influencia dañina.

Nuestro primer paso hacia una libertad relativa fue una gira por el país, bajo tutela personal. ¡Se acabó el guardaespaldas pentagonal! Solo nuestras tutoras especiales, y nos entendimos famosamente con ellas. Jeff decía que quería a Zava como a una tía, «solo que más alegre que cualquier tía que haya conocido»; Somel y yo éramos tan amigos como se puede ser, los mejores camaradas; pero era gracioso observar a Terry y Moadine. Ella era paciente con él y cortés, pero con la paciencia y la cortesía de algún gran hombre — digamos un diplomático experto y curtido— con una colegiala. Su tranquila aquiescencia ante las expresiones de sentimiento más descabelladas de él; su risa cordial, no solo con él sino, a menudo creía yo, de él, aunque de manera impecablemente correcta; sus preguntas inocentes, que casi invariablemente le llevaban a decir más de lo que pretendía: Jeff y yo encontrábamos todo ello muy divertido de presenciar.

Él nunca parecía percibir ese tranquilo trasfondo de superioridad. Cuando ella abandonaba un argumento, él creía siempre haberla silenciado; cuando reía, creía que era un tributo a su ingenio.

Me costaba admitir para mí mismo cuánto había bajado Terry en mi estima. Jeff también lo sentía, estoy seguro; pero ninguno de los dos se lo decía al otro. En casa le habíamos comparado con otros hombres, y aunque conocíamos sus defectos, no era en modo alguno un tipo infrecuente. También conocíamos sus virtudes, y siempre habían parecido más prominentes que los defectos. Medido entre mujeres —nuestras mujeres en casa, quiero decir— siempre había destacado. Era visiblemente popular. Incluso donde sus hábitos eran conocidos, no había discriminación contra él; en algunos casos su reputación en lo que se denominaba felizmente «alegría» parecía ser un atractivo especial.

Pero aquí, frente a la serena sabiduría y el humor contenido y discreto de estas mujeres, con solo el bendito Jeff y mi insignificante persona para compararle, Terry sí destacaba bastante.

Como «hombre entre hombres», no destacaba; como hombre entre... tendré que decir «hembras», tampoco; su intensa masculinidad parecía solo complemento adecuado de su intensa feminidad. Pero aquí estaba completamente fuera de lugar.

Moadine era una mujer grande, de una fuerza equilibrada que raramente se mostraba. Su mirada era tan atenta y discreta como la de un esgrimista. Mantenía una relación agradable con su pupilo, pero dudo que muchas, incluso en aquel país, lo hubieran hecho tan bien.

Entre nosotros la llamaba «Maud», y decía que era «una buena alma, pero un poco lenta»: cosa en la que se equivocaba de pleno. Huelga decir que a la maestra de Jeff la llamaba «Java», y a veces «Moca», o simplemente «Café»; cuando estaba especialmente travieso, «Achicoria», e incluso «Malta». Pero Somel escapó bastante de esta clase de humor, salvo por un forzado «Sotomell» que sacó en alguna ocasión.

—¿No tenéis más que un nombre? —preguntó un día, después de que nos hubieran presentado a todo un grupo de ellas, todas con

nombres agradables de pocas sílabas y extraños, como los que ya conocíamos.

—Oh, sí —le dijo Moadine—. Muchas de nosotras tenemos otro, a medida que avanzamos en la vida: un nombre descriptivo. Ese es el nombre que uno se gana. A veces incluso se cambia, o se le añade algo, en una vida inusitadamente rica. Como nuestra actual Madre de la Tierra, lo que vosotros llamaríais presidenta o reina, creo. De niña se llamaba Mera, que significa «pensadora». Más tarde se le añadió Du: Du-Mera, «la pensadora sabia», y ahora todas la conocemos como O-du-mera: «la gran y sabia pensadora». La conoceréis.

—¿Sin apellidos entonces? —siguió Terry, con ese aire algo condescendiente suyo—. ¿Sin nombre de familia?

—Pues no —dijo ella—. ¿Para qué? Todas descendemos de un origen común: somos todas una «familia» en realidad. Ya veis que nuestra historia, comparativamente breve y limitada, nos da al menos esa ventaja.

—Pero ¿no quiere cada madre que su hijo lleve su nombre? —pregunté.

—No. ¿Por qué? El niño tiene el suyo.

—Para... para identificación, para que la gente sepa de quién es el hijo.

—Llevamos registros exhaustivos —dijo Somel—. Cada una de nosotras tiene su línea exacta de descendencia hasta nuestra querida Primera Madre. Hay muchas razones para hacerlo. Pero en cuanto a que todo el mundo sepa qué hijo pertenece a qué madre..., ¿para qué?

Aquí, como en tantos otros casos, se nos llevaba a sentir la diferencia entre la actitud puramente materna y la paterna. El elemento de orgullo personal parecía extrañamente ausente.

—¿Y vuestras demás obras? —preguntó Jeff—. ¿No firmáis con vuestro nombre los libros, las esculturas y demás?

—Sí, por supuesto, todas nos alegramos y enorgullecemos de hacerlo. No solo los libros y las esculturas, sino toda clase de trabajos. Encontraréis nombres pequeños en las casas, en los muebles, a veces en los platos. Porque de lo contrario es fácil olvidarlo, y queremos saber a quién agradecer.

—Habláis como si se hiciera para comodidad del que lo recibe, no por orgullo del que lo hace —observé.

—Es ambas cosas —dijo Somel—. Tenemos orgullo suficiente en nuestro trabajo.

—Entonces, ¿por qué no con vuestros hijos? —insistió Jeff.

—¡Pero si lo tenemos! Estamos magníficamente orgullosas de ellos —aseguró.

—Entonces, ¿por qué no los firmáis? —dijo Terry triunfante.

Moadine se volvió hacia él con su sonrisa levemente irónica. — Porque el producto acabado no es privado. Cuando son bebés, sí hablamos de ellos a veces como «la Lato de Essa» o «la Amel de Novine»; pero eso es solo descriptivo y coloquial. En los registros, claro está, la niña figura en su propia línea de madres; pero al tratar con ella personalmente es Lato, o Amel, sin necesidad de arrastrar a sus antepasadas.

—¿Pero tenéis nombres suficientes para darle uno nuevo a cada niño?

—Desde luego que sí, para cada generación viva.

Luego preguntaron sobre nuestros métodos, y descubrieron primero que «nosotros» hacíamos esto o aquello, y luego que otras naciones lo hacían de manera diferente. Ante lo cual quisieron saber qué método había demostrado ser el mejor, y tuvimos que admitir que, hasta donde sabíamos, no se había intentado ninguna comparación: cada pueblo seguía su propia costumbre en la firme convicción de su superioridad, y o bien despreciaba a los demás o los ignoraba por completo.

En estas mujeres, la cualidad más destacada de todas sus instituciones era la racionalidad. Cuando profundicé en los registros para seguir cualquier línea de desarrollo, eso era lo más asombroso: el esfuerzo consciente por hacerlo mejor.

Habían observado temprano el valor de ciertas mejoras, habían deducido fácilmente que había margen para más, y se habían esforzado enormemente en desarrollar dos tipos de mentes: el crítico y el inventor. A quienes mostraban desde pequeños tendencia a observar, discernir y sugerir, se les daba una formación especial para esa función; y algunos de sus más altos cargos pasaban el tiempo en el estudio más cuidadoso de una u otra rama del trabajo, con vistas a seguir mejorándola.

En cada generación surgía con seguridad alguna nueva mente capaz de detectar fallos y señalar la necesidad de cambios; y el cuerpo entero de inventoras estaba a mano para aplicar su facultad especial en el punto criticado y ofrecer sugerencias.

Para entonces habíamos aprendido a no entrar en discusión sobre ninguna de sus características sin prepararnos antes para responder preguntas sobre nuestros propios métodos; así que guardé bastante silencio sobre este asunto de la mejora consciente. No estábamos en condiciones de demostrar que nuestro sistema era mejor.

En nuestras mentes, al menos en la de Jeff y la mía, iba creciendo una viva apreciación de las ventajas de este extraño país y su gestión. Terry seguía siendo crítico. Lo achacábamos sobre todo a sus nervios. Lo cierto es que estaba irritable.

El rasgo más llamativo de todo el país era la perfección de su abastecimiento de alimentos. Lo habíamos empezado a notar desde aquel primer paseo por el bosque, desde la primera vista parcial desde nuestro biplano. Ahora se nos llevaba a ver ese poderoso jardín y nos mostraban sus métodos de cultivo.

El país tenía aproximadamente el tamaño de Holanda, unos veinticinco o treinta mil kilómetros cuadrados. En los flancos cubiertos de bosque de aquellas poderosas montañas habría cabido

un buen número de Holandas. Tenían una población de unos tres millones, no grande, pero la calidad es algo. Tres millones son suficientes para permitir una variación considerable, y estas personas variaban más ampliamente de lo que en un principio podíamos explicar.

Terry había insistido en que si eran partenogenéticas serían tan parecidas como las hormigas o los pulgones; señalaba sus visibles diferencias como prueba de que en alguna parte debía de haber hombres.

Pero cuando les preguntamos, en nuestras conversaciones posteriores y más íntimas, cómo explicaban tanta divergencia sin fecundación cruzada, lo atribuían en parte a la esmerada educación, que seguía cada leve tendencia a diferir, y en parte a la ley de la mutación. Esto lo habían comprobado en su trabajo con las plantas, y lo habían probado plenamente en su propio caso.

Físicamente se parecían más entre sí que nosotros, al carecer de tipos mórbidos o extremos. Eran altas, fuertes, sanas y hermosas como raza, pero diferían individualmente en una amplia gama de rasgos, colorido y expresión.

—Pero sin duda el crecimiento más importante es el mental, y el de las cosas que creamos —señaló Somel—. ¿Encontráis que vuestra variación física va acompañada de una variación proporcional en ideas, sentimientos y productos? ¿O entre personas que se parecen más físicamente, encontráis su vida interior y su obra igualmente parecidas?

Dudamos bastante sobre este punto, e inclinándonos a sostener que había más posibilidades de progreso con mayor variación física.

—Sin duda debería ser así —admitió Zava—. Siempre hemos considerado una grave desventaja inicial haber perdido la mitad de nuestro pequeño mundo. Quizá sea esa una de las razones por las que tanto nos hemos esforzado en la mejora consciente.

—Pero los caracteres adquiridos no son hereditarios —declaró Terry—. Weismann lo ha demostrado.

Nunca rebatían nuestras afirmaciones tajantes: simplemente las anotaban.

—Si es así, entonces nuestra mejora debe obedecer a la mutación, o únicamente a la educación —siguió ella con gravedad—. Ciertamente hemos mejorado. Puede que todas estas cualidades superiores estuvieran latentes en la madre original, que la educación cuidadosa esté sacándolas a la luz, y que nuestras diferencias personales dependan de ligeras variaciones en la condición prenatal.

—Creo que obedece más a vuestra cultura acumulada —sugirió Jeff—. Y al asombroso crecimiento psíquico que habéis logrado. Nosotros sabemos muy poco sobre los métodos de cultura del alma real, y vosotras parecéis saber muchísimo.

Fuera lo que fuere, presentaban ciertamente un nivel más alto de inteligencia activa y de conducta del que habíamos captado hasta entonces. Habiendo conocido en nuestras vidas a varias personas que mostraban la misma delicada cortesía y eran igualmente agradables para convivir, al menos cuando llevaban sus «modales de visita», habíamos dado por supuesto que nuestras compañeras eran unas pocas elegidas. Con el tiempo nos fue impresionando más la convicción de que toda esa buena crianza era crianza; que habían nacido con ella, que habían sido educadas en ella, que les era tan natural y universal como la dulzura de las palomas o la atribuida sabiduría de las serpientes.

En cuanto a la inteligencia, confieso que era el rasgo más impresionante, y para mí el más mortificante, de toda Herland. Pronto dejamos de comentar esto ni otras cuestiones que para ellas eran obviedades tan comunes que daban lugar a embarazosas preguntas sobre nuestras propias condiciones.

Esto se ponía de manifiesto en ningún lugar mejor que en el asunto del abastecimiento de alimentos, que ahora intentaré describir.

Habiendo perfeccionado su agricultura hasta el más alto grado, y calculado cuidadosamente el número de personas que podían vivir

cómodamente en sus kilómetros cuadrados; habiendo entonces limitado su población a ese número, se podría pensar que con eso estaba todo hecho. Pero ellas no lo pensaron así. Para ellas el país era una unidad, era suyo. Ellas mismas eran una unidad, un grupo consciente; pensaban en términos de comunidad. Como tal, su sentido del tiempo no se limitaba a las esperanzas y ambiciones de una vida individual. Por ello consideraban y llevaban a cabo habitualmente planes de mejora que podían abarcar siglos.

Nunca había visto, apenas imaginado, seres humanos emprendiendo un trabajo como el de la reforestación deliberada de toda una zona forestal con distintos tipos de árboles. Y sin embargo esto les parecía el sentido común más elemental, como cuando un hombre ara un césped inferior y lo vuelve a sembrar. Ahora todo árbol daba fruto: fruto comestible, quiero decir. En el caso de un árbol del que se sentían especialmente orgullosas, originalmente no daba ningún fruto, es decir, ninguno comestible para los humanos, y sin embargo era tan hermoso que deseaban conservarlo. Durante novecientos años habían experimentado, y ahora nos mostraban aquel árbol de especial gracia y belleza, con una abundante cosecha de semillas nutritivas.

Habían decidido temprano que los árboles eran las mejores plantas alimenticias, pues requerían mucho menos trabajo para cultivar el suelo y producían mayor cantidad de alimento por el mismo espacio; además de conservar y enriquecer el suelo.

Se había prestado la debida atención a las cosechas de temporada, y sus frutas y nueces, cereales y bayas se sucedían casi todo el año.

En la parte más elevada del país, cerca de la pared de montañas del fondo, tenían un verdadero invierno con nieve. Hacia el extremo sureste, donde había un amplio valle con un lago cuya salida era subterránea, el clima era como el de California, y los cítricos, los higos y los olivos crecían en abundancia.

Lo que me impresionó especialmente fue su sistema de fertilización. Aquí estaba esta pequeña parcela de tierra encerrada donde se habría pensado que un pueblo cualquiera habría muerto de hambre hace mucho o se habría visto reducido a una lucha anual por la vida. Estos cuidadosos cultivadores habían elaborado un sistema perfecto de restitución al suelo de todo lo que salía de él. Todos los restos y desperdicios de sus alimentos, los residuos vegetales del trabajo maderero o de la industria textil, toda la materia sólida de las aguas residuales debidamente tratada y combinada: todo lo que venía de la tierra volvía a ella.

El resultado práctico era como el de cualquier bosque sano: se iba acumulando un suelo cada vez más valioso, en lugar del empobrecimiento progresivo que tan a menudo se ve en el resto del mundo.

Cuando esto se nos reveló hicimos comentarios tan elogiosos que ellas se sorprendieron de que algo tan obvio mereciera alabanza; nos preguntaron cuáles eran nuestros métodos; y tuvimos cierta dificultad en... bueno, en desviar la conversación, aludiendo a la extensión de nuestras propias tierras y a la —admitida— falta de cuidado con que habíamos ido desnatando lo mejor de ellas.

Al menos creíamos haberlas desviado. Más tarde supe que, además de llevar un registro cuidadoso y preciso de todo lo que les decíamos, tenían una especie de esquema en borrador en el que se anotaban y estudiaban las cosas que decíamos y las que palpablemente nos callábamos. Fue un juego de niños para aquellas profundas educadoras elaborar una estimación dolorosamente exacta de nuestras condiciones en ciertos aspectos. Cuando una línea de observación dada parecía llevar a alguna conclusión muy terrible, nos daban siempre el beneficio de la duda, dejándolo abierto a un conocimiento ulterior. Algunas de las cosas que habíamos llegado a aceptar como perfectamente naturales, o como pertenecientes a nuestras limitaciones humanas, ellas literalmente no habrían podido creerlas; y, como he dicho, todos nos habíamos

unido en un tácito esfuerzo por ocultar gran parte de la situación social en casa.

—¡A paseo sus mentes de abuelitas! —decía Terry—. ¡Claro que no pueden entender un Mundo de Hombres! No son humanas: son solo un hatajo de Hem-Hem-Hembras. —Fue después de tener que admitir su partenogénesis.

—Ojalá nuestras mentes de abuelitos hubieran gestionado igual de bien —dijo Jeff—. ¿De verdad crees que habla bien de nosotros haber ido tirando con toda nuestra pobreza y enfermedades y demás? Ellas tienen paz y abundancia, riqueza y belleza, bondad e inteligencia. ¡Muy buena gente, me parece!

—Ya veréis que tienen sus defectos también —insistió Terry; y en parte por autodefensa, los tres empezamos a buscar esos defectos. Habíamos sido muy tajantes sobre este tema antes de llegar, en aquellas especulaciones infundadas nuestras.

«Supón que hay un país solo de mujeres», había planteado Jeff una y otra vez. «¿Cómo serán?»

Y habíamos estado bien seguros de las inevitables limitaciones, los defectos y los vicios de un montón de mujeres. Habíamos esperado encontrarlas entregadas a lo que llamábamos «vanidad femenina» —lazos y volantes— y encontramos que habían desarrollado una indumentaria más perfecta que el traje chino, ricamente bella cuando se deseaba, siempre útil, de una dignidad y buen gusto infalibles.

Habíamos esperado una monótona sumisión aburrida y encontramos una audaz inventiva social muy por encima de la nuestra, y un desarrollo mecánico y científico plenamente igual al nuestro.

Habíamos esperado mezquindad y encontramos una conciencia social ante la cual nuestras naciones parecían niños peleones, y además con escaso entendimiento.

Habíamos esperado envidia y encontramos una amplia afección de hermandad, una inteligencia ecuaníme para la que no teníamos paralelo.

Habíamos esperado histeria y encontramos un estándar de salud y vigor, una ecuanimidad de temperamento para la que el hábito de la blasfemia, por ejemplo, era imposible de explicar: lo intentamos.

Todo esto, incluso Terry tuvo que admitirlo; pero seguía insistiendo en que pronto descubriríamos el otro lado.

—¿No tiene sentido? —argumentaba—. Todo el asunto es maldito antinatural: diría que imposible si no estuviéramos dentro de él. Y una condición antinatural tiene que dar resultados antinaturales. Encontraréis características terribles, ya lo veréis. Por ejemplo, aún no sabemos qué hacen con sus criminales, sus deficientes, sus ancianos. Os habréis fijado en que no hemos visto ninguno. ¡Tiene que haber algo!

Yo me inclinaba a creer que tenía que haber algo, así que cogí el toro por los cuernos —la vaca, debería decir— y le pregunté a Somel.

—Quiero encontrar algún fallo en toda esta perfección —le dije sin rodeos—. Sencillamente es imposible que tres millones de personas no tengan ningún defecto. Estamos haciendo lo posible por entender y aprender: ¿os importaría ayudarnos diciéndonos cuáles son, a vuestro juicio, las peores cualidades de esta civilización singular vuestra?

Estábamos sentados juntos en una pérgola sombreada, en uno de esos jardines de comida suyos. Habíamos terminado la deliciosa comida, con un plato de fruta aún delante. Podíamos ver a un lado un tramo de campo abierto, tranquilo, rico y hermoso; al otro lado, el jardín, con mesas aquí y allá, suficientemente separadas para garantizar intimidad. Conviene decir ya que, con todo su cuidadoso «equilibrio de población», en este país no había hacinamiento. Había espacio, amplitud, una libertad soleada y ventilada en todas partes.

Somel apoyó la barbilla en la mano, el codo en el bajo muro a su lado, y miró hacia la tierra hermosa.

—Claro que tenemos defectos, todas —dijo—. En cierto sentido podría decirse que tenemos más que antes, es decir, que nuestro estándar de perfección parece alejarse más y más. Pero no nos desanimamos, porque nuestros registros sí muestran progreso, un progreso considerable.

—Cuando empezamos, incluso con la ventaja de una madre inicial particularmente noble, heredamos las características de un largo historial racial anterior a ella. Y afloraban de vez en cuando, de manera inquietante. Pero ya han pasado... sí, unos seiscientos años desde que tuvimos lo que vosotros llamáis una «criminal».

—Hemos hecho, por supuesto, de nuestra primera obligación entrenar, y cuando es posible eliminar hereditariamente, los tipos más bajos.

—¿Eliminar hereditariamente? —pregunté—. ¿Cómo podíais, con la partenogénesis?

—Si la chica que mostraba las malas cualidades conservaba aún la capacidad de apreciar el deber social, apelábamos a ella, por ese mismo motivo, para que renunciara a la maternidad. Algunos de los pocos tipos más graves eran, afortunadamente, incapaces de reproducirse. Pero si el defecto estaba en un egoísmo desproporcionado, entonces la chica estaba segura de tener derecho a tener hijos, e incluso de que los suyos serían mejores que los de las demás.

—Eso lo entiendo —dije—. Y entonces es probable que los criara en el mismo espíritu.

—Eso nunca lo permitimos —respondió Somel con tranquilidad.

—¿Permitir? —pregunté—. ¿Permitir que una madre criara a sus propios hijos?

—Desde luego que no —dijo Somel—, a menos que fuera apta para esa tarea suprema.

Esto fue un golpe bastante fuerte para mis convicciones anteriores.

—Pero yo creía que la maternidad era para cada una de vosotras...

—La maternidad, sí; es decir, la gestación: dar a luz un hijo. Pero la educación es nuestro arte más elevado, confiado solo a nuestros más altos artistas.

—¿La educación? —volví a desconcertarme—. No me refiero a la educación. Por maternidad entiendo no solo el parto, sino el cuidado de los bebés.

—El cuidado de los bebés implica educación, y solo se confía a las más aptas —repitió.

—¡Entonces separáis madre e hijo! —exclamé con un estremecimiento, sintiendo algo de la sensación de Terry de que tenía que haber algo malo entre tantas virtudes.

—No habitualmente —explicó ella con paciencia—. Vereis, casi toda mujer valora su maternidad por encima de todo. Cada chica la lleva dentro, íntima y preciada, una alegría exquisita, un honor supremo, la cosa más íntima, más personal, más preciosa. Eso es: la crianza de los hijos ha llegado a ser entre nosotras una cultura tan profundamente estudiada, practicada con tal sutileza y destreza, que cuanto más queremos a nuestros hijos menos estamos dispuestas a fiar ese proceso a manos inexpertas, incluso las propias.

—Pero el amor de una madre... —me aventuré.

Ella estudió mi cara, intentando encontrar un modo de explicación clara.

—Nos habéis hablado de vuestros dentistas —dijo al fin—, esos seres curiosamente especializados que pasan la vida rellenando pequeños agujeros en los dientes de otras personas, incluso en los dientes de los niños a veces.

—Sí —dije, sin entender adónde quería llegar.

—¿El amor de madre impulsa a las madres —entre vosotros— a empastar los dientes de sus propios hijos? ¿O a desear hacerlo?

—Pues no, desde luego —protesté—. Pero eso es un oficio altamente especializado. El cuidado de los bebés está abierto a cualquier mujer, ya cualquier madre!

—Nosotras no lo creemos así —respondió ella con dulzura—. Las más altamente competentes desempeñan esa función; y una mayoría de nuestras chicas aspiran con entusiasmo a ella: os aseguro que tenemos lo mejor.

—Pero la pobre madre, privada de su bebé...

—¡Oh, no! —me aseguré con fervor—. En absoluto privada. Sigue siendo su hijo: está con ella, no lo ha perdido. Pero no es la única que lo cuida. Hay otras que ella sabe que son más sabias. Lo sabe porque ha estudiado como ellas, ha practicado como ellas, y honra su superioridad real. Por el bien de su hijo, se alegra de que reciba este cuidado máximo.

No me convencí. Además, esto era solo de oídas; aún me quedaba por ver la maternidad de Herland.

# CAPÍTULO 8

## LAS CHICAS DE HERLAND

Por fin se cumplió la ambición de Terry. Fuimos invitados, con toda cortesía y con plena libertad de elección por nuestra parte, a dirigirnos a auditorios generales y clases de chicas.

Recuerdo la primera vez, y el cuidado que pusimos en nuestra ropa y en nuestro improvisado arreglo de barba. Terry, en particular, era quisquilloso en grado sumo con el corte de la suya, y tan crítico con nuestros esfuerzos combinados que le pasamos las tijeras y le dijimos que se arreglara él solo a su gusto. Empezábamos a apreciar bastante aquellas barbas nuestras: eran casi lo único que nos distinguía entre aquellas mujeres altas y robustas, de cabello corto e indumentaria asexuada. Al ofrecérsenos una amplia selección de prendas, habíamos elegido según nuestro gusto personal, y nos sorprendió descubrir, al enfrentarnos a grandes auditorios, que éramos los más engalanados, Terry especialmente.

Era una figura muy imponente, sus rasgos enérgicos suavizados por el cabello algo más largo —aunque me hizo cortárselo lo más apurado que supe—; y llevaba su túnica ricamente bordada con su cinturón ancho y suelto con un aire claramente enriqueño. Jeff parecía más bien un Amante Hugonote; y yo no sé qué aspecto

tenía, solo sé que me encontraba muy cómodo. Cuando volví a ponerse la armadura acolchada y sus bordes almidonados de la vida normal, me di cuenta con vivo pesar de lo cómodas que eran aquellas ropas de Herland.

Escudriñamos el auditorio buscando los tres rostros luminosos que conocíamos, pero no estaban. Solo una multitud de chicas: quietas, ávidas, atentas, todo ojos y oídos para escuchar y aprender.

Se nos había pedido que ofreciéramos, tan ampliamente como quisiéramos, una especie de sinopsis de la historia universal, en breve, y que respondiéramos preguntas.

—Somos tan absolutamente ignorantes, ya veis —nos había explicado Moadine—. No sabemos nada salvo la ciencia que hemos elaborado nosotras mismas, solo el trabajo intelectual de una pequeña mitad de un pequeño país; y vosotros, por lo que deducimos, os habéis ayudado mutuamente por todo el globo, compartiendo vuestros descubrimientos, poniendo en común vuestro progreso. ¡Qué maravillosa, qué supremamente hermosa debe de ser vuestra civilización!

Somel añadió una nueva sugerencia.

—No tenéis que empezar desde el principio, como hicisteis con nosotras. Hemos elaborado una especie de resumen de lo que hemos aprendido de vosotros, y ha sido absorbido con entusiasmo en todo el país. ¿Quisierais ver nuestro esquema?

Estábamos ansiosos por verlo, y nos dejó profundamente impresionados. Para nosotros, al principio, estas mujeres, inevitablemente ignorantes de lo que para nosotros era el bagaje común más elemental del conocimiento, habían parecido estar al nivel de los niños, o de los salvajes. Lo que nos habíamos visto obligados a admitir, con el trato creciente, era que eran ignorantes como Platón y Aristóteles lo eran, pero con una mentalidad altamente desarrollada perfectamente comparable a la de la Antigua Grecia.

Lejos de mí recargar estas páginas con el relato de lo que tan imperfectamente intentamos enseñarles. El hecho memorable es lo que ellas nos enseñaron a nosotros, o algún vislumbre de ello. Y en ese momento, nuestro interés principal no estaba en absoluto en la materia de nuestra exposición, sino en el auditorio.

Chicas, cientos de ellas, jóvenes rostros ávidos, de ojos brillantes y atentos; preguntas en tropel, y, me temo, una creciente incapacidad por nuestra parte para responderlas eficazmente.

Nuestras guías especiales, que estaban en el estrado con nosotros y a veces ayudaban a aclarar una pregunta o, más a menudo, una respuesta, notaron este efecto y cerraron la parte formal de conferencia de la velada bastante pronto.

—Nuestras jóvenes estarán encantadas de conoceros —sugirió Somel—, de hablar con vosotros de manera más personal, si estáis dispuestos.

¿Dispuestos? Estábamos impacientes y así lo dijimos, ante lo cual vi una sonrisita pasar por el rostro de Moadine. Incluso entonces, con todas aquellas jóvenes ansiosas esperando hablar con nosotros, una pregunta súbita cruzó mi mente: «¿Cuál era su punto de vista? ¿Qué pensaban de nosotros?» Eso lo supimos después.

Terry se zambulló entre aquellas jóvenes criaturas con una especie de arrobamiento, como el de un nadador feliz que se lanza al mar. Jeff, con una expresión de éxtasis en su rostro distinguido, se acercó como ante un sacramento. Pero yo sentía un cierto frío por aquel último pensamiento mío, y mantuve los ojos abiertos. Encontré tiempo para observar a Jeff, incluso mientras yo estaba rodeado de un grupo ansioso de preguntas —como todos lo estábamos—, y vi cómo sus ojos adoradores, su grave cortesía, agradaban y atraían a algunas de ellas; mientras que otras, de aspecto más vigoroso, se alejaban de su grupo hacia el de Terry o el mío.

Observé a Terry con especial interés, sabiendo cuánto había anhelado este momento y cuán irresistible había sido siempre en casa. Y podía ver, solo a retazos, claro, cómo su acercamiento suave

y dominante parecía irritarlas; sus miradas demasiado insinuantes eran vagamente rechazadas, sus cumplidos desconcertaban y molestaban. A veces una chica se sonrojaba, no con los párpados bajos y la timidez que invita, sino de rabia y con una rápida elevación de la barbilla. Chica tras chica le daba la espalda y se marchaba, hasta que le quedó solo un pequeño círculo de preguntadoras, y estas, visiblemente, eran las menos «jovencitas» del grupo.

Le vi parecer complacido al principio, como si creyera estar causando una fuerte impresión; pero al final, echando una mirada a Jeff o a mí, parecía cada vez menos complacido.

En cuanto a mí, me sorprendí de la manera más agradable. En casa nunca había sido «popular». Tenía mis amigas, buenas amigas, pero amigas y nada más. Además, eran del mismo clan aproximadamente, nada populares en el sentido de atraer a enjambres de admiradores. Pero aquí, con asombro, descubrí que el mío era el grupo más numeroso.

Tengo que generalizar, claro, condensando muchas impresiones; pero aquella primera velada fue una buena muestra de la impresión que causamos. Jeff tenía lo que podríamos llamar un séquito de las más sentimentales, aunque no es esa la palabra que busco. Las menos prácticas, quizás; las chicas artistas de alguna especie, las éticas, las maestras, ese tipo.

A Terry le tocó un grupo bastante combativo: mentes agudas, lógicas, indagadoras, no especialmente sensibles, exactamente el tipo que menos le gustaba; mientras que yo... me puse bastante ufano ante mi popularidad general.

Terry estaba furioso al respecto. No podíamos culparle mucho.

—¡Chicas! —estalló cuando aquella velada terminó y volvimos a estar solos—. ¡Llamad a esas chicas!

—Unas chicas deliciosas, digo yo —dijo Jeff, sus ojos azules soñadores y satisfechos.

—¿Y tú? —le pregunté con calma.

—¡Chicos! Nada más que chicos, la mayoría. Un grupo antipático y desagradable. Jóvenes críticas e impertinentes. Chicas en absoluto.

Estaba enojado y severo, no poco celoso también, creo. Más adelante, cuando supo exactamente qué era lo que no les gustaba, cambió algo sus modales y fue mejor recibido. Tuvo que hacerlo. Pues, a pesar de su crítica, eran chicas, y además, ¡todas las chicas que había! Siempre exceptuando a las nuestras tres, con las que pronto reanudamos el trato.

Cuando llegó el cortejo, como llegó pronto, puedo describir mejor el mío —y soy el menos inclinado a hacerlo—. De Jeff oí algo: tendía a detenerse reverente y admirativamente, con alguna extensión, en el exaltado sentimiento y la perfección inconmensurable de su Celis; y Terry... Terry hizo tantos falsos arranques y sufrió tantos rechazos que cuando al fin se decidió de verdad a conquistar a Alima, era considerablemente más sabio. Aun así, no fue una navegación tranquila. Rompían y se peleaban, una y otra vez; él se marchaba a consolarse con alguna otra bella, la otra bella no quería saber nada de él, y él volvía flotando a Alima, haciéndose cada vez más devoto.

Ella no cedió ni un centímetro. Una criatura grande y hermosa, excepcionalmente fuerte incluso entre aquella raza de mujeres fuertes, con una cabeza orgullosa y unas cejas anchas y horizontales que se extendían sobre sus oscuros ojos vivos como las grandes alas de un halcón en planeo.

Fui buen amigo de las tres, pero mejor que con ninguna con Ellador, mucho antes de que ese sentimiento cambiara para los dos.

De ella, y de Somel, que hablaba muy libremente conmigo, aprendí al fin algo del punto de vista de Herland hacia sus visitantes.

Aquí estaban ellas, aisladas, felices, contentas, cuando el zumbido atronador de nuestro biplano rasgó el aire sobre sus cabezas.

Todo el mundo lo oyó, todo el mundo lo vio, durante kilómetros y kilómetros; en un instante corrió la noticia por todo el país, y se

celebró un consejo en cada ciudad y pueblo.

Y esta fue su rápida conclusión:

«De otro país. Probablemente hombres. Evidentemente muy civilizados. Sin duda poseedores de muchos conocimientos valiosos. Pueden ser peligrosos. Capturarlos si es posible; domesticarlos y amaestrarlos si fuera necesario. Esta puede ser una oportunidad de restablecer un estado bisexual para nuestro pueblo.»

No nos tenían miedo: tres millones de mujeres altamente inteligentes, o dos millones, contando solo las adultas, no iban a asustarse de tres hombres jóvenes. Nosotros pensábamos en ellas como «Mujeres», y por lo tanto tímidas; pero hacía dos mil años que no tenían nada de qué asustarse, y ciertamente más de mil que habían superado ese sentimiento.

Nosotros pensábamos —Terry al menos— que podríamos elegir entre ellas. Ellas pensaban —con mucha cautela y previsión— en elegir a nosotros, si les parecía prudente.

Todo ese tiempo que estuvimos en formación, nos estudiaron, nos analizaron, prepararon informes sobre nosotros, y esa información se difundió ampliamente por todo el país.

No había una sola chica en aquel país que no hubiera estado aprendiendo durante meses todo lo que podía saberse sobre nuestro país, nuestra cultura y nuestro carácter personal. No era de extrañar que sus preguntas fueran difíciles de responder. Pero me apena decir que cuando al fin nos sacaron y nos... exhibieron (odio decirlo así, pero fue eso lo que ocurrió), no hubo ninguna avalancha de candidatas. Aquí estaba el pobre Terry imaginando felizmente que por fin era libre de vagar por «un jardín de rosas en flor», ¡y resulta que los capullos estaban todos con ojo sagaz, estudiándonos!

Estaban interesadas, profundamente interesadas, pero no era el tipo de interés que buscábamos.

Para hacerse una idea de su actitud hay que tener presente su sentido de la solidaridad, enormemente elevado. No estaban

eligiendo cada una un amante; no tenían la menor idea del amor, del amor sexual, entiéndase. Estas chicas, para cada una de las cuales la maternidad era una estrella polar, y esa maternidad exaltada por encima de una mera función personal, esperada como el más alto servicio social, como el sacramento de toda una vida, se enfrentaban ahora a una oportunidad de dar el gran paso de cambiar su condición entera, de volver a su orden natural bisexual anterior.

Junto a esta consideración de fondo estaba el interés y la curiosidad ilimitados por nuestra civilización, puramente impersonales, mantenidos por un tipo de mentalidad ante el cual nosotros éramos como... escolares.

No era de extrañar que nuestras conferencias no fueran un éxito; ni en absoluto que nuestros avances, o al menos los de Terry, fueran tan mal recibidos. La razón de mi propio éxito comparativo estaba al principio muy lejos de halagarme.

—Os gustáis el mejor —me dijo Somel—, porque parecéis más como nosotras.

—¡Más parecido a un montón de mujeres! —pensé para mis adentros con disgusto, y luego recordé lo poco que se parecían a «mujeres», en nuestro sentido despectivo del término. Ella me miraba con una sonrisa, leyendo mi pensamiento.

—Entendemos perfectamente que no os parecemos... «mujeres». Por supuesto, en una raza bisexual los rasgos distintos de cada sexo tienen que acentuarse. Pero seguramente hay suficientes características que pertenecen a las Personas, ¿no? Eso es lo que quiero decir con que sois más parecidos a nosotras: más parecidos a Personas. Con vosotros nos sentimos a gusto.

La dificultad de Jeff era su exaltada galantería. Idealizaba a las mujeres, y siempre buscaba la ocasión de «protegerlas» o «servirlas». Estas no necesitaban ni protección ni servicio. Vivían en paz, poder y abundancia; nosotros éramos sus huéspedes, sus prisioneros, absolutamente dependientes.

Por supuesto podíamos prometer cuantas ventajas quisiéramos si venían a nuestro país; pero cuanto más conocíamos el suyo, menos presumíamos del nuestro.

Las joyas y baratijas de Terry las apreciaban como curiosidades; las hacían circular de mano en mano con preguntas sobre la manufactura, no en absoluto sobre el valor; y discutían no sobre la propiedad, sino sobre a qué museo enviarlas.

Cuando un hombre no tiene nada que ofrecer a una mujer y depende enteramente de su atractivo personal, su cortejo opera bajo limitaciones.

Ellas estaban considerando estas dos cosas: la conveniencia de dar el Gran Cambio, y el grado de adaptabilidad personal que mejor serviría a ese fin.

Aquí teníamos la ventaja de nuestra pequeña experiencia personal con aquellas tres chicas veloces del bosque, y eso sirvió para acercarnos.

En cuanto a Ellador: imaginad que llegáis a una tierra extraña y la encontráis agradable, solo un poco más que de costumbre, y luego encontráis ricas tierras de cultivo, y luego jardines, jardines espléndidos, y luego palacios llenos de tesoros raros y curiosos, incalculables e inagotables, y luego... montañas como el Himalaya, y luego el mar.

Me gustó aquel día que se equilibraba en la rama ante mí y nombró al trío. Pensé más en ella. Luego me volví a ella como a una amiga cuando nos encontramos por tercera vez, y continué el trato. Mientras la ultradevoción de Jeff más bien desconcertaba a Celis y retrasaba su día de felicidad, mientras Terry y Alima discutían y se separaban, se reencontraban y volvían a separarse, Ellador y yo llegamos a ser íntimos amigos.

Hablábamos y hablábamos. Hacíamos largos paseos juntos. Ella me mostraba cosas, me las explicaba, me interpretaba muchas que yo no había entendido. A través de su inteligencia comprensiva fui comprendiendo más y más el espíritu de la gente de Herland,

apreciando cada vez más su maravilloso crecimiento interior, además de su perfección exterior.

Dejé de sentirme forastero, prisionero. Había un sentido de comprensión, de identidad, de propósito. Hablábamos de todo. Y, mientras avanzaba cada vez más, explorando el alma rica y dulce de ella, mi sensación de agradable amistad se fue convirtiendo en la base amplia de tal altura, tal anchura, tal combinación entrelazada de sentimiento que me dejó casi cegado por la maravilla de ello.

Como he dicho, nunca me habían importado mucho las mujeres, ni yo a ellas, no al estilo de Terry. Pero esta...

Al principio no pensé en ella «de ese modo», como dicen las chicas. No había llegado al país con intenciones de harén turco, y no era un adorador de mujeres como Jeff. Simplemente me gustaba aquella chica «como amiga», como decimos. Esa amistad creció como un árbol. ¡Era tan buena compañera! Hacíamos toda clase de cosas juntos. Ella me enseñaba juegos y yo le enseñaba juegos, y competíamos y remábamos y nos lo pasábamos de todas maneras, además de una camaradería más elevada.

Luego, al avanzar más, se abrieron el palacio y los tesoros y las nevadas cordilleras. Nunca había sabido que pudiera existir un ser humano semejante. Tan... grande. No me refiero a talentosa. Era guardabosques, una de las mejores, pero no es ese don al que me refiero. Cuando digo grande, digo grande: entera, por dentro. Si hubiera conocido a más de aquellas mujeres con la misma intimidad, no la habría encontrado tan singular; pero incluso entre ellas era noble. Su madre era una Supramadre, y su abuela también, supe después.

Así me fue contando más y más sobre su tierra hermosa; y yo le conté, sí, más de lo que quería, sobre la mía; y nos volvimos inseparables. Luego llegó ese reconocimiento más profundo y fue creciendo. Sentí mi propia alma alzarse y desplegar sus alas, por así decirlo. La vida se agrandó. Parecía como si entendiera, como nunca

antes, como si pudiera Hacer cosas, como si yo también pudiera crecer, si ella me ayudaba. Y entonces Ocurrió: a los dos, de golpe.

Un día quieto, en el borde del mundo, el de ellas. Los dos, mirando hacia la lejana y vaga tierra de bosque que se extendía abajo, hablando del cielo y la tierra y la vida humana, y de mi tierra y otras tierras y lo que necesitaban y lo que yo esperaba hacer por ellas...

—Si me ayudas —dije.

Ella se volvió hacia mí con esa mirada alta y dulce suya, y luego, cuando sus ojos descansaron en los míos y sus manos también..., entonces de repente estalló entre nosotros una gloria más lejana, instantánea, abrumadora, más allá de cualquier palabra que yo pueda encontrar.

Celis era una persona de azul, oro y rosa; Alima, de negro, blanco y rojo, una belleza deslumbrante. Ellador era morena: cabello oscuro y suave como la piel de una foca; tez morena clara con un sano color; ojos castaños que parecían variar del topacio al terciopelo negro: chicas espléndidas, todas ellas.

Ellas nos habían visto primero a nosotros, muy abajo en el lago, y habían transmitido la noticia por todo el país incluso antes de nuestro primer vuelo de reconocimiento. Habían vigilado nuestro aterrizaje, habían revoloteado por el bosque con nosotros, se habían escondido en aquel árbol y... tengo la firme sospecha de que se habían reído a propósito.

Habían montado guardia junto a nuestra máquina encapuchada, turnándose; y cuando se anunció nuestra fuga, nos habían seguido a cierta distancia durante un día o dos, y habían estado allí al final, como se ha descrito. Se sentían con un derecho especial sobre nosotros: nos llamaban «sus hombres», y cuando estuvimos en libertad de estudiar el país y a su gente, y de ser estudiados por ellas, los sabios dirigentes reconocieron ese derecho.

Pero tuve la sensación, y los tres la tuvimos, de que las habríamos elegido entre millones, infaliblemente.

Y sin embargo «el camino del verdadero amor nunca fue llano»; este período de cortejo estaba lleno de los más inesperados escollos.

Al escribir esto tan tardíamente como lo hago, tras múltiples experiencias tanto en Herland como después en mi propia tierra, puedo comprender y filosofar sobre lo que entonces era un continuo asombro y a menudo una tragedia pasajera.

El «palo largo» en la mayoría de los cortijos es, claro está, la atracción sexual. Luego se va desarrollando gradualmente la camaradería que permiten los dos temperamentos. Luego, tras el matrimonio, o se establece una amistad de lento crecimiento y amplia base, la más profunda, tierna y dulce de las relaciones, iluminada y calentada toda ella por la recurrente llama del amor; o ese proceso se invierte, el amor se enfría y se desvanece, no crece ninguna amistad, la relación entera pasa de la belleza a las cenizas.

Aquí todo era diferente. No había sentimiento sexual al que apelar, o prácticamente ninguno. Dos mil años de desuso habían dejado muy poco del instinto; hay que recordar además que quienes lo habían manifestado en ocasiones como excepciones atávicas eran a menudo, precisamente por ese hecho, privadas de la maternidad.

Sin embargo, mientras subsiste el proceso materno, subsiste también el fundamento inherente para la distinción de sexos; y ¿quién sabe qué sentimiento largo tiempo olvidado, vago e innominado, fue despertado en algunos de esos corazones de madre por nuestra llegada?

Lo que nos dejó aún más desorientados en nuestra aproximación fue la ausencia de cualquier tradición sexual. No había ningún canon aceptado de lo que era «varonil» y lo que era «femenino».

Cuando Jeff dijo, quitándole el cesto de fruta a su adorada: «Una mujer no debería cargar nada», Celis preguntó «¿Por qué?» con el asombro más franco. No podía mirar a aquella guardabosques ágil y de pecho profundo a los ojos y decirle: «Porque es más débil». No lo era. No se llama débil a un caballo de carreras por ser visiblemente distinto a un caballo de tiro.

Dijo, algo torpemente, que las mujeres no estaban hechas para los trabajos pesados.

Ella miró hacia los campos donde algunas mujeres trabajaban, construyendo un nuevo tramo de muro con piedras grandes; miró hacia la ciudad más próxima con sus casas construidas por mujeres; bajó la vista al camino liso y duro por el que caminábamos, y luego al pequeño cesto que él le había quitado.

—No entiendo —dijo con toda dulzura—. ¿Son las mujeres de vuestro país tan débiles que no podrían llevar algo así?

—Es una convención —dijo él—. Damos por supuesto que la maternidad es una carga suficiente, que los hombres deben cargar con todas las demás.

—¡Qué sentimiento tan hermoso! —dijo ella, con sus ojos azules brillando.

—¿Funciona? —preguntó Alima, con su rapidez aguda y directa—. ¿Llevan todos los hombres en todos los países todo el peso? ¿O solo en el vuestro?

—No seáis tan literales —les rogó Terry con pereza—. ¿Por qué no queréis que os adoren y os sirvan? A nosotros nos gusta hacerlo.

—A vosotros no os gusta que os lo hagamos a vosotros —respondió ella.

—Eso es diferente —dijo él, molesto; y cuando ella preguntó «¿Por qué?», refunfuñó y me lo pasó a mí, diciendo: «Van es el filósofo».

Ellador y yo lo comentamos todo juntos, de modo que lo llevamos mejor cuando llegó el tiempo del verdadero milagro. Además, entre los dos les aclaramos las cosas a Jeff y Celis. Pero Terry no quería escuchar razones.

Estaba perdidamente enamorado de Alima. Quería tomarla por asalto, y casi la perdió para siempre.

Vereis, si un hombre ama a una chica que, en primer lugar, es joven e inexperta; que en segundo lugar ha sido educada con el

fondo de la tradición del hombre de las cavernas, un plano intermedio de poesía y romance, y un primer plano de esperanza e interés tácitos centrados todos en el Gran Acontecimiento; y que, además, no tiene absolutamente ninguna otra esperanza ni interés dignos del nombre, pues entonces es relativamente fácil barrerla con un ataque deslumbrante. Terry era un consumado maestro en este proceso. Lo intentó aquí, y Alima quedó tan ofendida y repelida que tardaron semanas en que él pudiera acercarse lo suficiente para intentarlo de nuevo.

Cuanto más fríamente lo rechazaba ella, más ardía su determinación; no estaba acostumbrado a un rechazo real. El acercamiento con halagos lo despachaba ella con risas; los regalos y tales «atenciones» no podíamos llevarlas a cabo, la lástima y las quejas de crueldad suscitaban solo una indagación razonada. A Terry le costó mucho tiempo.

Dudo que ella aceptara a su extraño pretendiente tan plenamente como Celis y Ellador aceptaron a los suyos. Él la había herido y ofendido demasiadas veces; había reservas.

Pero creo que Alima conservaba algún leve vestigio de un sentimiento de larga herencia que hacía a Terry más posible para ella que para otras; y que se había decidido a llevar a cabo el experimento y odiaba renunciar a él.

Fuera como fuera, los tres llegamos por fin a un pleno entendimiento, y solemnemente encaramos lo que para ellas era un paso de trascendencia inconmensurable, una grave cuestión además de una gran felicidad; para nosotros, una alegría nueva y extraña.

Del matrimonio como ceremonia ellas no sabían nada. Jeff quería llevarlas a nuestro país para la ceremonia religiosa y la civil, pero ni Celis ni las demás consintieron.

—No podemos esperar que quieran venir con nosotros todavía — dijo Terry con sabiduría—. Esperad un poco, chicos. Tenemos que aceptar sus condiciones, o nada. —Esto, con el recuerdo triste de sus repetidos fracasos.

—Pero llegará nuestro momento —añadió con alegría—. Estas mujeres nunca han sido dominadas, ya veis. —Esto, como quien ha hecho un descubrimiento.

—Será mejor que no intentes dominar a nadie si valoras tus oportunidades —le dije con seriedad; pero él solo se rió y dijo: «¡Cada maestrillo con su librillo!»

Con él no se podía hacer nada. Tuvo que aprender con su propia medicina.

Si la falta de tradición de cortejo nos dejó muy perdidos en nuestras pretensiones, aún más desconcertados nos encontramos por la falta de tradición de matrimonio.

Y aquí de nuevo tengo que recurrir a experiencias posteriores, y al conocimiento más profundo de su cultura que pude alcanzar, para explicar los abismos de diferencia que nos separaban.

Dos mil años de una cultura continua sin hombres. Antes de eso, solo tradiciones de harén. No tenían un término exacto equivalente a nuestro «hogar», como tampoco lo tenían para nuestra «familia» de raíz latina.

Se amaban mutuamente con un afecto prácticamente universal, que se elevaba hasta amistades exquisitas e ininterrumpidas, y se ensanchaba hasta una devoción hacia su país y su pueblo para la que nuestra palabra «patriotismo» no es ninguna definición.

El patriotismo, al rojo vivo, es compatible con la negligencia de los intereses nacionales, con la deshonestidad, con la indiferencia fría ante el sufrimiento de millones. El patriotismo es en gran medida orgullo, y en gran medida combatividad. El patriotismo suele buscar pelea.

Este país no tenía ningún otro con el que medirse, salvo unos pocos pobres salvajes muy abajo, con los que no tenía ningún contacto.

Amaban su país porque era su guardería, su patio de recreo y su taller, el de ellas y el de sus hijos. Estaban orgullosas de él como de

un taller, orgullosas de su historial de eficiencia siempre creciente; habían hecho de él un jardín agradable, un pequeño paraíso muy práctico; pero sobre todo lo valoraban, y aquí es donde nos resulta difícil entenderlas, como entorno cultural para sus hijos.

Esa es, por supuesto, la clave de toda la distinción: sus hijos.

Desde aquellas primeras madres de raza guardadas con el aliento contenido, casi adoradas, hasta toda la línea ascendente, tenían ese pensamiento dominante de construir una gran raza a través de los hijos.

Toda la devoción rendida que nuestras mujeres ponen en sus familias privadas, estas mujeres la pusieron en su país y en su raza. Toda la lealtad y el servicio que los hombres esperan de las esposas, ellas lo dieron, no individualmente a los hombres, sino colectivamente las unas a las otras.

Y el instinto materno, en nosotros tan dolorosamente intenso, tan frustrado por las circunstancias, tan concentrado en la devoción personal a unos pocos, tan amargamente herido por la muerte, la enfermedad o la esterilidad, e incluso por el mero crecimiento de los hijos que dejan a la madre sola en su nido vacío: todo este sentimiento en ellas fluía en una corriente fuerte y amplia, ininterrumpida a través de las generaciones, profundizándose y ensanchándose con los años, abarcando a todos los niños de todo el país.

Con su poder y sabiduría unidos, habían estudiado y superado las «enfermedades de la infancia»: sus hijos no las tenían.

Habían afrontado los problemas de la educación y los habían resuelto de tal modo que sus hijos crecían tan naturalmente como árboles jóvenes; aprendiendo a través de todos los sentidos; educados continuamente pero sin darse cuenta, sin saber nunca que estaban siendo educados.

De hecho, no usaban la palabra como nosotros. Su idea de la educación era la formación especial que recibían, cuando ya eran medio adultas, de manos de expertas. Entonces las jóvenes mentes

ávidas se lanzaban de lleno sobre sus materias elegidas, y adquirirían con una facilidad, una amplitud, una comprensión de las que nunca dejé de asombrarme.

Pero los bebés y los niños pequeños nunca sintieron la presión de esa «alimentación forzada» de la mente que nosotros llamamos «educación». De esto, más adelante.

# CAPÍTULO 9

## NUESTRAS RELACIONES Y LAS SUYAS

Lo que intento mostrar aquí es que para estas mujeres toda la relación con la vida consistía en un crecimiento alegre y ansioso hasta incorporarse a las filas de trabajadoras en la línea más amada; una reverencia profunda y tierna por la propia madre, demasiado profunda para hablar de ella libremente; y más allá, el amplio y libre mundo de la hermandad, el espléndido servicio al país y las amistades.

A estas mujeres llegamos nosotros, cargados con las ideas, las convicciones y las tradiciones de nuestra cultura, e intentamos despertar en ellas las emociones que a nosotros nos parecían adecuadas.

Por mucho o por poco que hubiera de verdadero sentimiento sexual entre nosotros, ellas lo formulaban mentalmente en términos de amistad, el único amor puramente personal que conocían, y de parentesco último. Visiblemente no éramos madres, ni hijos, ni compatriotas; así que si nos querían, teníamos que ser amigos.

Era natural para ellas que nos emparejáramos durante el cortejo; que los tres siguiéramos mucho juntos, como ellas mismas hacían,

también era natural. Aún no teníamos trabajo, así que rondábamos por sus tareas en el bosque: también era natural.

Pero cuando empezamos a hablar de que cada pareja tuviera «hogares» propios, no lo podían entender.

—Nuestro trabajo nos lleva a todos los rincones del país —explicó Celis—. No podemos vivir siempre en un solo lugar.

—Estamos juntas ahora —dijo Alima, mirando con orgullo la presencia robusta de Terry. (Era uno de los períodos en que estaban «en sintonía», aunque pronto volvieran a estar «fuera»).

—No es lo mismo —insistió él—. Un hombre quiere un hogar propio, con su mujer y su familia dentro.

—¿Quedándose dentro? ¿Todo el tiempo? —preguntó Ellador—. No encerrada, espero.

—Claro que no. Viviendo allí, con naturalidad —respondió él.

—¿Y qué hace ella allí, todo el tiempo? —exigió Alima—. ¿Cuál es su trabajo?

Entonces Terry explicó de nuevo pacientemente que nuestras mujeres no trabajaban, con reservas.

—Pero ¿qué hacen si no tienen trabajo? —insistió ella.

—Cuidan del hogar y de los hijos.

—¿Al mismo tiempo? —preguntó Ellador.

—Pues sí. Los niños juegan por ahí, y la madre lo supervisa todo. Hay criados, claro.

Le parecía tan evidente, tan natural a Terry, que siempre se impacientaba; pero las chicas estaban honestamente ansiosas por entender.

—¿Cuántos hijos tienen vuestras mujeres? —Alima tenía ya su cuaderno y un gesto bastante firme de labios. Terry empezó a escurrir el bulto.

—No hay un número fijo, querida —explicó—. Unas tienen más, otras menos.

—Algunas no tienen ninguno —añadí yo con malicia.

Se abalanzaron sobre esta admisión y pronto nos arrancaron el hecho general de que las mujeres que tenían más hijos tenían menos criados, y las que tenían más criados tenían menos hijos.

—¡Ahí está! —triunfó Alima—. Uno o dos hijos, o ninguno, y tres o cuatro criados. ¿Y qué hacen esas mujeres?

Explicamos lo mejor que pudimos. Hablamos de «obligaciones sociales», deshonestamente contando con que no interpretarían las palabras como nosotros; hablamos de hospitalidad, entretenimiento y varios «intereses». Todo el tiempo sabíamos que para aquellas mujeres de mente amplia, cuya perspectiva mental era tan colectiva, las limitaciones de una vida enteramente personal eran inconcebibles.

—Realmente no podemos entenderlo —concluyó Ellador—. Somos solo la mitad de un pueblo. Tenemos nuestros modos de mujer y vosotros tenéis vuestros modos de hombre y vuestros modos de ambos. Hemos elaborado un sistema de vida que es, por supuesto, limitado. El de vosotros debe de ser más amplio, más rico, mejor. Me gustaría verlo.

—Lo verás, querida —le susurré.

—No hay nada que fumar —se quejó Terry. Estaba en medio de una disputa prolongada con Alima y necesitaba algo que le calmara los nervios—. No hay nada que beber. Estas benditas mujeres no tienen vicios agradables. ¡Ojalá pudiéramos salir de aquí!

Este deseo era vano. Siempre estábamos bajo cierto grado de vigilancia. Cuando Terry salía de noche a deambular por las calles, siempre encontraba una «Coronela» aquí o allá; y cuando, en un acceso de desesperación feroz aunque pasajera, se había precipitado al borde del acantilado con alguna vaga idea de escapar, se encontró con varias de ellas cerca. Éramos libres, pero con límites.

—Tampoco tienen vicios desagradables —le recordó Jeff.

—¡Ojalá los tuvieran! —insistió Terry—. No tienen ni los vicios de los hombres ni las virtudes de las mujeres: ¡son neutras!

—Sabes perfectamente que eso no es así. No digas tonterías —dije con severidad.

Estaba pensando en los ojos de Ellador cuando me daban cierta mirada, una mirada de la que ella no era nada consciente.

Jeff estaba igualmente indignado. —No sé qué «virtudes de las mujeres» echas de menos. Me parece que las tienen todas.

—No tienen pudor —replicó Terry—. Ni paciencia, ni sumisión, ni esa natural docilidad que es el mayor encanto de la mujer.

Le miré con lástima. —Ve a disculparte y a hacer las paces con Alima, Terry. Solo estás de mal humor. Estas mujeres tienen la virtud de la humanidad, con menos de sus defectos que ninguna gente que haya conocido. En cuanto a la paciencia, nos habrían tirado por los acantilados el primer día que aterrizamos entre ellas si no tuvieran eso.

—No hay... distracciones —refunfuñó—. En ninguna parte puede uno irse a soltar un poco la melena. Es un salón y una sala de juegos eternas.

—Y taller —añadí—. Y escuela, y oficina, y laboratorio, y estudio, y teatro, y... hogar.

—¡Hogar! —se burló—. No hay un solo hogar en todo el lamentable lugar.

—No hay otra cosa, y lo sabes bien —replicó Jeff acaloradamente—. Nunca he visto, nunca he soñado con tal paz universal, tal buena voluntad y tal afecto mutuo.

—Bueno, si te gusta una escuela dominical perpetua, está muy bien. Pero a mí me gusta que Pase Algo. Aquí ya está todo Pasado.

En esto había algo de verdad. Los años de pionerismo quedaban muy atrás. Era una civilización en la que las dificultades iniciales

hacía mucho que habían sido superadas. La paz sin turbaciones, la abundancia sin medida, la salud constante, la amplia buena voluntad y la gestión fluida que lo ordenaba todo, no dejaban nada que superar. Era como una agradable familia en una antigua y perfectamente llevada casa de campo.

A mí me gustaba por mi vivo e incesante interés en los logros sociológicos que implicaba. A Jeff le gustaba como le habría gustado semejante familia y semejante lugar en cualquier parte.

A Terry no le gustaba porque no encontraba nada a lo que oponerse, con lo que luchar, que conquistar.

—La vida es una lucha, tiene que serlo —insistía—. Si no hay lucha, no hay vida: así de sencillo.

—Dices tonterías, tonterías masculinas —respondió el pacífico Jeff. Ciertamente era un cálido defensor de Herland—. ¿Acaso crían sus miríadas las hormigas mediante la lucha? ¿O las abejas?

—Oh, si vas a volver a los insectos y quieres vivir en un hormiguero... ¡Os digo que los grados más altos de la vida solo se alcanzan mediante la lucha, el combate! Aquí no hay Drama. ¡Mirad sus obras de teatro! Me revuelven el estómago.

En esto nos tenía algo cogidos. El teatro del país era, a nuestro gusto, bastante insulso. Vereis, les faltaba el motivo sexual y, con él, los celos. No tenían el juego de naciones en guerra, ni aristocracia y sus ambiciones, ni oposición entre riqueza y pobreza.

Veo que apenas he hablado de la economía del lugar; debería haber venido antes, pero ahora seguiré con el teatro.

Tenían el suyo propio. Había un impresionante conjunto de espectáculos, de procesiones, una especie de gran ritual, con sus artes y su religión ampliamente fundidas. Los mismísimos bebés participaban en él. Ver uno de sus grandes festivales anuales, con la majestuosidad en masa y en marcha de aquellas grandes madres, las jóvenes valientes y nobles, bellas y fuertes; y luego los niños, tomando parte tan naturalmente como los nuestros corretearían

alrededor de un árbol de Navidad: la impresión de una vida alegre y triunfante era abrumadora.

Habían empezado en un período en que el teatro, la danza, la música, la religión y la educación estaban todos muy unidos; y en lugar de desarrollarlos en líneas separadas, habían mantenido la conexión. Permítaseme intentar de nuevo transmitir, si puedo, el más leve sentido de la diferencia en la visión de la vida, el trasfondo y la base en que descansaba su cultura.

Ellador me contó mucho sobre ello. Me llevó a ver a los niños, a las chicas en crecimiento, a las maestras especializadas. Me eligió libros para leer. Siempre parecía entender exactamente lo que yo quería saber y cómo dármelo.

Mientras Terry y Alima echaban chispas y se separaban —él siempre locamente atraído por ella y ella por él, debía de ser así o nunca habría soportado la manera en que se comportaba—, Ellador y yo teníamos ya un sentimiento profundo y tranquilo, como si siempre nos hubiéramos tenido el uno al otro. Jeff y Celis eran felices; eso era indudable; pero no me parecía que se lo pasaran tan bien como nosotros.

Pues bien: aquí está el niño de Herland enfrentado a la vida, tal como Ellador intentó mostrármelo. Desde el primer recuerdo, conocían la Paz, la Belleza, el Orden, la Seguridad, el Amor, la Sabiduría, la Justicia, la Paciencia y la Abundancia. Por «abundancia» entiendo que los bebés crecían en un entorno que satisfacía sus necesidades, igual que los cervatillos jóvenes crecerían en umbrosos claros de bosque y prados regados por arroyos. Y lo disfrutaban con la misma franqueza y plenitud que los cervatillos.

Se encontraban en un mundo grande, luminoso y hermoso, lleno de las cosas más interesantes y fascinantes para aprender y hacer. La gente en todas partes era amistosa y cortés. Ningún niño de Herland conocía nunca esa descortesía arrogante que nosotros solemos mostrar a los niños. También ellos eran Personas, desde el principio; la parte más preciosa de la nación.

En cada etapa de la rica experiencia de vivir, encontraban que el ejemplo que estudiaban se abría hacia un conjunto interminable de intereses comunes. Las cosas que aprendían estaban relacionadas, desde el principio: relacionadas entre sí y con la prosperidad nacional.

—Fue una mariposa lo que me hizo guardabosques —me dijo Ellador—. Tenía unos once años, y encontré una gran mariposa de color lila y verde en una flor baja. La cogí con mucho cuidado por las alas cerradas, como me habían enseñado, y la llevé a la maestra de insectos más cercana —hice una nota allí mismo para preguntarle qué demonios era una maestra de insectos— para preguntarle su nombre. Ella me la cogió con un grito de alegría. «Oh, criatura bendita», dijo. «¿Te gustan las nueces obernos?» Claro que me gustaban las nueces obernos y lo dije. Son nuestra mejor nuez alimenticia, ya sabes. «Esta es una hembra de la polilla del obero», me dijo. «Casi han desaparecido. Llevamos siglos intentando exterminarlas. Si no la hubieras cogido, podría haber puesto suficientes huevos para criar suficientes gusanos como para destruir miles de nuestros árboles de nuez, miles de cestos de nueces, y causarnos años y años de problemas.»

—Todo el mundo me felicitó. A los niños de todo el país se les dijo que vigilaran esa polilla, por si había más. Me mostraron la historia de la criatura, y el relato del daño que solía causar y de cuánto tiempo y esfuerzo habían dedicado nuestras antepasadas a salvar ese árbol para nosotras. Crecí un palmo, me pareció, y me decidí allí mismo a ser guardabosques.

Esto no es más que un ejemplo; ella me mostró muchos. La gran diferencia era que mientras nuestros niños crecen en hogares y familias privados, con todo el esfuerzo por protegerlos y aislarlos de un mundo peligroso, aquí crecían en un mundo amplio y amistoso, y lo conocían como suyo desde el principio.

Su literatura infantil era algo maravilloso. Podría haber pasado años siguiendo las delicadas sutilezas, las suaves sencilleces con que habían orientado ese gran arte al servicio de la mente infantil.

Nosotros tenemos dos ciclos vitales: el del hombre y el de la mujer. Para el hombre: crecimiento, lucha, conquista, la fundación de su familia, y todo el éxito ulterior en ganancias o ambición que pueda alcanzar.

Para la mujer: crecimiento, la conquista de un marido, las actividades subordinadas de la vida familiar, y después los intereses «sociales» o caritativos que le permite su posición.

Aquí había un solo ciclo, y ese amplio.

El niño entraba en un campo de vida amplio y abierto, en el que la maternidad era la gran contribución personal a la vida nacional, y el resto la participación individual en las actividades comunes. Toda chica con la que hablé, a cualquier edad por encima de la infancia, tenía su alegre determinación sobre lo que iba a ser al crecer.

Lo que Terry quería decir al afirmar que no tenían «pudor» era que esta gran visión de la vida no tenía rincones oscuros; tenían un sentido elevado del decoro personal, pero ninguna vergüenza, ningún conocimiento de nada de lo que avergonzarse.

Incluso sus defectos y sus malos actos en la infancia nunca se les presentaban como pecados; meramente como errores y jugadas fallidas, como en un juego. Algunas de ellas, que eran palpablemente menos agradables que las demás o que tenían un verdadero defecto, recibían una tolerancia alegre, como un grupo amistoso de jugadores de cartas trataría a un mal jugador.

Su religión, ya veis, era maternal; y su ética, basada en la percepción plena de la evolución, mostraba el principio del crecimiento y la belleza de la cultura sabia. No tenían ninguna teoría sobre la oposición esencial entre el bien y el mal; la vida para ellas era crecimiento; su placer estaba en el crecer, y su deber también.

Con este trasfondo, con su amor materno sublimado expresado en términos de la más amplia actividad social, cada fase de su trabajo quedaba modificada por su efecto en el crecimiento nacional. El idioma mismo lo habían deliberadamente clarificado, simplificado, hecho fácil y hermoso, por el bien de los niños.

Esto nos parecía algo totalmente increíble: primero, que una nación pudiera tener la previsión, la fuerza y la constancia de planificar y llevar a cabo tal tarea; y segundo, que las mujeres hubieran tenido tanta iniciativa. Habíamos dado por supuesto, como algo obvio, que las mujeres no tenían ninguna; que solo el hombre, con su energía natural y su impaciencia ante las restricciones, inventaría alguna vez cualquier cosa.

Aquí encontramos que la presión de la vida sobre el entorno desarrolla en la mente humana sus reacciones inventivas, independientemente del sexo; y además, que una maternidad plenamente despierta planifica y trabaja sin límite para el bien del hijo.

Para que los hijos nacieran de la manera más noble, y fueran criados en un entorno calculado para permitir el crecimiento más rico y libre, habían remodelado y mejorado deliberadamente todo el Estado.

No quiero decir en absoluto que se detuvieran en eso, como tampoco un niño se detiene en la infancia. La parte más impresionante de toda su cultura, más allá de este perfecto sistema de crianza infantil, era la gama de intereses y asociaciones abierta a todas durante toda la vida. Pero en el campo de la literatura fue lo que más me llamó la atención al principio: el motivo infantil.

Tenían la misma gradación de verso y cuento simples y repetitivos que nos es familiar, y los más exquisitos cuentos imaginativos; pero donde entre nosotros son los menguados restos de antiguos mitos populares y primitivas nanas, los suyos eran la obra exquisita de grandes artistas; no solo simples e infalibles en su atractivo para la mente infantil, sino verdaderos, verdaderos para el mundo vivo que los rodeaba.

Pasar un día en uno de sus cuartos de niños era cambiar para siempre la propia visión de la infancia. Los más pequeños, rollizos rosáceos en brazos de sus madres, o durmiendo ligeramente en el aire perfumado de flores, parecían bastante normales, salvo que

nunca lloraban. Nunca oí llorar a un niño en Herland, salvo una o dos veces por una mala caída; y entonces la gente acudía corriendo a ayudar, como nosotros acudiríamos al grito de agonía de un adulto.

Cada madre tenía su año de gloria: el tiempo de amar y aprender, viviendo estrechamente junto a su hijo, amamantándolo con orgullo, a menudo dos años o más. Quizá este era uno de los motivos de su vigor admirable.

Pero después del año del bebé la madre no estaba tan constantemente presente, a menos que su trabajo estuviera entre los pequeños. Nunca estaba lejos, sin embargo, y su actitud hacia las comadres cuyo orgulloso servicio a los niños era directo y continuo era hermoso de ver.

En cuanto a los bebés: un grupo de aquellos desnuditos jugando sobre hierba corta y aterciopelada, bien barrida, o sobre alfombras igualmente suaves, o en someros estanques de agua brillante; cayéndose con gorgoriteantes carcajadas alegres de bebé: era una visión de dicha infantil como yo no había imaginado jamás.

Los bebés eran criados en la parte más cálida del país, y se iban aclimatando gradualmente a las alturas más frescas a medida que crecían.

Niños robustos de diez y doce años jugaban en la nieve con el mismo gozo que los nuestros; había excursiones continuas de ellos, de una parte del país a otra, de modo que para cada niño el país entero pudiera ser su hogar.

Todo era suyo, esperando que lo aprendieran, lo amaran, lo usaran y lo sirvieran; igual que nuestros chicos planean ser «un gran soldado», o «un vaquero», o lo que les plazca; y nuestras chicas planean el tipo de hogar que tendrán, o cuántos hijos; estos planeaban, libre y alegremente, con mucho feliz parloteo, lo que harían por el país cuando fueran mayores.

Era la alegría ansiosa de los niños y los jóvenes lo que primero me hizo ver la necedad de aquella idea nuestra tan común: que si la

vida fuera llana y feliz, la gente no la disfrutaría.

Al estudiar a aquellas criaturas pequeñas vigorosas, alegres y ávidas, y su voraz apetito por la vida, se sacudieron mis ideas anteriores de tal modo que nunca se han restablecido. El constante nivel de buena salud les daba todo el estímulo natural que solíamos llamar «vitalidad animal», una curiosa contradicción en los términos. Se encontraban en un entorno inmediato que era agradable e interesante, y ante ellos se extendían los años del aprendizaje y el descubrimiento, el fascinante e interminable proceso de la educación.

A medida que estudiaba estos métodos y los comparaba con los nuestros, mi extrañamiento e incómodo sentido de la humildad racial crecía a pasos agigantados.

Ellador no podía entender mi asombro. Me explicaba las cosas con amabilidad y dulzura, pero con cierto estupor de que necesitaran explicación, y con preguntas repentinas sobre cómo lo hacíamos nosotros que me dejaban más humilde que nunca.

Un día fui a buscar a Somel, con cuidado de no llevar a Ellador. No me importaba parecer torpe ante Somel: ella ya estaba acostumbrada.

—Quiero un capítulo de explicaciones —le dije—. Conoces mis torpezas de memoria, y no quiero mostrárselas a Ellador: ella me tiene por tan sabio.

Ella sonrió con deleite. —Es hermoso de ver —me dijo—, este nuevo y maravilloso amor entre vosotros. Todo el país está interesado, ¿cómo no estarlo?

No lo había pensado. Decimos: «El mundo entero ama a los amantes», pero que un par de millones de personas siguieran el propio cortejo, y uno difícil, resultaba bastante desconcertante.

—Háblame de vuestra teoría de la educación —le dije—. Hazlo breve y sencillo. Y para mostrarte qué me desconcierta, te diré que

en nuestra teoría se hace gran hincapié en el esfuerzo forzado de la mente del niño; pensamos que es bueno para él superar obstáculos.

—Por supuesto que lo es —convino ella inesperadamente—. Todos nuestros niños lo hacen: les encanta.

Eso volvió a desconcertarme. Si les encantaba hacerlo, ¿cómo podía ser educativo?

—Nuestra teoría es esta —continuó ella con cuidado—. Aquí tenemos un ser humano joven. La mente es algo tan natural como el cuerpo: algo que crece, algo para usar y disfrutar. Buscamos nutrir, estimular y ejercitar la mente de un niño como la del cuerpo. Existen las dos divisiones principales de la educación: las tenéis vosotros también, ¿no? Las cosas que es necesario saber, y las cosas que es necesario hacer.

—¿Hacer? ¿Ejercicios mentales, queréis decir?

—Sí. Nuestro plan general es este: en cuanto a la alimentación de la mente, al suministro de información, empleamos nuestras mejores capacidades en satisfacer el apetito natural de un cerebro joven sano; sin saturarlo, proporcionando la cantidad y la variedad de impresiones que parecen más bienvenidas a cada niño. Esa es la parte más fácil. La otra consiste en organizar una serie adecuadamente gradual de ejercicios que desarrollen mejor cada mente: las facultades comunes que todos tenemos, y con el mayor cuidado, las facultades especiales que algunos tenemos. Vosotros también hacéis esto, ¿no es así?

—En cierta medida —dije algo torpemente—. No tenemos un sistema tan sutil y desarrollado como el vuestro, ni de lejos; pero cuéntame más. En cuanto a la información: ¿cómo os las arregláis? Da la impresión de que todas vosotras sabéis prácticamente todo: ¿es así?

Ella lo negó riendo. —En absoluto. Somos, como pronto descubristeis, extremadamente limitadas en conocimientos. Quisiera que pudierais ver la fermentación que hay en el país por las cosas nuevas que nos habéis contado; la apasionada ansia de miles de

nosotras por ir a vuestro país y aprender, aprender, aprender. Pero lo que sí sabemos se divide fácilmente en conocimiento común y conocimiento especializado. El conocimiento común hace mucho que aprendimos a introducirlo en las mentes de nuestros pequeños sin desperdiciar tiempo ni energía; el especializado está abierto a todas, según lo deseen. Algunas de nosotras nos especializamos solo en un campo. Pero la mayoría tomamos varios: unos para el trabajo habitual, otros para crecer con ellos.

—¿Para crecer con ellos?

—Sí. Cuando uno se asienta demasiado estrechamente en un solo tipo de trabajo, hay tendencia a la atrofia en las partes del cerebro no usadas. Nos gusta seguir aprendiendo, siempre.

—¿Qué estudiáis?

—Todo lo que sabemos de las distintas ciencias. Tenemos, dentro de nuestros límites, bastante conocimiento de anatomía, fisiología, nutrición: todo lo que atañe a una vida personal plena y hermosa. Tenemos nuestra botánica y química, y así sucesivamente, muy rudimentarias pero interesantes; nuestra propia historia, con su psicología acumulativa.

—¿Poneís la psicología con la historia, y no con la vida personal?

—Claro. Es nuestra; está entre nosotras y a través de nosotras, y cambia con las generaciones que se suceden y mejoran. Trabajamos, despacio y con cuidado, en el desarrollo de todo nuestro pueblo a lo largo de estas líneas. Es una obra magnífica, ¡espléndida! Ver a los miles de bebés mejorar, mostrar mentes más fuertes y más claras, caracteres más dulces, capacidades más altas... ¿No lo encontráis también así en vuestro país?

Esto lo esquivé de plano. Recordé la afirmación melancólica de que la mente humana no era mejor que en su primer período de barbarie, solo mejor informada, afirmación que nunca había creído.

—Nos esforzamos muy seriamente por dos capacidades —  
continuó Somel—. Las dos que nos parecen básicamente necesarias

para toda vida noble: un juicio claro y de largo alcance, y una voluntad firme bien empleada. Dedicamos nuestros mejores esfuerzos, durante toda la infancia y la juventud, a desarrollar estas facultades: el juicio individual y la voluntad.

—¿Como parte de vuestro sistema de educación, queréis decir?

—Exactamente. Como la parte más valiosa. Con los bebés, como habréis podido notar, primero proporcionamos un entorno que alimenta la mente sin cansarla; toda clase de cosas sencillas e interesantes para hacer, en cuanto son capaces de hacerlas; las propiedades físicas, por supuesto, vienen primero. Pero tan pronto como es posible, procediendo con mucho cuidado para no forzar la mente, proporcionamos elecciones, elecciones simples, con causas y consecuencias muy evidentes. ¿Habéis observado los juegos?

Lo había hecho. Los niños parecían siempre jugando a algo, o bien, a veces, enfrascados en tranquilas investigaciones propias. Me había preguntado al principio cuándo iban a la escuela, pero pronto descubrí que nunca iban, que ellos supieran. Era todo educación pero ninguna escolarización.

—Llevamos unos mil seiscientos años elaborando juegos cada vez mejores para los niños —continuó Somel.

Me quedé atónito. —¿Elaborar juegos? —protesté—. ¿Inventar nuevos, queréis decir?

—Exactamente —respondió ella—. ¿Vosotros no?

Entonces recordé el jardín de infancia, y el «material» ideado por la señora Montessori, y respondí con prudencia: «En cierta medida». Pero la mayoría de nuestros juegos, le expliqué, eran muy antiguos: venían de niño en niño, a través de los siglos, desde el pasado remoto.

—¿Y cuál es su efecto? —preguntó—. ¿Desarrollan las facultades que deseáis fomentar?

Recordé de nuevo las afirmaciones de los defensores de los «deportes», y respondí con prudencia que esa era, en parte, la

teoría.

—¿Pero les gustan a los niños? —pregunté—. ¿Que les presenten cosas así elaboradas de antemano? ¿No quieren los juegos antiguos?

—Podéis ver a los niños —respondió—. ¿Están los vuestros más contentos, más interesados, más felices?

Entonces pensé, como en verdad nunca había pensado antes, en los niños aburridos e inquietos que había visto, llorando: «¿Qué puedo hacer ahora?»; en los grupitos y pandillas holgazaneando por ahí; en el valor de algún espíritu fuerte con iniciativa que «pusiera algo en marcha»; en las fiestas infantiles y las onerosas obligaciones de los adultos designados para «entretener a los niños»; también en aquel mar turbulento de actividad mal dirigida que llamamos «travesura»: las cosas tontas, destructivas y a veces malas que hacen los niños sin ocupación.

—No —dije secamente—. No creo que lo estén.

El niño de Herland nacía no solo en un mundo cuidadosamente preparado, lleno de los materiales y oportunidades de aprendizaje más fascinantes, sino en la compañía de abundantes maestras, maestras nacidas y formadas, cuyo trabajo era acompañar a los niños por eso que nosotros consideramos imposible: el camino real hacia el aprendizaje.

No había misterio en sus métodos. Estando adaptados a los niños, era al menos comprensible para los adultos. Pasé muchos días con los pequeños, a veces con Ellador, a veces solo, y empecé a sentir una aplastante compasión por mi propia infancia y por todas las que había conocido.

Las casas y jardines planeados para los bebés no tenían nada que pudiera hacerles daño: sin escaleras, sin rincones, sin objetos pequeños que tragarse, sin fuego, solo un paraíso de bebés. Se les enseñaba, tan rápidamente como era factible, a usar y controlar sus propios cuerpos, y nunca vi criaturas tan seguras de pie, de manos firmes y mentes claras. Era un gozo ver una hilera de renacuajos aprendiendo a andar, no solo sobre un suelo llano, sino, poco

después, sobre una especie de barra de goma levantada unos centímetros sobre la hierba suave o las alfombras gruesas, y cayéndose con gritos de alegría infantil para correr al final de la fila y volver a intentarlo. ¡Habréis notado cómo les encanta a los niños subirse a algo y andar por ello! Pero nunca hemos pensado en proporcionar esa simple e inagotable forma de diversión y educación física a los pequeños.

Agua tenían, por supuesto, y podían nadar incluso antes de andar. Si al principio temí los efectos de un sistema de cultura demasiado intensivo, ese temor se disipó al ver los largos y soleados días de pura alegría física y sueño natural en que estos bebés celestiales pasaban sus primeros años. Nunca supieron que estaban siendo educados. No soñaban que en esa asociación de experimento e hilarante logro estaban sentando las bases de esa unión de grupo estrecha y hermosa en la que crecían tan firmemente con los años. Era educación para la ciudadanía.

# CAPÍTULO 10

## SU RELIGIÓN Y NUESTROS MATRIMONIOS

Me llevó mucho tiempo, como hombre, como forastero y como especie de cristiano —que era lo que más era—, llegar a entender con claridad la religión de Herland.

Su deificación de la maternidad era bastante evidente; pero había mucho más en ella que eso, o al menos que mi primera interpretación de eso.

Creo que solo a medida que fui amando a Ellador más de lo que hubiera creído posible amar a nadie, a medida que fui captando débilmente su actitud interior y su estado de ánimo, empecé a atisbar algo de esta fe suya.

Cuando le pregunté al respecto, intentó al principio explicármela, y luego, al verme en apuros, me pidió más información sobre la nuestra. Pronto descubrió que teníamos muchas, que variaban mucho pero tenían algunos puntos en común. Una mente clara, metódica y luminosa la de mi Ellador, no solo razonable sino de percepción veloz.

Hizo una especie de esquema, superponiendo las diferentes religiones tal como yo las describía, con un alfiler que las atravesaba

a todas, por así decirlo; su base común era un Poder o Poderes Dominantes, y una Conducta Especial, sobre todo tabúes, para agradar o aplacar. Había rasgos comunes en ciertos grupos de religiones, pero el que siempre aparecía era ese Poder, y las cosas que debían o no debían hacerse a causa de él. No era difícil rastrear en nuestra imagen humana de la Fuerza Divina las sucesivas etapas de los dioses sanguinarios, sensuales, orgullosos y crueles de los primeros tiempos, hasta llegar a la concepción de un Padre Común con su corolario de una Fraternidad Común.

Esto le agradó mucho, y cuando me extendí en la Omnisciencia, Omnipotencia, Omnipresencia y demás de nuestro Dios, y en la amorosa bondad enseñada por su Hijo, quedó muy impresionada.

La historia del nacimiento virginal naturalmente no la asombró, pero quedó muy desconcertada por el Sacrificio, y aún más por el Diablo y la teoría de la Condenación.

Cuando en un momento inadvertido dije que ciertas sectas habían creído en la condenación de los infantes, y lo expliqué, se quedó muy quieta.

—¿Creían que Dios era Amor, y Sabiduría, y Poder?

—Sí, todo eso.

Sus ojos se agrandaron; su rostro palidecía horrorosamente.

—¿Y que un Dios así pudiera poner a pequeños bebés recién nacidos a arder para siempre? —Se estremeció de repente y me dejó, corriendo velozmente al templo más cercano.

Todos los pueblos más pequeños tenían su templo, y en aquellos retiros gráciles había mujeres sabias y nobles, ocupadas tranquilamente en algún trabajo propio mientras no se las necesitara, siempre dispuestas a dar consuelo, luz o ayuda a quien las solicitara.

Ellador me contó después cómo se le curó fácilmente aquella pena, y parecía avergonzarse de no haberse librado de ella por sí sola.

—Ya ves, no estamos acostumbradas a las ideas horribles —me dijo, volviéndome algo apurada—. No las tenemos. Y cuando algo así nos entra en la mente es como..., como pimienta en los ojos. Así que simplemente corrí a ella, ciega y casi gritando, iy me lo quitó tan rápidamente, tan fácilmente!

—¿Cómo? —pregunté con mucha curiosidad.

—Pues dijo: «Pero, criatura bendita, tienes la idea completamente equivocada. No tienes que pensar que hubo alguna vez semejante Dios, porque no lo hubo. Ni semejante hecho, porque no ocurrió. Ni siquiera que esta horrible idea falsa la creyera alguien. Solo esto: que la gente totalmente ignorante creerá cualquier cosa, lo que sin duda ya sabías antes.»

—De todos modos —siguió Ellador—, ella misma se puso pálida un momento cuando se lo dije.

Fue una lección para mí. No había que maravillarse de que toda esta nación de mujeres fuera apacible y dulce de expresión: no tenían ideas horribles.

—Sin duda tuvisteis algunas al principio —sugerí.

—Oh, sí, sin duda. Pero en cuanto nuestra religión alcanzó una cierta altura, las fuimos dejando, por supuesto.

A raíz de esto, como de muchas otras cosas, llegué a ver lo que finalmente puse en palabras.

—¿No tenéis ningún respeto por el pasado? ¿Por lo que pensaban y creían vuestras antepasadas?

—Pues no —dijo—. ¿Por qué habríamos de tenerlo? Ya se fueron todas. Sabían menos que nosotras. Si no las superamos, somos indignas de ellas, e indignas de los hijos que deben superarnos a nosotras.

Esto me puso a pensar de verdad. Siempre había imaginado — simplemente por oírlo decir, supongo— que las mujeres eran por naturaleza conservadoras. Y sin embargo estas mujeres, sin ningún

auxilio de espíritu masculino de empresa, habían ignorado su pasado y construido audazmente para el futuro.

Ellador me miraba pensar. Parecía saber bastante bien lo que pasaba por mi mente.

—Es porque empezamos de una manera nueva, supongo. Toda nuestra gente fue barrida de golpe, y luego, después de aquel tiempo de desesperación, vinieron esos hijos prodigiosos, los primeros. Y entonces toda nuestra esperanza sin aliento era por sus hijos, si llegaban a tenerlos. ¡Y los tuvieron! Después vino el período de orgullo y triunfo hasta que nos volvimos demasiado numerosas; y después, cuando todo se redujo a un hijo cada una, empezamos a trabajar de verdad: a hacer mejores.

—Pero ¿cómo explica esto una diferencia tan radical en vuestra religión? —insistí.

Dijo que no sabía explicar muy bien la diferencia, al no conocer otras religiones, pero que la suya le parecía bastante sencilla. Su gran Espíritu Madre era para ellas lo que era su propia maternidad, solo que amplificada más allá de los límites humanos. Eso significaba que sentían bajo y detrás de ellas un amor que las sostenía, infalible y servicial; quizá era realmente el amor materno acumulado de la raza lo que sentían, pero era un Poder.

—¿Cuál es exactamente vuestra teoría del culto? —le pregunté.

—¿Del culto? ¿Qué es eso?

Me resultó singularmente difícil de explicar. Aquel Amor Divino que sentían tan intensamente no parecía pedirles nada: «igual que nuestras madres», dijo.

—Pero seguramente vuestras madres esperan honra, reverencia, obediencia de vuestra parte. Tenéis que hacer cosas por vuestras madres, ¿no?

—Oh, no —insistió ella, sonriendo, sacudiendo su suave cabello castaño—. Hacemos cosas desde nuestras madres, no para ellas. No tenemos que hacer cosas para ellas: no lo necesitan, ya ves. Pero

tenemos que vivir con plenitud, espléndidamente, a causa de ellas; y así es como nos sentimos respecto a Dios.

Medité de nuevo. Pensé en ese Dios de los Ejércitos nuestro, ese Dios Celoso, ese Dios de la Venganza. Pensé en nuestra pesadilla universal: el Infierno.

—No tenéis teoría del castigo eterno, supongo.

Ellador se rió. Sus ojos brillaban como estrellas, y tenían lágrimas también. Sentía mucha lástima de mí.

—¿Cómo podríamos tenerla? —preguntó, con bastante razón—. No tenemos castigos en la vida, ya ves, así que no los imaginamos después de la muerte.

—¿No tenéis castigos? ¿Ni para los niños ni para los criminales, los escasos criminales que tenéis? —insistí.

—¿Castigáis vosotros a una persona por una pierna rota o una fiebre? Tenemos medidas preventivas y curas; a veces tenemos que «enviar al paciente a la cama», por así decirlo; pero eso no es un castigo: es solo parte del tratamiento —explicó.

Luego, estudiando mi punto de vista más de cerca, añadió: —Ya veis, reconocemos en la maternidad humana una gran fuerza tierna y sin límites que eleva, paciencia y sabiduría y toda la sutileza del método más delicado. Atribuimos a Dios, a nuestra idea de Dios, todo eso y más. Nuestras madres no se enojan con nosotras: ¿por qué habría de enojarse Dios?

—¿Dios significa una persona para vosotras?

Ella lo pensó un momento. —Pues..., al intentar acercarnos a ello en la mente lo personificamos naturalmente; pero desde luego no suponemos que haya Una Gran Mujer en algún lugar que es Dios. Lo que llamamos Dios es un Poder que Impregna Todo, ya sabes, un Espíritu que habita en nosotras, algo dentro de nosotras que queremos que haya más. ¿Vuestro Dios es un Gran Hombre? —preguntó con inocencia.

—Bueno..., sí, para la mayoría de nosotros, creo. Claro que lo llamamos Espíritu Inmanente igual que vosotras, pero insistimos en que es Él, una Persona, y un Hombre, con barba.

—¿Barba? Oh, sí, porque vosotros la tenéis. ¿O vosotros la lleváis porque Él la lleva?

—Al contrario, nosotros nos la afeitamos: parece más limpio y más cómodo.

—¿Lleva ropa? ¿En vuestra idea, quiero decir?

Estaba pensando en las imágenes de Dios que había visto, atrevidos avances de la mente devota del hombre que representa a su Deidad Omnipotente como a un anciano con túnica amplia, cabello amplio, barba amplia; y a la luz de sus preguntas perfectamente francas e inocentes aquel concepto parecía bastante insatisfactorio.

Expliqué que el Dios del mundo cristiano era en realidad el antiguo Dios hebreo, y que simplemente habíamos adoptado la idea patriarcal, esa antigua que inevitablemente revestía su pensamiento sobre Dios con los atributos del gobernante patriarcal, el abuelo.

—Entiendo —dijo ella con entusiasmo, después de que le expliqué la génesis y el desarrollo de nuestros ideales religiosos—. Vivían en grupos separados, con una cabeza masculina, y este era probablemente un poco... ¿dominante?

—Ninguna duda de eso —convine.

—Y nosotras vivimos juntas sin ninguna «cabeza» en ese sentido: solo nuestras dirigentes elegidas. Eso sí marca una diferencia.

—Vuestra diferencia es más profunda que eso —le aseguré—. Está en vuestra maternidad común. Vuestros hijos crecen en un mundo donde todo el mundo los quiere. Encuentran la vida hecha rica y feliz para ellos por el amor y la sabiduría difusos de todas las madres. Por eso es fácil para vosotras pensar en Dios en términos de un amor igualmente difuso y competente. Creo que estáis mucho más cerca de la verdad que nosotros.

—Lo que no entiendo —siguió ella con cuidado—, es vuestra conservación de un estado mental tan antiguo. Esta idea patriarcal de la que me hablas, ¿tiene miles de años?

—Oh, sí: cuatro, cinco, seis mil, todos esos.

—¿Y habéis hecho progresos maravillosos en esos años, en otras cosas?

—Desde luego. Pero la religión es diferente. Ya veis, nuestras religiones nos vienen de detrás, iniciadas por algún gran maestro que ha muerto. Se supone que él conocía el conjunto de la verdad y la enseñó, definitivamente. Todo lo que tenemos que hacer es creer y obedecer.

—¿Quién fue el gran maestro hebreo?

—Ah, en ese caso fue diferente. La religión hebrea es una acumulación de tradiciones extremadamente antiguas, algunas mucho más antiguas que su pueblo, y fue creciendo por acreción a lo largo de los siglos. Nosotros la consideramos inspirada: «la Palabra de Dios».

—¿Cómo sabéis que lo es?

—Porque así lo dice.

—¿Lo dice en palabras exactas? ¿Quién escribió eso?

Empecé a intentar recordar algún texto que dijera eso, y no lo encontré.

—Aparte de eso —siguió ella—, lo que no entiendo es por qué conserváis estas primeras ideas religiosas durante tanto tiempo. Habéis cambiado todas las demás, ¿no?

—En general, sí —admití—. Pero esto lo llamamos «religión revelada» y pensamos que es definitiva. Pero cuéntame más de esos pequeños templos vuestros —le pedí—, y de esas Madres del Templo a las que corréis.

Entonces me dio una extensa lección de religión aplicada, que intentaré condensar.

Desarrollaron su teoría central de un Poder Amoroso, y dieron por supuesto que su relación con ellas era maternal: que deseaba su bienestar y especialmente su desarrollo. Su relación con él, igualmente, era filial: una apreciación amorosa y un cumplimiento alegre de sus elevados propósitos. Luego, siendo ante todo prácticas, pusieron sus mentes agudas y activas a descubrir qué conducta se esperaba de ellas. Esto resultó en un sistema de ética admirabilísimo. El principio del Amor era reconocido universalmente y usado.

La paciencia, la gentileza, la cortesía, todo lo que llamamos «buena crianza», formaba parte de su código de conducta. Pero donde iban mucho más allá que nosotros era en la aplicación especial del sentimiento religioso a cada campo de la vida. No tenían ritual, ningún conjunto pequeño de actuaciones llamado «servicio divino», salvo aquellos espectáculos religiosos de los que he hablado, que eran tanto educativos como religiosos, y tanto sociales como cualquiera de las dos cosas. Pero tenían una conexión clara y establecida entre todo lo que hacían y Dios. Su limpieza, su salud, su exquisito orden, la rica y tranquila belleza de todo el país, la felicidad de los niños, y sobre todo el constante progreso que hacían: todo esto era su religión.

Aplicaban su mente al pensamiento de Dios, y elaboraron la teoría de que un poder interior así exigía expresión exterior. Vivían como si Dios fuera real y estuviera obrando dentro de ellas.

En cuanto a esos pequeños templos de todas partes: algunas de las mujeres tenían más habilidad, más inclinación temperamental en esa dirección que otras. Estas, cualquiera que fuera su trabajo, dedicaban ciertas horas al Servicio del Templo, lo que significaba estar allí con todo su amor, sabiduría y pensamiento entrenado, para allanar asperezas a quien lo necesitara. A veces era una pena real, rarisimas veces una disputa, la mayoría de las veces una perplejidad; incluso en Herland el alma humana tenía sus horas de oscuridad. Pero en todo el país, las mejores y más sabias estaban dispuestas a ayudar.

Si la dificultad era inusitadamente profunda, se dirigía al solicitante a alguien de experiencia especialmente densa en esa línea de pensamiento.

He aquí una religión que ofrecía a la mente indagadora una base racional en la vida, la concepción de un inmenso Poder Amoroso obrando constantemente a través de ellas, hacia el bien. Daba al «alma» ese sentido de contacto con la fuerza más íntima, de percepción del propósito más último, que siempre anhelamos. Daba al «corazón» el bendito sentimiento de ser amado, amado y comprendido. Daba instrucciones claras, simples y racionales sobre cómo debíamos vivir, y por qué. Y como ritual daba, primero, aquellas demostraciones de grupo triunfantes, en las que con la unión de todas las artes, la combinación revitalizante de grandes multitudes marchaba rítmicamente con desfiles y danzas, cantos y música, entre sus propios productos más nobles y la belleza abierta de sus arboledas y colinas. Segundo, daba esos numerosos pequeños centros de sabiduría adonde las menos sabias podían ir a las más sabias y recibir ayuda.

—¡Es hermoso! —exclamé con entusiasmo—. Es la religión más práctica, reconfortante y progresista que he escuchado en mi vida. Os amáis de verdad las unas a las otras; de verdad lleváis las cargas de las demás; de verdad reconocéis que un niño pequeño es el símbolo del reino de los cielos. Sois más cristianas que ningún pueblo que haya visto. Pero... ¿y la muerte? ¿Y la vida eterna? ¿Qué enseña vuestra religión sobre la eternidad?

—Nada —dijo Ellador—. ¿Qué es la eternidad?

¿Qué, en efecto? Intenté, por primera vez en mi vida, hacerme con la idea.

—Es... no tener fin.

—¿No tener fin? —Parecía perpleja.

—Sí, la vida que sigue eternamente.

—Oh..., eso lo vemos, por supuesto. La vida sigue eternamente, a nuestro alrededor.

—Pero la vida eterna sigue sin morir.

—¿La misma persona?

—Sí, la misma persona, sin fin, inmortal. —Me complacía pensar que tenía algo que enseñarle de nuestra religión, que la de ellas nunca había promulgado.

—¿Aquí? —preguntó Ellador—. ¿Sin morir nunca, aquí? Podía ver su mente práctica acumulando gente, y me apresuré a tranquilizarla.

—Oh, no, desde luego que no aquí: en el más allá. Aquí hemos de morir, por supuesto, pero entonces «entramos en la vida eterna». El alma vive para siempre.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó.

—No voy a intentar demostrártelo —continué de prisa—. Supongamos que es así. ¿Qué te parece esta idea?

De nuevo sonrió, aquella sonrisa adorable, hoyueleante, tierna, traviesa y maternal. —¿Puedo ser del todo, del todo honesta?

—No podrías ser otra cosa —dije, en parte con alegría y en parte con algo de pena. La transparente honestidad de estas mujeres era para mí una fuente inagotable de asombro.

—Me parece una idea singularmente absurda —dijo con calma—. Y si fuera verdad, sumamente desagradable.

Siempre había aceptado la doctrina de la inmortalidad personal como un hecho establecido. Los esfuerzos de los investigadores espiritistas, siempre intentando atraer a sus queridos fantasmas de nuevo, nunca me habían parecido necesarios. No digo que yo mismo hubiera discutido el tema seriamente y con valentía: simplemente lo había dado por hecho. Y aquí estaba la chica que amaba, esa criatura cuyo carácter constantemente revelaba nuevas alturas y alcances muy por encima de los míos, esta supermujer de una

supertrierra, diciendo que la inmortalidad le parecía absurda. Y lo decía en serio.

—¿Para qué la queréis? —preguntó.

—¿Cómo podéis no quererla? —protesté—. ¿Queréis apagarse como una vela? ¿No queréis seguir y seguir, creciendo y siendo felices para siempre?

—Pues no —dijo—. En absoluto. Lo que quiero es que mi hijo, y los hijos de mi hijo, sigan adelante; y lo harán. ¿Por qué habría yo de querer eso?

—¡Pero significa el Cielo! —insistí—. Paz y Belleza y Comodidad y Amor, con Dios. —Nunca había sido tan elocuente sobre el tema de la religión. Podía horrorizarse ante la Condenación y poner en duda la justicia de la Salvación, pero la Inmortalidad..., era sin duda una fe noble.

—Van —dijo, tendiéndome las manos—. Van, querido. ¡Qué espléndido que lo sientas tan intensamente! Eso es lo que todas queremos, claro: Paz y Belleza, Comodidad y Amor, icon Dios! ¡Y también Progreso, recuerda! Crecimiento, siempre y siempre. ¡Eso es lo que nuestra religión nos enseña a querer y a trabajar, y lo hacemos!

—Pero eso es aquí —dije—, solo para esta vida en la tierra.

—¿Y bien? ¿Y vosotros en vuestro país, con vuestra bella religión del amor y el servicio, no lo tenéis también aquí, en esta vida, en la tierra?

Ninguno de nosotros estaba dispuesto a contarles a las mujeres de Herland los males de nuestra amada tierra. Estábamos muy dispuestos a suponerlos necesarios e inevitables, y a criticar, estrictamente entre nosotros, su civilización demasiado perfecta; pero cuando se trataba de contarles los fracasos y miserias de la nuestra, nunca podíamos reunir valor para hacerlo.

Además procurábamos evitar demasiadas discusiones y presionar el asunto de nuestros próximos matrimonios.

Jeff era el más decidido en este punto.

—Por supuesto que no tienen ninguna ceremonia ni servicio matrimonial, pero podemos hacerlo como una especie de boda cuáquera, en el templo: es lo menos que podemos hacer por ellas.

Así era. Había tan poco, después de todo, que pudiéramos hacer por ellas. Aquí estábamos nosotros, huéspedes y forasteros sin un céntimo, sin posibilidad siquiera de usar nuestra fuerza y valentía, sin nada de qué defenderlas ni protegerlas.

—Al menos podemos darles nuestros nombres —insistió Jeff.

Ellas se mostraron muy amables al respecto, dispuestas a hacer lo que pidiéramos para complacernos. En cuanto a los nombres, Alima, alma franca como era, preguntó de qué servía.

Terry, siempre irritándola, dijo que era una señal de posesión. —Vas a ser la señora Nicholson —dijo—. La señora T. O. Nicholson. Eso hace saber a todo el mundo que eres mi mujer.

—¿Qué es exactamente una «mujer»? —preguntó ella, con un destello peligroso en los ojos.

—Una mujer es la que pertenece a un hombre —empezó él.

Pero Jeff lo tomó con entusiasmo: —Y un marido es el que pertenece a una mujer. Es porque somos monógamos, ya sabéis. Y el matrimonio es la ceremonia, civil y religiosa, que une a los dos «hasta que la muerte los separe» —terminó, mirando a Celis con una devoción inexpresable.

—Lo que nos hace sentir a todos un poco ridículos —les dije a las chicas— es que aquí no tenemos nada que daros, salvo, claro está, nuestros nombres.

—¿Las mujeres de vuestro país no tienen nombre antes de casarse? —preguntó Celis de repente.

—Sí, claro —explicó Jeff—. Tienen su nombre de soltera: el nombre de su padre.

—¿Y qué pasa con él? —preguntó Alima.

—Lo cambian por el del marido, querida —respondió Terry.

—¿Lo cambian? ¿Y los maridos toman el «nombre de soltera» de las esposas?

—Oh, no —se rió—. El hombre conserva el suyo y se lo da a ella también.

—Entonces ella simplemente pierde el suyo y toma uno nuevo. ¡Qué desagradable! ¡Nosotras no haremos eso! —dijo Alima con rotundidad.

Terry se tomó bien la cosa. —No me importa lo que hagáis o dejéis de hacer mientras tengamos esa boda pronto —dijo, alargando una mano robusta y morena hacia la de Alima, casi igual de morena y casi igual de fuerte.

—En cuanto a daros cosas, claro que vemos que os gustaría, pero nos alegramos de que no podáis —continuó Celis—. Ya veis, os amamos únicamente por vosotros mismos: no queríamos que... pagaseis nada. ¿No es suficiente saber que se os ama personalmente, y simplemente como hombres?

Suficiente o no, así fue como nos casamos. Celebramos una gran boda triple en el templo mayor de todos, y parecía que la mayor parte de la nación estaba presente. Era muy solemne y muy hermosa. Alguien había escrito una nueva canción para la ocasión, de una nobleza hermosa, sobre la Nueva Esperanza para su pueblo, el Nuevo Vínculo con otras tierras, la Fraternidad además de la Hermandad, y, con evidente reverencia, la Paternidad.

Terry siempre se inquietaba con sus charlas sobre la paternidad. —¡Cualquiera diría que somos Sumos Sacerdotes de la Filoprogenitura! —protestaba—. ¡Estas mujeres no piensan más que en los hijos! ¡Ya les enseñaremos!

Estaba tan seguro de lo que iba a enseñar, y Alima tan insegura en sus estados de ánimo, que Jeff y yo temíamos lo peor. Intentamos avisarle, de poco sirvió. El fornido y apuesto personaje se irguió a su plena estatura, alzó aquel pecho poderoso y se rió.

—Hay tres matrimonios separados —dijo—. Yo no interferiré en los vuestros, y vosotros en el mío tampoco.

Así que llegó el gran día, y las multitudes innumerables de mujeres, y nosotros tres novios sin ningún «padrino» que nos apoyara, ni ningún hombre que nos respaldara, nos sentimos extrañamente pequeños al avanzar.

Somel, Zava y Moadine estaban allí; nos alegramos de tenerlas, eran casi como parientes.

Hubo una espléndida procesión, danzas entrelazadas, el nuevo himno del que hablé, y todo aquel gran espacio palpitaba de sentimiento: la profunda reverencia, la dulce esperanza, la expectación maravillada de un nuevo milagro.

—¡No ha habido nada igual en este país desde que empezó nuestra Maternidad! —me dijo Somel suavemente, mientras contemplábamos las marchas simbólicas—. Ya veis, es el alba de una nueva era. No sabéis cuánto significáis para nosotras. No es solo la Paternidad, ese maravilloso parentesco dual que nos es desconocido, el milagro de la unión en la dación de vida, sino que es la Fraternidad. Vosotros sois el resto del mundo. Nos unís a los nuestros: a todas las extrañas tierras y pueblos que nunca hemos visto. Esperamos conocerlos, amarlos y ayudarlos, y aprender de ellos. ¡Ah, no podéis saber!

Miles de voces se alzaron en el remontante clímax de aquel gran Himno de la Vida que Viene. Junto al gran Altar de la Maternidad, coronado de frutas y flores, se alzaba uno nuevo, igualmente coronado. Ante la Gran Supramadre de la Tierra y su círculo de Altos Consejeros del Templo, ante aquella vasta multitud de madres de semblante sereno y doncellas de ojos santos, avanzaron nuestras tres elegidas, y nosotros, tres hombres solos en todo aquel país, unimos nuestras manos con las de ellas y pronunciamos nuestros votos matrimoniales.

# CAPÍTULO 11

## NUESTRAS DIFICULTADES

Decimos «el matrimonio es una lotería»; también «los matrimonios se hacen en el Cielo», aunque esto no está tan generalmente aceptado como lo otro.

Tenemos una teoría bien fundada de que es mejor casarse «dentro de la propia clase», y ciertas sospechas bien arraigadas respecto a los matrimonios internacionales, que parecen persistir en interés del progreso social más que en el de los contrayentes.

Pero ninguna combinación de razas extrañas, de color, de casta o de credo fue nunca tan básicamente difícil de establecer como la que nos unía a nosotros, tres hombres americanos modernos, con estas tres mujeres de Herland.

Está muy bien decir que debíamos haber sido francos de antemano. Lo habíamos sido. Habíamos discutido, al menos Ellador y yo, las condiciones de La Gran Aventura, y creíamos que el camino estaba despejado. Pero hay cosas que uno da por supuestas, suponiendo que son entendidas mutuamente, y a las que ambas partes pueden referirse repetidamente sin querer nunca decir lo mismo.

Las diferencias en la educación del hombre y la mujer corrientes son bastante grandes, pero el problema que causan recae principalmente sobre la mujer; él suele llevar a cabo su propia visión del asunto. La mujer puede haberse imaginado que las condiciones de la vida casada iban a ser diferentes; pero lo que ella imaginaba, ignoraba o hubiera preferido no importaba demasiado.

Puedo ver todo esto con claridad y hablar de ello con calma ahora, al escribir después de un lapso de años, años llenos de crecimiento y educación; pero en aquel momento era una travesía bastante difícil para todos, especialmente para Terry. ¡Pobre Terry! Vereis, en cualquier otro matrimonio imaginable entre los pueblos de la tierra, fuera la mujer negra, roja, amarilla, parda o blanca; fuera ignorante o cultivada, sumisa o rebelde, llevaría a sus espaldas la tradición matrimonial de nuestra historia general. Esta tradición relaciona a la mujer con el hombre. Él sigue con su vida, y ella se adapta a él y a ella. Incluso en la ciudadanía, por algún extraño truco, el hecho del nacimiento y la geografía se zanjaba de un plumazo, y la mujer adquiría automáticamente la nacionalidad de su marido.

Pues bien: aquí estábamos nosotros, tres forasteros en esta tierra de mujeres. Era pequeña en extensión, y las diferencias externas no eran tan grandes como para asombrarnos. Aún no apreciábamos las diferencias entre la mente racial de este pueblo y la nuestra.

En primer lugar, eran un «linaje puro» de dos mil años ininterrumpidos. Donde nosotros tenemos algunas largas líneas coherentes de pensamiento y sentimiento, junto con una amplia gama de diferencias a menudo irreconciliables, estas personas estaban de acuerdo de manera suave y firme en la mayoría de los principios básicos de su vida; y no solo de acuerdo en principio, sino acostumbradas durante esas sesenta y tantas generaciones a actuar según esos principios.

Esto es algo que no habíamos entendido, a lo que no habíamos dado lugar. Cuando en nuestras discusiones prematrimoniales una de aquellas queridas chicas había dicho: «Entendemos que es así y así», o «Consideramos que esto o aquello es verdad», nosotros los

hombres, en nuestra arraigada convicción del poder del amor y nuestras fáciles ideas sobre creencias y principios, imaginábamos ingenuamente que podríamos convencerlas de lo contrario. Lo que imaginábamos antes del matrimonio no importaba más que lo que imagina cualquier jovencita inocente. Encontramos que los hechos eran diferentes.

No es que no nos quisieran: nos querían, honda y cálidamente. Pero ahí está otra vez: lo que ellas entendían por «amor» y lo que nosotros entendíamos por «amor» eran tan diferentes...

Quizá resulte algo frío decir «nosotros» y «ellas», como si no fuéramos parejas separadas con alegrías y penas separadas; pero nuestra condición de forasteros nos unía constantemente. Toda aquella extraña experiencia había hecho nuestra amistad más estrecha e íntima de lo que hubiera llegado a ser en toda una vida libre y fácil entre los nuestros. Además, como hombres, con nuestra tradición masculina de bastante más de dos mil años, éramos una unidad, pequeña pero firme, frente a esa unidad mucho mayor de la tradición femenina.

Creo que puedo dejar claros los puntos de diferencia sin una explicitación demasiado dolorosa. El desacuerdo más externo era en el asunto del «hogar» y los deberes y placeres domésticos que, por instinto y larga educación, suponíamos intrínsecamente propios de las mujeres.

Daré dos ilustraciones, una por arriba y otra por abajo, para mostrar cuánto nos decepcionaron al respecto.

Para la inferior, imaginad una hormiga macho, venida de algún estado de existencia donde las hormigas viven en parejas, intentando establecer casa con una hormiga hembra de un hormiguero muy desarrollado. Esta hormiga hembra podría sentir por él un afecto personal intenso, pero sus ideas sobre la paternidad y la gestión económica serían en una escala muy diferente a la suya. Ahora bien, si ella fuera una hembra extraviada en un país de

hormigas que viven en pareja, él podría haberse salido con la suya; pero si era él el extraviado en un hormiguero...

Para la superior, imaginad a un hombre devoto y apasionado intentando establecer casa con un ángel, un ángel real con alas, arpa y aureola, acostumbrado a cumplir misiones divinas por todo el espacio interestelar. Este ángel podría querer al hombre con un afecto más allá de su capacidad de corresponder o incluso de apreciar, pero sus ideas de servicio y deber estarían en una escala muy diferente a la suya. Por supuesto, si ella fuera un ángel extraviado en un país de hombres, él podría haberse salido con la suya; pero si era él el extraviado entre los ángeles...

Terry, en sus peores momentos, en una furia oscura por la que, como hombre, tengo que tener alguna simpatía, prefería el símil de la hormiga. Más de Terry y sus problemas especiales luego. Le fue duro a Terry.

Jeff... Jeff siempre tuvo una vena demasiado buena para este mundo. Es el tipo que en épocas anteriores habría hecho un sacerdote santo. Aceptó la teoría del ángel, se la tragó entera, intentó imponérsela con resultado variable. Adoraba a Celis de tal manera, y no solo a Celis sino a lo que ella representaba; se había convencido tan profundamente de las ventajas casi sobrenaturales de este país y su pueblo, que se tomaba la medicina como si... no puedo decir «como un hombre», sino más bien como si no lo fuera.

Que no se me malentienda ni por un momento. El querido Jeff no era ningún pelele ni ningún blandengue. Era un hombre fuerte, valiente y eficiente, y un excelente combatiente cuando el combate era necesario. Pero siempre tuvo esa vena de ángel. Era un poco sorprendente, siendo Terry tan diferente, que en realidad quisiera a Jeff como lo hacía; pero a veces ocurre así, a pesar de la diferencia, quizá por ella.

En cuanto a mí, estaba en el medio. No era ningún Don Juan alegre como Terry, ni ningún Galahad como Jeff. Pero con todas mis limitaciones creo que tenía el hábito de usar la cabeza respecto a la

conducta con bastante más frecuencia que cualquiera de los dos. Tenía que usarla ahora, puedo decirlo.

El gran punto de conflicto entre nosotros y nuestras esposas era, como puede imaginarse fácilmente, la naturaleza misma de la relación.

—¡Esposas! ¡No me habléis de esposas! —tronó Terry—. ¡No saben lo que significa la palabra!

Lo cual era exactamente el hecho: no lo sabían. ¿Cómo podían? En sus remotos registros prehistóricos de poligamia y esclavitud no había ideales de esposa como nosotros los entendemos, y desde entonces ninguna posibilidad de formarlos.

—¡Lo único que se les ocurre de un hombre es la Paternidad! —decía Terry con gran desdén—. ¡La Paternidad! ¡Como si un hombre siempre quisiera ser padre!

Esto también era correcto. Tenían su larga, amplia, profunda y rica experiencia de la Maternidad, y su única percepción del valor de una criatura macho como tal era para la Paternidad.

Aparte de eso, estaba todo el ámbito del amor personal, el amor que, como Jeff expresó fervorosamente, «superaba al amor de las mujeres». Y así era. No puedo dar idea alguna, ni ahora, después de una larga y feliz experiencia de él, ni como me pareció entonces, en el primer asombro inconmensurable, de la belleza y el poder del amor que nos daban.

Incluso Alima, que tenía un temperamento más tormentoso que las otras y que, el cielo sabe, tenía mucha más provocación, incluso Alima fue paciencia, ternura y sabiduría personificadas para el hombre que amaba, hasta que él... pero aún no hemos llegado a eso.

Estas, como las llamó Terry, «presuntas o supuestas esposas» nuestras, siguieron adelante con su profesión de guardabosques. Nosotros, sin especialidad ninguna, hacía tiempo que nos habíamos calificado como auxiliares. Teníamos que hacer algo, aunque solo

fuera para pasar el tiempo, y tenía que ser trabajo: no podíamos estar jugando siempre.

Esto nos mantenía al aire libre con aquellas queridas chicas, y más o menos juntos, a veces demasiado juntos.

Esta gente tenía, según nos resultó claro ahora, el sentido más alto, más agudo y más delicado de la privacidad personal, pero no la menor idea de esa soledad a dos de la que somos tan aficionados. Tenían todas, cada una de ellas, realizada la teoría de «dos habitaciones y un baño». Desde la más tierna infancia cada una tenía un dormitorio separado con servicios, y uno de los signos de la mayoría de edad era la adición de una sala exterior en la que recibir a las amigas.

Hacía tiempo que nos habían dado nuestras propias dos habitaciones cada uno, y por ser de sexo y raza diferentes, estas estaban en una casa separada. Parecía reconocerse que respiraríamos más tranquilos si podíamos desahogarnos en verdadera reclusión.

Para comer o íbamos a cualquier restaurante cercano, o pedíamos que nos trajeran una comida, o la llevábamos al bosque, siempre igualmente buena. Todo esto nos habíamos acostumbrado a ello y lo disfrutábamos, en nuestros días de cortejo.

Después del matrimonio surgió en nosotros un impulso algo inesperado que pedía una casa separada; pero este sentimiento no encontró respuesta en los corazones de aquellas damas encantadoras.

—Estamos solos, querido —me explicó Ellador con gentil paciencia—. Estamos solos en estos grandes bosques; podemos ir a comer a cualquier pequeña glorieta, solo nosotros dos, o tener una mesa separada en cualquier parte, o incluso una comida separada en nuestras propias habitaciones. ¿Cómo podríamos estar más solos?

Todo eso era verdad. Teníamos nuestra agradable soledad mutua en torno a nuestro trabajo, y nuestras agradables charlas vespertinas en sus habitaciones o en las nuestras; teníamos, por así

decirlo, todos los placeres del cortejo prolongados sin interrupción; pero no teníamos la sensación de... quizá podría llamarse posesión.

—Podríamos igualmente no estar casados —gruñó Terry—. Montaron esa ceremonia para complacernos, para complacer a Jeff, sobre todo. No tienen idea real de estar casadas.

Hice todo lo posible por entender el punto de vista de Ellador, y naturalmente intenté darle el mío. Por supuesto, lo que nosotros, como hombres, queríamos hacerles ver era que había otros usos, y como decíamos orgullosamente «superiores», en esa relación, a lo que Terry llamaba «mera paternidad». Con las mejores palabras que conocía intenté explicárselo a Ellador.

—¿Algo más elevado que el amor mutuo esperando dar vida, como hacemos? —dijo—. ¿En qué sentido es más elevado?

—Desarrolla el amor —expliqué—. Todo el poder del amor hermoso y permanente en pareja viene a través de este desarrollo más alto.

—¿Estás seguro? —preguntó suavemente—. ¿Cómo sabes que se desarrolló así? Hay algunas aves que se quieren tanto que se marchitan si se separan y nunca vuelven a aparearse si una muere, pero nunca se aparean salvo en la época de cría. Entre vuestros pueblos, ¿encontráis afecto alto y duradero que aparezca en proporción a esta indulgencia?

A veces resulta muy incómodo tener una mente lógica.

Por supuesto yo también sabía de esas aves y bestias monógamas que se emparejan de por vida y muestran toda señal de afecto mutuo sin haber extendido nunca la relación sexual más allá de su alcance original. Pero ¿qué importaba eso?

—¡Son formas de vida inferiores! —protesté—. No tienen capacidad para... para el amor fiel y afectuoso y aparentemente feliz... Pero ¡ay, muchacha mía, muchacha mía! ¿Qué pueden saber de un amor como el que nos une? Tocarte, estar cerca de ti,

acercarte más y más, perderme en ti... seguro que tú lo sientes también, ¿no?

Me acerqué. Le cogí las manos.

Sus ojos estaban en los míos, tiernos, radiantes, pero firmes y fuertes. Había algo tan poderoso, tan amplio e inmutable en esos ojos, que no podía arrastrarla con mi propia emoción como inconscientemente había supuesto que ocurriría.

Me hizo sentir como, podría imaginarse, se sentiría un hombre que amara a una diosa: ino a una Venus, sin embargo! No rechazó mi actitud, no la repelió, evidentemente no la temió en absoluto. No había ni sombra de aquella tímida retirada o de aquella bonita resistencia que es tan... provocadora.

—Ya ves, querido —dijo—, tienes que ser paciente con nosotras. No somos como las mujeres de tu país. Somos Madres, y somos Personas, pero no nos hemos especializado en esta línea.

«Nosotras» y «nosotras» y «nosotras»: qué difícil era conseguir que fuera personal. Y en ese momento pensé de repente en cómo siempre estábamos criticando a nuestras mujeres por ser tan personales.

Entonces hice mi mejor esfuerzo para pintarle la dulce e intensa alegría de los amantes casados, y el resultado en mayor estímulo para toda obra creativa.

—¿Quieres decir —preguntó con toda calma, como si yo no le estuviera sujetando las manos frescas y firmes entre las mías calientes y algo temblorosas— que con vosotros, cuando la gente se casa, hace esto continuamente, en temporada y fuera de temporada, sin pensar en los hijos para nada?

—Así es —dije con algo de amargura—. No son meros progenitores. Son hombres y mujeres que se quieren.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Ellador, bastante de improviso.

—¿Cuánto tiempo? —repetí, algo desconcertado—. Pues tanto como viven.

—Hay algo muy hermoso en la idea —admitió, todavía como si discutiera la vida en Marte—. Esta expresión culminante que, en todas las demás formas de vida, tiene solo un propósito, se ha especializado entre vosotros para usos más elevados, más puros, más nobles. Tiene, a juzgar por lo que me cuentas, el más enaltecedor efecto en el carácter. La gente se casa no solo por la descendencia, sino por este exquisito intercambio; y como resultado vuestro mundo está lleno de amantes continuos, ardientes, felices, mutuamente devotos, viviendo siempre en ese alto nivel de suprema emoción que nosotras habíamos supuesto pertenecer solo a una época y un uso. Y dices que tiene otros resultados, que estimula toda alta obra creativa. Eso debe significar torrentes, océanos de tal obra, floreciendo de esa felicidad intensa de cada pareja casada. ¡Es una idea hermosa!

Guardó silencio, pensando.

Yo también.

Soltó una mano y me estaba acariciando el cabello con ella de un modo gentil y maternal. Incliné la caliente cabeza sobre su hombro y sentí una vaga sensación de paz, una tranquilidad muy agradable.

—Tienes que llevarme allí algún día, querido —estaba diciendo—. No es solo porque te quiero tanto: quiero ver tu país, tu gente, tu madre —hizo una pausa con reverencia—. ¡Oh, cómo voy a querer a tu madre!

No me había enamorado muchas veces; mi experiencia no se comparaba con la de Terry. Pero lo que había sido era tan diferente de esto que estaba perplejo y lleno de sentimientos encontrados: en parte una creciente sensación de terreno común entre nosotros, una agradable calma de reposo que yo había imaginado que solo podía alcanzarse de una manera; y en parte un resentimiento desconcertado porque lo que encontraba no era lo que había buscado.

¡Era su maldita psicología! Aquí estaban ellas con este sistema profundamente desarrollado de educación tan incorporado que incluso si no eran maestras de profesión, todas tenían una competencia general en él: era su segunda naturaleza.

Y ningún niño, pidiendo con bulla una galleta «entre comidas», fue nunca tan sutilmente desviado hacia el interés por la construcción de casas como lo era yo cuando encontraba que una demanda aparentemente imperiosa había desaparecido sin que yo me diera cuenta.

Y todo el tiempo aquellos tiernos ojos maternos, aquellos ojos científicos agudos, anotando cada condición y circunstancia, y aprendiendo cómo «tomar el tiempo por el flequillo» y evitar la discusión antes de que surgiera la ocasión.

Me asombraron los resultados. Descubrí que mucho, muchísimo de lo que honestamente había supuesto que era una necesidad fisiológica era una necesidad psicológica, o así lo creía. Descubrí, después de que mis ideas sobre lo esencial cambiaran, que mis sentimientos también cambiaban. Y más que todo, descubrí esto: un factor de enorme peso: estas mujeres no eran provocadoras. Eso marcaba una diferencia inmensa.

Lo que tanto había lamentado Terry cuando llegamos, que no eran «femeninas», que les faltaba «encanto», se convirtió ahora en un gran consuelo. Su belleza vigorosa era un placer estético, no un irritante. Su vestimenta y sus adornos no tenían ni un toque del elemento «ven-y-encuéntrame».

Incluso con mi propia Ellador, mi mujer, que por un tiempo había revelado el corazón de una mujer y encarado la extraña nueva esperanza y alegría del parentesco dual, ella se retiró después de nuevo hacia la misma buena camarada que había sido al principio. Eran mujeres más algo, y ese más era tanto que cuando no elegían dejar aparecer lo femenino, no lo encontrabas por ninguna parte.

No digo que me fuera fácil: no lo fue. Pero cuando apelé a su simpatía me topé con otro muro inamovible. Sentía lástima de mí,

con honestidad, y hacía toda clase de sugerencias consideradas, a menudo muy útiles, además de la sabia previsión que he mencionado, que a menudo evitaba toda dificultad antes de que surgiera; pero su simpatía no alteraba sus convicciones.

—Si estuviera segura de que es realmente justo y necesario, quizá me obligaría, por amor a ti, querido; pero no lo deseo en absoluto. No querrías una mera sumisión, ¿verdad? Eso no es el alto amor romántico del que hablabas, desde luego. Es una lástima, claro, que tengas que ajustar tus facultades altamente especializadas a las nuestras, no especializadas.

¡Qué fastidio! Yo no me había casado con la nación, y así se lo dije. Pero ella solo sonrió ante sus propias limitaciones y explicó que tenía que «pensar en plural».

¡Otro fastidio! Aquí tenía yo todas mis energías concentradas en un deseo, y antes de darme cuenta ella las había disipado en una u otra dirección, algún tema de discusión que empezaba justo en el punto del que yo estaba hablando y terminaba kilómetros más allá.

No debe imaginarse que simplemente me rechazaba, me ignoraba, me dejaba criando un agravio. En absoluto. Mi felicidad estaba en manos de una feminidad más amplia y dulce de la que jamás hubiera imaginado. Antes de nuestro matrimonio mi propio ardor me había cegado quizá ante mucho de esto. Estaba locamente enamorado no tanto de lo que había allí como de lo que suponía que había. Ahora encontraba un país sin descubrir de una belleza sin fin que explorar, y en él la más dulce sabiduría y comprensión. Era como si hubiera llegado a algún nuevo lugar con gente nueva, con el deseo de comer a todas horas y ningún otro interés en especial; y como si mis anfitriones, en lugar de limitarse a decir «no comerás», hubiesen despertado pronto en mí un vivo deseo por la música, los cuadros, los juegos, el ejercicio, el chapoteo en el agua, la conducción de alguna ingeniosa máquina; y en la multitud de mis satisfacciones, olvidara el único punto que no se satisfacía y me arreglara muy bien hasta la hora de la comida.

Uno de los trucos más inteligentes e ingeniosos me quedó claro solo muchos años después, cuando estábamos tan en completo acuerdo sobre este asunto que podía reírme de mi propio apuro de entonces. Era este: ya veis, entre nosotros las mujeres se mantienen tan diferentes como sea posible y tan femeninas como sea posible. Los hombres tenemos nuestro mundo con solo hombres; nos cansamos de nuestra ultra-masculinidad y nos volvemos con gusto hacia la ultra-feminidad. También, al mantener a nuestras mujeres tan femeninas como sea posible, procuramos que cuando nos volvamos a ellas encontremos siempre a la vista la cosa que queremos. Pues bien: la atmósfera de este lugar no era nada seductora. El mero número de estas mujeres humanas, siempre en relación humana, las hacía de todo menos atractivas. Cuando, a pesar de ello, mis instintos hereditarios y mis tradiciones raciales me hacían añorar la respuesta femenina en Ellador, en lugar de retirarse para que la deseara más, me daba deliberadamente un poco demasiado de su compañía, siempre desenfeminizada, por así decirlo. Fue tremendamente gracioso, en realidad.

Aquí estaba yo, con un Ideal en mente que ardorosamente deseaba, y aquí estaba ella, interponiendo deliberadamente en el primer plano de mi conciencia un Hecho: un hecho del que disfrutaba con frialdad, pero que en realidad interfería con lo que yo quería. Ahora veo claramente por qué cierto tipo de hombre, como sir Almroth Wright, se resiente del desarrollo profesional de las mujeres. Se interpone en el camino del ideal sexual; cubre y excluye temporalmente la feminidad.

Por supuesto, en este caso, yo era tan aficionado a Ellador amiga, a Ellador compañera profesional, que necesariamente disfrutaba de su compañía en cualquier término. Solo que cuando había pasado dieciséis horas del día con ella en su capacidad desenfeminizada, podía ir a mi cuarto y dormir sin soñar con ella.

¡La bruja! Si alguna vez alguien trabajó para cortejar, conquistar y retener un alma humana, fue ella, la gran supermujer que era. Apenas podía entonces captar la mitad de la habilidad de ello, la

maravilla. Pero esto empecé pronto a descubrir: que bajo toda nuestra actitud cultivada de la mente hacia las mujeres, hay un sentimiento más antiguo, más profundo, más «natural»: la reverencia tranquilizadora que mira hacia arriba al sexo Madre.

Así fuimos creciendo en amistad y felicidad, Ellador y yo, y así Jeff y Celis.

Cuando llego a la parte de Terry y Alima, siento vergüenza. Claro que la culpo a ella en algo. No era una psicóloga tan fina como Ellador y, lo que es más, creo que tenía un vestigio atávico de lejana herencia de una feminidad más marcada, nunca aparente hasta que Terry lo despertó. Pero dicho todo eso, no le disculpa. Yo no había calibrado bien el carácter de Terry, no podía, siendo hombre.

La situación era la misma que la nuestra, por supuesto, solo con estas distinciones. Alima, un tono más atrayente y varios tonos menos hábil como psicóloga práctica; Terry, cien veces más exigente, y proporcionalmente menos razonable.

Las cosas se tensaron muy pronto entre ellos. Supongo que al principio, cuando estaban juntos, en la gran esperanza de ella de ser madre y el vivo gozo de conquista de él, Terry fue poco considerado. De hecho lo sé, por cosas que él mismo dijo.

—No me habléis —espetó a Jeff un día, justo antes de nuestras bodas—. Nunca ha habido mujer que no disfrutara siendo dominada. Todo vuestro bonito discurso no vale nada: lo sé. —Y Terry canturreaba:

He disfrutado donde lo he encontrado, / he seducido y errado en mis tiempos,

y

Lo que aprendí de los de piel oscura / me ayudó bastante con los de piel blanca.

Jeff le dio la espalda bruscamente en aquel momento. Yo también me sentí algo inquieto.

¡Pobre viejo Terry! Las cosas que había aprendido no le ayudaron bastante en Herland. Su idea era tomar: creía que así era como se hacía. Creía, honestamente creía, que a las mujeres les gustaba. ¡No a las mujeres de Herland! ¡No a Alima!

Aún puedo verla, un día en la primera semana de su matrimonio, saliendo hacia su jornada de trabajo a grandes pasos decididos y con la boca apretada, y pegándose a Ellador. No quería estar sola con Terry: eso se veía a la legua.

Pero cuanto más ella se alejaba de él, más él la quería, naturalmente.

Armó un tremendo jaleo con sus establecimientos separados, intentó retenerla en sus habitaciones, intentó quedarse en las de ella. Pero aquí ella trazó la línea con toda claridad.

Él salió una noche y anduvo arriba y abajo por el camino bañado de luna, maldiciendo entre dientes. Yo también paseaba esa noche, pero no en su estado de ánimo. Escucharle despotricar habría hecho creer que no quería a Alima en absoluto: habría dado la impresión de que ella era alguna presa que perseguía, algo que capturar y conquistar.

Creo que, a causa de todas aquellas diferencias de que he hablado, perdieron pronto el terreno común que tenían al principio y eran incapaces de encontrarse con serenidad y ecuanimidad. Pienso también, esto es pura conjetura, que él había conseguido llevar a Alima más allá de su mejor juicio, de su verdadera conciencia, y que después su propio sentido de la vergüenza, la reacción de la cosa, la había amargado quizá.

Se peleaban, de verdad se peleaban, y después de hacer las paces una o dos veces, parecieron llegar a una ruptura real: ella no quería estar sola con él de ninguna manera. Y quizá estaba algo nerviosa, no lo sé, pero consiguió que Moadine viniera a vivir en la habitación de al lado. Además, tenía una robusta asistente asignada para acompañarla en su trabajo.

Terry tenía sus propias ideas, como he intentado mostrar. Supongo que creía que tenía derecho a hacer lo que hizo. Quizá incluso se convenció de que sería mejor para ella. En todo caso, se escondió en su dormitorio una noche...

Las mujeres de Herland no tienen miedo de los hombres. ¿Por qué habrían de tenerlo? No son tímidas en ningún sentido. No son débiles, y todas tienen cuerpos fuertes y atléticos bien entrenados. Otelo no habría podido extinguir a Alima con una almohada como si fuera un ratón.

Terry puso en práctica su convicción favorita de que a una mujer le gusta que la dominen, y con pura fuerza bruta, en todo el orgullo y la pasión de su intensa masculinidad, intentó dominar a esta mujer.

No funcionó. Después tuve un relato bastante claro de ello por parte de Ellador, pero lo que oímos en el momento fue el ruido de una lucha tremenda, y Alima llamando a Moadine. Moadine estaba cerca y acudió al instante; una o dos mujeres más fuertes y graves las siguieron.

Terry se debatía como un loco; de buena gana las habría matado, él mismo me lo dijo, pero no pudo. Cuando blandió una silla sobre su cabeza, una saltó en el aire y la agarró, dos se lanzaron sobre él en cuerpo y lo derribaron al suelo; fue cuestión de pocos momentos tenerle atado de pies y manos, y entonces, por pura compasión de su furia impotente, anestesiarle.

Alima estaba en un frío furor. Quería que le mataran, literalmente.

Hubo un juicio ante la Supramadre local, y esta mujer, que no había disfrutado siendo dominada, expuso su caso.

En un tribunal de nuestro país habría estado perfectamente «dentro de sus derechos», por supuesto. Pero este no era nuestro país: era el de ellas. Parecían medir la enormidad del delito por su efecto sobre una posible paternidad, y él se negó incluso a contestar a este planteamiento.

Se soltó una vez, y explicó en términos explícitos que eran incapaces de entender las necesidades de un hombre, sus deseos, su punto de vista. Las llamó neutras, epicenas, anémicas, criaturas asexuadas. Dijo que por supuesto podían matarle, como tantos insectos podían hacerlo, pero que las despreciaba de todas formas.

Y todas aquellas severas y graves madres no parecían importarles su desprecio, ni lo más mínimo.

Fue un largo juicio, y se pusieron de manifiesto muchos puntos interesantes respecto a sus opiniones sobre nuestras costumbres, y después de un rato Terry recibió su sentencia. Esperó, sombrío y desafiante. La sentencia era: «Tenéis que volver a casa».

# CAPÍTULO 12

## EXPULSADOS

Todos habíamos pensado en volver a casa. En realidad no habíamos pensado, de ningún modo, en quedarnos tanto tiempo como lo habíamos hecho. Pero cuando llegó el momento de ser echados, despedidos, enviados de vuelta por mala conducta, ninguno de nosotros lo tomó realmente bien.

Terry dijo que sí. Profesó un gran desprecio por la pena y el juicio, así como por todas las demás características de «este miserable medio-país». Pero él sabía, y nosotros sabíamos, que en cualquier otro país «entero» nunca nos habrían tratado con tanta indulgencia como aquí.

—¡Si la gente hubiera venido a buscarnos según las instrucciones que dejamos, habría habido una historia muy diferente! —dijo Terry. Supimos más tarde por qué no había llegado ningún grupo de rescate. Todas nuestras cuidadosas instrucciones habían sido destruidas en un incendio. Podríamos haber muerto todos allí y nadie en casa habría sabido nunca dónde estábamos.

Terry estaba bajo vigilancia ahora, todo el tiempo; se sabía que era peligroso, condenado por lo que para ellas era un pecado

imperdonable.

Se reía de su frío horror. —¡Manada de solterones! —les llamaba—. Son todos solterones, tengan hijos o no. No saben la primera letra sobre el Sexo.

Cuando Terry decía Sexo, Sexo con una S muy mayúscula, se refería al sexo masculino, naturalmente; a sus valores especiales, a su profunda convicción de ser «la fuerza vital», a su alegre ignorancia del verdadero proceso vital, y a su interpretación del otro sexo únicamente desde su propio punto de vista.

Yo había aprendido a ver estas cosas de manera muy diferente desde que vivía con Ellador; y en cuanto a Jeff, estaba tan completamente herland-izado que no era justo con Terry, que se inquietaba agudamente bajo su nueva restricción.

Moadine, grave y fuerte, tan tristemente paciente como una madre con un hijo degenerado, le vigilaba constantemente, con suficientes mujeres más cerca para impedir un brote. No tenía armas, y sabía muy bien que toda su fuerza era de poca valía contra aquellas mujeres silenciosas y severas.

Se nos permitía visitarle libremente, pero solo tenía su cuarto y un pequeño jardín de muros altos donde pasear, mientras se hacían los preparativos para nuestra marcha.

Partiríamos tres: Terry, porque debía; yo, porque dos eran más seguros para el aparato y el largo viaje en barca hasta la costa; Ellador, porque no quería dejarme marchar sin ella.

Si Jeff hubiera elegido volver, Celis también habría ido: eran los más absortos de los amantes; pero Jeff no tenía ese deseo.

—¿Por qué querría volver a todo nuestro ruido y suciedad, nuestros vicios y crímenes, nuestras enfermedades y degeneración? —me dijo en privado. Nunca hablábamos así delante de las mujeres—. ¡No llevaría a Celis allí por nada del mundo! —protestó—. ¡Moriría! ¡Moriría de horror y vergüenza al ver nuestros barrios bajos

y hospitales! ¿Cómo puedes arriesgarlo con Ellador? Mejor díselo poco a poco antes de que tome de verdad su decisión.

Jeff tenía razón. Debería haberle contado más detalladamente de lo que lo hice sobre todas las cosas de las que debíamos avergonzarnos. Pero es muy difícil salvar el abismo de una diferencia tan profunda como la que existía entre nuestra vida y la suya. Lo intenté.

—Mira, querida —le dije—. Si vas a venir a mi país conmigo, tienes que estar preparada para bastantes sacudidas. No es tan hermoso como este: las ciudades, quiero decir, las partes civilizadas. Claro que el campo agreste sí lo es.

—Lo disfrutaré todo —dijo ella, con los ojos estrellados de esperanza—. Entiendo que no es como el nuestro. Puedo ver lo monótona que debe de parecerse nuestra vida tranquila, y lo mucho más agitada que debe de ser la vuestra. Debe de ser como el cambio biológico del que me hablaste cuando se introdujo el segundo sexo: un movimiento mucho mayor, cambio constante, con nuevas posibilidades de crecimiento.

Le había hablado de las últimas teorías biológicas sobre el sexo, y ella estaba profundamente convencida de las ventajas superiores de tener los dos, de la superioridad de un mundo con hombres.

—Nosotras hemos hecho lo que hemos podido solas; quizá tenemos algunas cosas mejor a nuestra manera tranquila, pero vosotros tenéis el mundo entero, todos los pueblos de los distintos países, toda la larga y rica historia detrás de vosotros, todo el maravilloso conocimiento nuevo. ¡Ay, no puedo esperar a verlo!

¿Qué podía hacer? Le dije con todas las palabras que nuestros problemas estaban sin resolver, que teníamos deshonestidad y corrupción, vicios y crímenes, enfermedades e insanidad, cárceles y hospitales; y no le produjo más impresión que contarle a un nativo de las islas del Pacífico Sur la temperatura del Ártico. Podía ver intelectualmente que era malo tener esas cosas; pero no podía sentirlo.

Nos habíamos acostumbrado bastante fácilmente a la vida de Herland como normal, porque lo era: ninguno de nosotros protesta ante la mera salud, la paz y la industria feliz. Y lo anormal, a lo que todos estamos tan tristemente aclimatados, ella nunca lo había visto.

Las dos cosas que más le importaba oír y que más quería ver eran estas: la hermosa relación del matrimonio y las dulces mujeres que eran madres y nada más; más allá de estas, su mente aguda y activa ansiaba ávidamente la vida del mundo.

—Casi tengo tantas ganas de ir como tú mismo —insistía—, y debes de tener una nostalgia terrible.

Le aseguré que nadie podía tener nostalgia en un paraíso como el suyo, pero ella no lo aceptó.

—Oh, sí, ya lo sé. Es como esas pequeñas islas tropicales de las que me has hablado, brillando como joyas en el gran mar azul; ¡no puedo esperar a ver el mar! La pequeña isla puede ser tan perfecta como un jardín, pero siempre quieres volver a tu propio gran país, ¿verdad? Aunque sea malo en algunos aspectos.

Ellador estaba más que dispuesta. Pero cuanto más se acercaba el momento de nuestra verdadera partida, y el de tener que llevarla de vuelta a nuestra «civilización» después de la limpia paz y belleza de la suya, más empezaba yo a temerle, y más intentaba explicarle.

Por supuesto que al principio yo había tenido nostalgia, mientras éramos prisioneros, antes de tener a Ellador. Y por supuesto que, al principio, había idealizado bastante mi país y sus costumbres al describirlo. Además, siempre había aceptado ciertos males como partes integrantes de nuestra civilización y nunca me había detenido en ellos. Incluso cuando intentaba contarle lo peor, nunca recordaba algunas cosas que, cuando ella las vio, la impresionaron de inmediato, como nunca me habían impresionado a mí. Ahora, en mis esfuerzos por explicarle, empecé a ver los dos lados con más agudeza que antes: a ver los dolorosos defectos de mi propia tierra, las maravillosas ventajas de esta.

Al echar de menos a los hombres, nosotros tres visitantes habíamos echado de menos naturalmente la mayor parte de la vida, y habíamos dado por supuesto inconscientemente que ellas también debían de echarlos de menos. Me llevó mucho tiempo darme cuenta, y Terry nunca se dio cuenta, de cuánto poco significaba eso para ellas. Cuando decimos hombres, hombre, varonil, virilidad y todos los demás derivados masculinos, tenemos en el trasfondo de nuestras mentes un inmenso e impreciso cuadro lleno de gente del mundo y todas sus actividades. Crecer y «ser un hombre», «actuar como un hombre»: el significado y la connotación son amplísimos. Ese vasto trasfondo está lleno de columnas de hombres en marcha, de filas cambiantes de hombres, de largas procesiones de hombres; de hombres llevando sus barcos a nuevos mares, explorando montañas desconocidas, domando caballos, pastoreando ganado, arando, sembrando y segando, trabajando en la fragua y en el horno, cavando en la mina, construyendo caminos y puentes y altas catedrales, gestionando grandes negocios, enseñando en todas las universidades, predicando en todas las iglesias; hombres en todas partes, haciendo de todo: «el mundo».

Y cuando decimos mujeres, pensamos hembra, el sexo.

Pero para estas mujeres, en el fluir ininterrumpido de esta civilización femenina de dos mil años, la palabra mujer evocaba todo ese gran trasfondo, hasta donde habían llegado en su desarrollo social; y la palabra hombre les decía solo macho, el sexo.

Por supuesto podíamos decirles que en nuestro mundo los hombres lo hacían todo; pero eso no alteraba el trasfondo de sus mentes. Que el hombre, «el macho», hiciera todas esas cosas era para ellas una afirmación que no producía más cambio en su punto de vista que el que se produjo en el nuestro cuando nos enfrentamos por primera vez al hecho asombroso, para nosotros, de que en Herland las mujeres eran «el mundo».

Habíamos vivido allí más de un año. Habíamos aprendido su limitada historia, con sus líneas rectas, suaves y ascendentes, que iban subiendo más alto y más rápido hacia el acomodo tranquilo de

su vida actual. Habíamos aprendido algo de su psicología, un campo mucho más amplio que la historia, pero donde no podíamos seguir tan fácilmente. Estábamos ya bien habituados a ver a las mujeres no como hembras sino como personas; personas de toda clase, haciendo toda clase de trabajo.

Este estallido de Terry, y la fuerte reacción contra él, nos dieron una nueva luz sobre su genuina feminidad. Ellador y Somel me lo explicaron con gran claridad. El sentimiento era el mismo: repulsión y horror enfermizos, como los que se sentiría ante algún sacrilegio supremo.

No tenían ni la más leve aproximación a semejante cosa en su mente, sin conocer nada de la costumbre de la indulgencia conyugal entre nosotros. Para ellas, el único y elevado propósito de la maternidad había sido durante tanto tiempo la ley rectora de la vida, y la contribución del padre, aunque les era conocida, tan claramente otro método hacia el mismo fin, que no podían, con todo su esfuerzo, llegar al punto de vista de la criatura masculina cuyos deseos ignoran completamente la paternidad y buscan únicamente lo que eufónicamente llamamos «las alegrías del amor».

Cuando intenté decirle a Ellador que las mujeres también lo sentían así, entre nosotros, se apartó de mí e intentó con esfuerzo comprender intelectualmente lo que de ningún modo podía compartir.

—¿Quieres decir que entre vosotros el amor entre hombre y mujer se expresa así, sin relación con la maternidad? ¿Con la paternidad, quiero decir? —añadió con cuidado.

—Sí, exactamente. Es en el amor en lo que pensamos, el amor hondo y dulce entre dos personas. Por supuesto que queremos hijos, y los hijos llegan; pero no es en eso en lo que pensamos.

—¡Pero... pero parece tan contrario a la naturaleza! —dijo—. Ninguna de las criaturas que conocemos hace eso. ¿También otros animales en vuestro país?

—¡No somos animales! —repliqué con algo de aspereza—. Al menos somos algo más, algo superior. Esta es una relación mucho más noble y hermosa, como te he explicado antes. Vuestra perspectiva nos parece... ¿cómo decirlo?, ¿práctica? ¿Prosaica? ¿Meramente un medio para un fin? Con nosotros... ¡ay, muchacha mía! ¿No puedes verlo? ¿No puedes sentirlo? Es la última, la más dulce, la más alta consumación del amor mutuo.

Quedó visiblemente impresionada. Tembló en mis brazos mientras la estrechaba y la besaba ansiosamente. Pero en sus ojos se alzó esa mirada que yo conocía tan bien, esa mirada remota y clara como si se hubiera ido lejos aunque yo sujetara su hermoso cuerpo tan cerca, y estuviera ahora en alguna montaña nevada mirándome desde la distancia.

—Lo siento con bastante claridad —me dijo—. Me da una profunda simpatía por lo que tú sientes, sin duda con más intensidad aún. Pero lo que siento, incluso lo que tú sientes, querido, no me convence de que sea justo. Hasta que esté segura de eso, no puedo hacer lo que deseas, claro está.

Ellador, en momentos como ese, siempre me recordaba a Epicteto. «¡Te meteré en la cárcel!», dijo su amo. «Mi cuerpo, querrás decir», respondió Epicteto con calma. «¡Te cortaré la cabeza!», dijo su amo. «¿He dicho yo que mi cabeza no pueda ser cortada?» Una persona difícil, Epicteto.

¿Qué es este milagro por el que una mujer, incluso en tus brazos, puede retirarse, desaparecer totalmente, hasta que lo que tienes es tan inaccesible como la cara de un acantilado?

—Ten paciencia conmigo, querido —me rogó con dulzura—. Sé que es difícil para ti. Y empiezo a entender, un poco, cómo Terry se vio tan arrastrado al crimen.

—Vamos, esa es una palabra bastante dura. Después de todo, Alima era su mujer —argumenté, sintiéndome en ese momento un repentino arrebatado de simpatía por el pobre Terry. Para un hombre

de su temperamento y sus hábitos debía de haber sido una situación insoportable.

Pero Ellador, con toda su amplia comprensión intelectual y la amplia simpatía en que su religión la había formado, no podía hacer concesiones a semejante brutalidad sacrílega, para ella.

Fue aún más difícil explicárselo porque nosotros tres, en nuestras constantes charlas y conferencias sobre el resto del mundo, habíamos evitado naturalmente el lado oscuro; no tanto por deseo de engañar como por querer poner el mejor pie delante para nuestra civilización, frente a la belleza y el bienestar de la suya. Además, pensábamos honestamente que algunas cosas eran justas, o al menos inevitables, que podíamos ver fácilmente que les resultarían repugnantes, y por eso no las discutíamos. De nuevo, había mucho de la vida de nuestro mundo que, al estar habituados a ello, no habíamos notado como algo digno de descripción. Y todavía más, había en estas mujeres una inocencia colosal sobre la que muchas de las cosas que sí decíamos no habían hecho impresión alguna.

Soy así de explícito al respecto porque muestra cuán inesperadamente fuerte fue la impresión que recibió Ellador cuando entró por fin en nuestra civilización.

Me rogó que tuviera paciencia, y la tuve. Ya veis, la quería tanto que incluso las restricciones que ella establecía tan firmemente me dejaban mucha felicidad. Éramos amantes, y en eso hay sin duda gozo suficiente.

No imaginéis que estas jóvenes mujeres rechazaban del todo «la Gran Nueva Esperanza», como la llamaban, la del parentesco dual. Para eso habían accedido a casarse con nosotros, aunque la parte del matrimonio era una concesión a nuestros prejuicios más que a los de ellas. Para ellas el proceso era lo sagrado, y se proponían mantenerlo sagrado.

Pero hasta entonces solo Celis, con sus ojos azules nadando en lágrimas felices, su corazón levantado por esa oleada de maternidad racial que era su pasión suprema, podía anunciar con inefable

alegría y orgullo que iba a ser madre. «La Nueva Maternidad» la llamaban, y todo el país lo supo. No había placer, servicio ni honor en toda la tierra que Celis no pudiera haber tenido. Casi como la reverencia sin aliento con la que, dos mil años atrás, aquel menguante grupo de mujeres había contemplado el milagro del nacimiento virginal, era el profundo asombro y la cálida expectación con que saludaban este nuevo milagro de la unión.

Todas las madres de aquella tierra eran sagradas. Para ellas, durante largos siglos, el acceso a la maternidad había llegado a través del amor y el anhelo más intensos y exquisitos, a través del Supremo Deseo, la demanda incontenible de un hijo. Todo pensamiento que tenían en relación con los procesos de la maternidad estaba abierto a la luz del día, simple pero sagrado. Cada una de ellas ponía la maternidad no solo por encima de otros deberes, sino tan por encima que casi podría decirse que no había otros deberes. Todo su amplio amor mutuo, toda la sutil interacción de la amistad y el servicio mutuos, el impulso del pensamiento y la invención progresivos, la emoción religiosa más profunda, todo sentimiento y todo acto estaba relacionado con este gran Poder central, con el Río de la Vida que fluía a través de ellas y las hacía portadoras del mismísimo Espíritu de Dios.

De todo esto fui aprendiendo cada vez más: de sus libros, de las conversaciones, especialmente de Ellador. Ella sentía al principio, un breve momento, envidia de su amiga, pensamiento que apartó de sí de inmediato y para siempre.

—Es mejor —me dijo—. Es mucho mejor que aún no me haya llegado a mí, a nosotros, quiero decir. Porque si voy a ir contigo a tu país, puede que tengamos «aventuras por mar y tierra», como dices (y como en verdad las tuvimos), y podría no ser nada seguro para un bebé. Así que no lo intentaremos de nuevo, querido, hasta que sea seguro, ¿verdad?

Era una frase difícil para un marido muy enamorado.

—A menos —siguió— que si uno viene, me dejes atrás. Puedes volver, ya sabes, y yo tendré al niño.

Entonces ese profundo y antiguo escalofrío de celos masculinos hasta de la propia descendencia tocó mi corazón.

—Prefiero tenerte a ti, Ellador, que a todos los hijos del mundo. Prefiero tenerte conmigo, en tus propios términos, que no tenerte.

Era una observación muy necia. Por supuesto que la prefería. Porque si ella no estuviera allí, querría tenerla entera y no tendría nada de ella. Pero si iba como una especie de hermana sublimada, solo que mucho más cercana y cálida que eso, tendría todo de ella salvo esa única cosa. Y estaba empezando a descubrir que la amistad de Ellador, la camaradería de Ellador, el afecto fraternal de Ellador, el amor perfectamente sincero de Ellador, que no por eso era menos profundo por mantenerse en esa línea de reserva definitiva, eran suficientes para vivir muy felizmente.

Me resulta imposible describir lo que esta mujer era para mí. Decimos cosas bellas sobre las mujeres, pero en el fondo sabemos que son seres muy limitados, la mayoría. Las honramos por sus poderes funcionales, incluso mientras las deshonramos con nuestro uso de ellos; las honramos por su virtud cuidadosamente impuesta, incluso mientras mostramos con nuestra propia conducta cuánto apreciamos en realidad esa virtud; las valoramos, sinceramente, por las actividades maternas pervertidas que hacen de nuestras esposas los más cómodos de los servidores, atadas a nosotros de por vida con el salario enteramente a nuestra discreción, con toda su vida, fuera de los deberes temporales de la maternidad que puedan alcanzar, dedicada a satisfacer nuestras necesidades de todas las maneras. Oh, las valoramos, sin duda, «en su lugar», que es el hogar, donde realizan aquella mezcla de oficios tan bien descrita por la señora Josephine Dodge Daskam Bacon, en la que se especifican cuidadosamente los servicios de «amante». Es una escritora muy clara, la señora J. D. D. Bacon, y entiende su tema desde su propio punto de vista. Pero esa combinación de servicios, aunque conveniente y en cierta manera económica, no despierta el tipo de

emoción que suscitan las mujeres de Herland. Estas eran mujeres a las que había que querer «hacia arriba», muy arriba, en lugar de hacia abajo. No eran mascotas. No eran criadas. No eran tímidas, inexpertas ni débiles.

Después de superar el golpe a mi orgullo (que Jeff, creo de verdad, nunca sintió: era un adorador nato; y que Terry nunca superó: tenía muy claras sus ideas sobre «la posición de la mujer»), descubrí que querer «hacia arriba» era, al fin y al cabo, una sensación muy agradable. Me daba un sentimiento extraño, muy en lo profundo, como de un estremecimiento de alguna conciencia antigua y tenue, prehistórica; un sentimiento de que ellas tenían razón de algún modo, de que ese era el modo de sentir. Era como... volver a casa con la madre. No me refiero a la madre de los camiones de franela y los buñuelos, la persona atareada que te espera y te mimas y en realidad no te conoce. Me refiero al sentimiento que tendría un niño muy pequeño, que hubiera estado perdido durante mucho, mucho tiempo. Era una sensación de llegar a casa; de estar limpio y descansado; de seguridad y a la vez de libertad; de un amor que siempre estaba allí, cálido como el sol de mayo, no ardiente como una estufa ni sofocante como un edredón: un amor que no irritaba y que no asfixiaba.

Miré a Ellador como si no la hubiera visto antes. —Si no vas —dije—, llevaré a Terry hasta la costa y volveré solo. Puedes descenderme con una cuerda. Y si vas... bendita mujer maravillosa, preferiría vivir contigo toda mi vida, así, que tener a cualquier otra mujer que haya visto nunca, o a cualquier número de ellas, para hacer lo que quisiera. ¿Vendrás?

Ella tenía muchas ganas de venir. Le habría gustado esperar a aquella Maravilla de Celis, pero Terry no tenía ese deseo. Estaba loco por salir de allí. Le ponía enfermo, dijo, enfermo; tanta madre, madre, maternidad sin cesar. No creo que Terry tuviera lo que los frenólogos llaman «la protuberancia de la filoprogenitura» demasiado desarrollada.

—Tullidas enfermizas y unilaterales —les llamaba, incluso mientras desde su ventana podía ver su espléndido vigor y su belleza; incluso mientras Moadine, tan paciente y amigable como si nunca hubiera ayudado a Alima a sujetarle y atarle, estaba sentada allí en la habitación, la imagen de la sabiduría y la fortaleza serena—. ¡Neutras, epicenas, subnormales y asexuadas! —seguía con amargura. Sonaba como sir Almroth Wright.

Pues bien, le fue duro. Estaba locamente enamorado de Alima, de verdad; más que nunca antes, y su tormentoso cortejo, sus disputas y reconciliaciones habían avivado la llama. Y luego, cuando por esa conquista suprema que parece tan natural para ese tipo de hombre intentó forzarla a quererle como a su amo, y la robusta y atlética mujer furiosa se levantó y le dominó a él, con sus amigas, no había que sorprenderse de que se enrabiara.

Pensándolo bien, no recuerdo un caso similar en toda la historia o la ficción. Las mujeres se han matado a sí mismas antes de someterse a la violación; han matado al agresor; han escapado; o se han sometido, a veces llevándose aparentemente bastante bien con el vencedor después. Estuvo aquella aventura del «falso Sexto», por ejemplo, que «encontró a Lucrecia hilando la lana, bajo la lámpara de medianoche». Amenazó, si mal no recuerdo, que si ella no se sometía la mataría, mataría a un esclavo y lo pondría a su lado diciendo que lo había encontrado allí. Recurso pobre, siempre me ha parecido. Si el señor Lucrecia le hubiera preguntado cómo había llegado al dormitorio de su mujer vigilando su moralidad, ¿qué habría podido decir? Pero el caso es que Lucrecia se sometió, y Alima no.

—Me dio una patada —confió el prisionero amargado (tenía que hablar con alguien)—. Me quedé doblado de dolor, claro, y ella saltó encima de mí y llamó a esta vieja arpía (Moadine no podía oírle) y me tenían sujeto en un momento. Creo que Alima podría haberlo hecho sola —añadió con reluctante admiración—. Es fuerte como un caballo. Y claro que un hombre queda impotente cuando te golpean así. Ninguna mujer con una pizca de decencia...

Tuve que sonreír ante eso, y también Terry, amargamente. No era dado a razonar, pero sí le llamó la atención que un ataque como el suyo zanjaba bastante los escrúpulos de decencia.

—Daría un año de mi vida por tenerla sola de nuevo —dijo lentamente, con los nudillos blancos de apretar los puños.

Pero nunca la tuvo. Ella se fue a la parte opuesta del país, subió al bosque de abetos en las laderas más altas y se quedó allí. Antes de que nos fuéramos él anhelaba desesperadamente verla, pero ella no vino y él no podía ir. Le vigilaban como lince.

Pues bien: había que poner el aparato en orden y asegurarse de que quedaba combustible suficiente, aunque Terry decía que podíamos planear perfectamente hasta aquel lago, una vez en marcha. Nos habríamos ido de buena gana en una semana, por supuesto, pero hubo un gran revuelo en todo el país por la marcha de Ellador. Tuvo entrevistas con algunas de las principales eticistas, mujeres sabias de ojos quietos, y con las mejores maestras. Hubo una agitación, un estremecimiento, una profunda excitación en todas partes.

Nuestras enseñanzas sobre el resto del mundo les habían dado a todas el sentido de aislamiento, de lejanía, de ser una pequeña muestra apartada de un país, ignorada y olvidada entre la familia de naciones. Nosotros lo habíamos llamado «la familia de naciones», y les gustó la frase enormemente.

Estaban profundamente estimuladas por el tema de la evolución; de hecho, todo el campo de la ciencia natural las atraía irresistiblemente. Cualquier número de ellas habría arriesgado todo por ir a las extrañas tierras desconocidas a estudiar; pero solo podíamos llevarnos a una, y tenía que ser Ellador, naturalmente.

Hicimos grandes planes sobre volver, sobre establecer una ruta de conexión por agua, sobre penetrar aquellos vastos bosques y civilizar, o exterminar, a los peligrosos salvajes. Esto último lo hablamos nosotros, los hombres: no con las mujeres. Ellas tenían una definida aversión a matar cosas.

Pero mientras tanto se celebraba un alto consejo entre las más sabias de todas. Las estudiantes y pensadoras que habían estado reuniendo datos nuestros todo ese tiempo, cotejándolos y relacionándolos y sacando conclusiones, presentaron el resultado de sus trabajos ante el consejo.

Poco habíamos pensado que nuestros cuidadosos esfuerzos por ocultar habían sido tan fácilmente vistos a través de ellos, sin una sola palabra que nos indicara que lo veían. Habían seguido palabras nuestras sobre la ciencia óptica, hecho inocentes preguntas sobre gafas y cosas así, y conocían los defectos visuales tan comunes entre nosotros.

Con el toque más ligero, distintas mujeres haciendo distintas preguntas en distintos momentos, y juntando todas nuestras respuestas como un puzzle, habían elaborado una especie de esquema esquelético sobre la prevalencia de la enfermedad entre nosotros. Aún más sutilmente, sin mostrar jamás horror ni condena, habían recopilado algo, lejos de la verdad pero bastante claro, sobre la pobreza, el vicio y el crimen. Incluso tenían un buen número de nuestros peligros enumerados, de habernos preguntado sobre seguros e inocentes cosas por el estilo.

Estaban bien informadas sobre las diferentes razas, empezando por sus nativos de flechas envenenadas de abajo y ensanchándose hasta las grandes divisiones raciales que les habíamos descrito. Nunca una expresión de horror en el rostro ni una exclamación de repulsa nos había advertido; habían estado extrayendo las pruebas sin que lo supiéramos todo ese tiempo, y ahora estudiaban con la más devota seriedad el material que habían preparado.

El resultado fue bastante inquietante para nosotros. Primero le explicaron el asunto completo a Ellador, ya que era ella quien se proponía visitar el Resto del Mundo. A Celis no le dijeron nada. Ella no debía sufrir ningún trastorno, mientras toda la nación esperaba su Gran Obra.

Finalmente Jeff y yo fuimos convocados. Somel y Zava estaban allí, y Ellador, con muchas otras que conocíamos.

Tenían un gran globo, bastante bien trazado a partir de los pequeños mapas de sección de aquel compendio nuestro. Tenían los diferentes pueblos de la tierra esbozados groseramente y su situación en la civilización indicada. Tenían gráficos, cifras y estimaciones, basados en los datos de aquel traicionero librito y lo que habían aprendido de nosotros.

Somel explicó: —Encontramos que en todo vuestro período histórico, mucho más largo que el nuestro, con todo el intercambio de servicios, el intercambio de inventos y descubrimientos y el maravilloso progreso que tanto admiramos, en ese extenso Otro Mundo vuestro hay todavía mucha enfermedad, a menudo contagiosa.

Lo admitimos al instante.

—También hay todavía, en grado variable, ignorancia, con prejuicios y emoción sin freno.

Eso también lo admitimos.

—También encontramos que a pesar del avance de la democracia y el aumento de la riqueza, hay todavía inquietud y a veces combate.

Sí, sí, lo admitíamos todo. Estábamos acostumbrados a estas cosas y no veíamos razón para tanta seriedad.

—Teniendo en cuenta todo —dijeron, y no dijeron ni la centésima parte de las cosas que estaban teniendo en cuenta—, no estamos dispuestas a exponer nuestro país a una comunicación libre con el resto del mundo, de momento. Si Ellador vuelve y aprobamos su informe, podrá hacerse más adelante, pero de momento no.

—Así que os pedimos esto, caballeros —conocían que esa palabra era un título de honor entre nosotros—: que prometáis no revelar de ningún modo la situación de este país hasta que se dé permiso, después del regreso de Ellador.

Jeff estaba perfectamente satisfecho. Creía que tenían toda la razón. Siempre lo creía. Nunca vi a un forastero naturalizarse más deprisa que ese hombre en Herland.

Yo lo reflexioné un rato, pensando en el rato que pasarían si algunos de nuestros contagios se soltaban por allí, y llegué a la conclusión de que tenían razón. Así que di mi conformidad.

Terry fue el obstáculo. —¡Desde luego que no! —protestó—. Lo primero que haré será organizar una expedición para forzar la entrada en el País-de-las-Mamas.

—En ese caso —dijeron con toda calma—, tendrá que quedarse como prisionero absoluto, siempre.

—La anestesia sería más piadosa —propuso Moadine.

—Y más segura —añadió Zava.

—Prometará, creo —dijo Ellador.

Y lo hizo. Con lo cual por fin dejamos Herland.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**